GUSANOS DE LA TIERRA

Robert E. Howard



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO

¿Cómo puedo soportar el yugo del trabajo y sudar bajo la ronda de los días mientras en mi alma suenan por siempre los tambores de Pictdom?

Los tambores de Pictdom

Hay una afición mía que me tiene perplejo hasta el momento actual. No estoy intentando darle un significado misterioso o esotérico, pero el hecho es que no puedo explicarla ni entenderla. Se trata de mi interés en el pueblo que, en aras de la brevedad, he designado siempre como los pictos. Soy consciente, por supuesto, de que mi uso del término puede ser cuestionado. El pueblo conocido en la historia como picto es nombrado diversamente como celtas, aborígenes, e incluso germanos. Algunas autoridades mantienen que llegaron a Britania después de los britanos, y justo antes de la llegada de los gaélicos. Los «pictos bárbaros de Galloway», que aparecen ampliamente en la leyenda y en los inicios de la historia escocesa, eran sin duda alguna de una raza muy mezclada —con toda probabilidad predominantemente celta, a la vez címrica y gaélica—, y hablaban una especie de címrico bastardeado, adulterado con elementos de gaélico y aborigen, en cuya deformación posterior debió de darse asimismo una considerable mezcla de germánico y escandinavo.

Probablemente el término «picto» se aplicaba con propiedad sólo a la tribu nómada celta que se estableció en Galloway y presumiblemente conquistó y fue absorbida por la población aborigen. Mas, para mí, «picto» debe referirse siempre a los pequeños y oscuros aborígenes mediterráneos de Brkania. Esto no es extraño, dado que cuando leí por primera vez sobre estos aborígenes se les mencionaba como pictos. Lo extraño es mi incansable interés por ellos. Leí sobre ellos por primera vez en historias de Escocia; meras referencias, usualmente desaprobatorias. Entiéndase, mis lecturas de historia de la infancia eran dispersas y esquemáticas, debido al hecho de que vivía en el campo, donde tales libros eran escasos. Era un entusiasta de la historia escocesa, toda la que podía obtener, y sentía un parentesco con los hombres de los clanes, ataviados con sus faldellines, a causa de la vena escocesa en mi propia sangre. En las breves y condensadas historias que leía, los pictos eran apenas mencionados en sus enfrentamientos, y derrotas, con los escoceses. O en la historia inglesa, como la causa de que los britanos llamaran a los sajones. La descripción más completa de esta raza que leí en esa época era una breve acotación de un historiador inglés según la cual los pictos eran salvajes bestiales que vivían en chozas de barro. El único indicio que obtuve sobre ellos desde un punto de vista legendario provenía de una descripción de Rob Roy, quien, mencionando la longitud anormal de sus propios brazos, se comparaba al respecto con los pictos, comentando brevemente su apariencia fornida y simiesca. Puede verse que todo lo que leí en esa época no estaba pensado precisamente para inspirar admiración hacia tal raza.

Luego, cuando reñía unos doce años, pasé un breve tiempo en Nueva Orleans y descubrí en una biblioteca de la calle Canal un libro que detallaba el decurso de la historia inglesa desde los tiempos prehistóricos hasta —creo— la conquista normanda. Estaba escrito para escolares y narrado en un estilo interesante y romántico, probablemente con muchas imprecisiones históricas. Pero allí supe por primera vez del pequeño pueblo oscuro que habitó en un principio Inglaterra, y al que se mencionaba como pictos. Siempre he sentido un extraño interés en el término y en el pueblo, y en aquel momento me ensimismé estudiándoles. El escritor pintaba a los aborígenes bajo una luz no más admirativa que los demás historiadores cuyas obras había leído. Sus pictos eran astutos, furtivos, nada guerreros, y totalmente inferiores a las razas que les siguieron, lo que sin duda era cieno. Y con todo sentí una intensa simpatía por ese pueblo, y desde ese mismo momento les adopté como un medio de contacto con épocas antiguas. Les convertí en una fuerte raza de bárbaros guerreros, les di una honorable historia de glorias pasadas, y creé para ellos un gran rey, Bran Mak Morn.

Debo admitir que mi imaginación era mas bien débil cuando llegó el momento de dar nombre a tal personaje, que parecía haber nacido ya adulto en mi mente. Muchos de los reyes en las crónicas pictas tienen nombres gaélicos, pero para ser coherente con mi versión ficticia de la raza picta, su gran rey debía tener un nombre más acorde con su antigüedad no aria. Le llamé Bran por otro personaje histórico favorito mío, el galo Brennus, que saqueó Roma, y Mak Morn por el famoso héroe irlandés Gol Mac Morn. Cambié la grafía de Mac para darle una apariencia no gaélica, ya que el alfabeto gaélico no contiene la «k», usándose siempre la «c» para dar el sonido «k». Así, en tanto que Bran Mac Morn significa en gaélico «El Cuervo, Hijo de Morn», Bran Mak Morn no tiene significado gaélico, pero sí uno propio, puramente picto y antiguo, con raíces en los sombríos laberintos de la antigüedad; la similitud en grafía y sonido con el término gaélico es sencillamente una coincidencia.

Bran Mak Morn no ha cambiado con los años; sigue exactamente como cuando surgió, ya adulto, en mi mente: un hombre de mediana estatura, parecido a una pantera, con inescrutables ojos negros, cabello negro y piel morena. Al leer sobre los pictos, tomé mentalmente partido por ellos en contra de los invasores celtas y teutones, a quienes sabía de aspecto idéntico al mío, y en realidad mis antepasados. Mi interés, especialmente en los inicios de mi adolescencia, en ese extraño pueblo neolítico era tan agudo que no estaba contento de mi apariencia nórdica, y si al crecer me hubiera convertido en la clase de hombre en que deseaba convertirme de niño, habría sido bajo, fornido, con miembros gruesos y nudosos, ojos como cuentas negras, frente estrecha y huidiza, mandíbula pesada, y una lacia y áspera cabellera negra..., mi concepción de un típico picto. No puedo relacionar este capricho con

una admiración hacia alguna persona de ese tipo; era el resultado de mi interés en la raza mediterránea que fue la primera en habitar Inglaterra.

Mi interés en los pictos estuvo siempre mezclado con una pizca de fantasía; es decir, nunca sentí con ellos la identificación realista que sentía con los irlandeses y los escoceses de las Tierras Altas. No es que fuera menos vivida; pero cuando se trataba de escribir sobre ellos, seguía siendo a través de ojos extraños. Así, en mi primera historia de Bran Mak Mora *(Hombres de las sombras),* narré la historia desde el punto de vista de un mercenario godo en el ejército romano; en un largo poema narrativo que nunca completé, y en el que puse por primera vez a Bran en una obra (manuscrito perdido), la conté a través de un centurión romano en el Muro; en *La raza perdida* la figura central era un britano, y en *Reyes de la noche* un príncipe gaélico. Sólo en mi última historia de Bran, *Gusanos de la Tierra,* miré a través de los ojos de un picto, ¡y hablé con la lengua de un picto!

Reyes de la noche trata sobre los esfuerzos de Roma para subyugar al salvaje pueblo de Caledonia. Los personajes y acciones son ficticios, pero el período y el curso general de los acontecimientos son históricos. Como es sabido, los romanos no lograron nunca extender sus fronteras muy lejos en los brezales, y tras varias campañas fracasadas, se retiraron al sur del gran muro. Su derrota debió de cumplirse mediante un esfuerzo unitario tal como el que aquí he reflejado: una alianza temporal entre elementos gaélicos, címricos, aborígenes y posiblemente teutónicos. Tengo una idea bastante definida de que una lenta infiltración de colonos germánicos había empezado en el este de Caledonia mucho antes de la inundación general que sumergió a los países latinizados.

En *Gusanos de la Tierra* volví de nuevo a la eterna lucha de Bran con Roma. Apenas puedo pensar en él bajo otro aspecto. A veces pienso que Bran es meramente símbolo de mi propio antagonismo hacia el imperio, un antagonismo no tan fácil de entender como mi favoritismo hacia los pictos. Quizá se trate de otra explicación para este último; vi por primera vez el nombre «pictos» en mapas, y el nombre siempre se hallaba fuera de los vastos límites del imperio romano. Este hecho despertó mi intenso interés; era muy significativo en sí mismo. El simple hecho sugería guerras terroríficas —ataques salvajes y feroz resistencia—, valor, heroísmo y ferocidad. Yo era enemigo de Roma por instinto; nada más natural que el que me aliara instintivamente con sus enemigos, en especial cuando esos enemigos habían resistido con éxito todos los intentos de subyugación. Cuando en mis sueños —no ensoñaciones, sino
sueños auténticos— luchaba contra las legiones acorazadas de Roma, y retrocedía herido y derrotado, saltaba en mi mente —como una invasión de otro mundo nonato del futuro— la imagen de un mapa, recorrido por el ancho imperio de Roma, y siempre más allá de la frontera, fuera de las líneas de subyugación, la críptica frase: «pictos y escoceses». Y siempre se alzaba en mi mente el mismo pensamiento

para concederme nuevas fuerzas: entre los pictos podía hallar refugio, a salvo de mis enemigos, donde podría lamer mis heridas y renovar mi fortaleza para las guerras.

Algún día intentaré escribir un relato que tenga la longitud de una novela y trate de esa época nebulosa. Permitiéndome las licencias que un novelista histórico se supone que puede concederse, pretendo desarrollar un argumento semejante a este: el lento derrumbamiento de la influencia romana en Inglaterra, y la invasión de nómadas teutónicos desde el este. Estos, tras desembarcar en la costa oriental de Caledonia, presionan lentamente hacia el oeste, hasta que entran en violento conflicto con los más antiguos asentamientos gaélicos en el oeste. A través de las ruinas del antiguo reino preario de los pictos, largo tiempo atrapadas entre enemigos implacables, estas tribus guerreras se enfrentan a muerte, sólo para volverse contra un enemigo común, los conquistadores sajones. Pretendo que la historia sea la de naciones y reyes más que la de individuos. Indudablemente, nunca la escribiré.

LA RAZA PERDIDA

Coróme examinó lo que le rodeaba y apresuró el paso. No era un cobarde, pero el lugar no le gustaba. Altos árboles se alzaban a su alrededor, sus ramas taciturnas bloqueando la luz del sol. El oscuro sendero entraba y salía entre ellos, a veces rodeando el borde de un precipicio, donde Coróme podía contemplar las copas de los arboles más abajo. Ocasionalmente, a través de un claro en el bosque, podía ver a lo lejos las formidables montañas que dejaban presentir las cordilleras mucho más lejanas, al oeste, que constituían las montañas de Cornualles.

En esas montañas se suponía que acechaba el jefe de los bandidos, Buruc el Cruel, para caer sobre las víctimas que pudieran pasar por ese camino. Coróme aferró su lanza y avivó la zancada. Su premura no se debía sólo a la amenaza de los forajidos, sino también al hecho de que deseaba hallarse de nuevo en su tierra nativa. Había estado en una misión secreta entre los salvajes tribeños de Comish; y aunque había tenido cierto éxito, estaba impaciente por encontrarse fuera de su poco hospitalario país. Había sido un viaje largo y agotador, y aún tenía que atravesar toda Inglaterra. Lanzó una mirada de aversión a los alrededores. Sentía nostalgia de los agradables bosques a los que estaba acostumbrado, con sus ciervos huidizos y sus pájaros gorjeantes. Anhelaba el alto acantilado blanco, donde el mar azul chapaleaba animadamente. El bosque que estaba cruzando parecía deshabitado. No había pájaros ni animales; y tampoco había visto señal alguna de viviendas humanas.

Sus camaradas permanecían aún en la salvaje corte del rey de Cornish, disfrutando de su tosca hospitalidad, sin ninguna prisa por marcharse. Pero Coróme no estaba contento. Por eso les había dejado seguir su capricho y se había marchado solo.

Espléndida era la apostura de Coróme. Medía un metro ochenta de estatura, tenía una constitución fuerte pero esbelta, y era, con sus ojos grises, un britano puro aunque no un celta puro, ya que su larga cabellera amarilla revelaba, en él como en toda su raza, un vestigio de belga.

Iba ataviado con pieles de ciervo hábilmente cosidas, pues los celtas no habían desarrollado aún la áspera tela que más tarde crearían, y la mayoría de su raza prefería el cuero de ciervo.

Iba armado con un gran arco de madera de tejo, hecho sin ningún arte especial pero un arma eficiente; una espada de bronce, con una vaina de piel de gamo, una larga daga de bronce y un escudo pequeño y redondo, ribeteado con una banda de bronce y cubierto con duro cuero de búfalo. Un tosco yelmo de bronce cubría su cabeza. En sus brazos y mejillas se distinguían borrosos emblemas pintados con hierba pastel.

Su rostro lampiño pertenecía al tipo más elevado de britano, despejado, rectilíneo, la bravía y práctica determinación del nórdico

mezclándose con el indómito coraje y la ensoñadora habilidad artística del celta.

Así marchaba Coróme por la senda del bosque, precavidamente, dispuesto a huir o luchar, pero prefiriendo no tener que hacer ninguna de las dos cosas.

El camino se alejaba del barranco, desapareciendo alrededor de un gran árbol. Y desde el otro lado del árbol Coróme oyó ruido de lucha. Deslizándose cautamente hacia delante, y preguntándose si vería a alguno de los elfos y enanos que era fama poblaban los bosques, atisbo alrededor del gran árbol.

A unos metros de distancia vio un extraño cuadro. Un gran lobo estaba apoyado en un árbol, acorralado, y la sangre le brotaba de las heridas que tenía en el lomo; frente a él, preparándose para saltar, el guerrero vio una gran pantera. Coróme se preguntó por la causa de la batalla. Los señores del bosque no solían enfrentarse en combate. Y le dejaban perplejo los rugidos del felino. Salvajes y sedientos de sangre, contenían con todo una extraña ñora de miedo; y la bestia parecía dudar ante el salto.

El porqué Cororuc escogió tomar partido por el lobo, ni él mismo podría decirlo. Sin duda fue sólo la temeraria caballerosidad de su lado celta, una admiración ante la impávida actitud del lobo contra su más poderoso enemigo. Sea lo que fuere, Cororuc, olvidando significativamente su arco y eligiendo el curso de acción más temerario, desenvainó la espada y saltó ante la pantera. Pero no tuvo oportunidad de usarla. La pantera, cuyo valor parecía ya un tanto quebrantado, lanzó un chirriante grito de sorpresa y desapareció entre los árboles con tanta rapidez que Cororuc se preguntó si había visto realmente una pantera- Se volvió hacia el lobo, preguntándose si éste saltaría sobre él. Le estaba mirando, medio encogido; se aparró lentamente del árbol y, mirándole aún, retrocedió unos cuantos pasos, luego se volvió y se marchó arrastrando extrañamente las paras. Mientras el guerrero le contemplaba desvanecerse en el bosque, una misteriosa sensación le invadió; había visto muchos lobos, les había dado caza y había sido cazado por ellos, pero nunca antes había visto un lobo semejante.

Vaciló y luego marchó con cautela tras el animal, siguiendo las huellas claramente marcadas en la blanda marga. No se dio prisa, contentándose meramente con seguir el rastro. Después de una corta distancia, se detuvo en seco, y el vello de la nuca se le erizó. Sólo había huellas de las patas traseras: el lobo andaba erguido.

Miró a su alrededor. No se oía nada; el bosque permanecía silencioso. Sintió el impulso de dar la vuelta y poner todo el terreno posible entre él y el misterio, pero su curiosidad celta no se lo permitía. Siguió el rastro. Y éste se desvaneció por completo. Debajo de un gran árbol las huellas desaparecían. Cororuc sintió un sudor frío en la frente. ¿Qué clase de lugar era aquel bosque? ¿Estaba siendo conducido a la

perdición y siendo eludido por algún monstruo inhumano y sobrenatural de los bosques, que buscaba cogerle en una trampa? Retrocedió, la espada en alto; su coraje le impedía correr, pero sentía grandes deseos de hacerlo. Y así regresó al árbol donde había visto por primera vez al lobo. El sendero que había seguido se alejaba del árbol en otra dirección y Cororuc lo tomó, casi corriendo en su prisa por salir de la vecindad de un lobo que caminaba sobre dos patas y luego se desvanecía en el aire.

El camino daba rodeos cada vez más tediosos, apareciendo y desapareciendo en apenas una docena de pasos, pero bueno era para Coróme que así lo hiciera, pues así pudo oír las voces de los hombres que venían por la senda antes de que ellos le vieran. Se subió a un gran árbol que se extendía sobre el camino y se apretó contra el gran tronco, a lo largo de una rama.

Tres hombres venían por la senda del bosque.

Uno era todo un hombretón, de más de un metro noventa de estatura, con una larga barba roja y una espesa mata de pelo rojo. En contraste, sus ojos eran como cuentas negras. Iba ataviado con pieles de ciervo, y armado con una gran espada.

De los otros dos, uno era un canalla larguirucho y de maligno aspecto, con un solo ojo, y el otro un hombrecillo enjuto, cuyos ojillos bizqueaban espantosamente.

Coróme les conocía, por las descripciones hechas por los hombres de Cornish entre maldiciones, y en su excitación para obtener una mejor visión del más malvado asesino de Inglaterra resbaló de la rama del árbol y cayó al suelo justo entre ellos.

En un momento estuvo de pie, con la espada desenvainada. No podía esperar piedad, pues sabía que el pelirrojo era Buruc el Cruel, el azote de Cornualles.

El jefe de los bandidos lanzó una terrible maldición y desenvainó de golpe su gran espada. Evitó la furiosa estocada del britano con un ágil salto hacia atrás, y se inició la batalla. Buruc se lanzó de cara contra el guerrero, luchando por abatirle de un solo golpe, en tanto que el villano tuerto y larguirucho giraba a su alrededor, intentando colocarse detrás de él. El más pequeño de los hombres se había retirado hacia el borde del bosque. El sutil arte de la esgrima era desconocido para estos primeros espadachines. Se trataba de cortar, acuchillar y apuñalar, poniendo todo el peso del brazo detrás de cada golpe. Los terribles golpes que se estrellaban en su escudo derribaron a Coro-ruc al suelo y el tuerto se precipitó a terminar con él. Cororuc giró sobre sí mismo sin incorporarse, le cortó las piernas al bandido por detrás y le apuñaló mientras caía, lanzándose después a un lado y levantándose, a tiempo de evitar la espada de Buruc. Entonces, elevando su escudo para atrapar la espada del bandido en mitad del aire, la desvió e hizo girar la suya con toda su fuerza. La cabeza de Buruc voló de sus hombros.

Entonces Cororuc se dio la vuelta y vio al bandido enjuto escabullirse en el bosque. Corrió tras él, pero el hombre había desaparecido entre los arboles.

Sabía que era inútil intentar perseguirle, de modo que dio la vuelta y corrió por el sendero. No sabía si había más bandidos en esa dirección, pero sabía que si esperaba salir del bosque de algún modo, tendría que hacerlo rápidamente. Sin duda el malhechor que había huido alertaría a los demás bandidos, y pronto estarían registrando los bosques en su búsqueda.

Tras correr ciega distancia por el sendero, y no viendo señales de enemigo alguno, se detuvo y trepó a las ramas superiores de un gran árbol que se alzaba por encima de sus congéneres.

Por todos los lados parecía rodearle un océano de hojas. Hacia el oeste pudo ver las colinas que había evitado. Hacia el norte, en la lejanía, se alzaban otras colinas. Hacia el sur corría el bosque, como un mar ininterrumpido. Pero hacia el este, a lo lejos, podía distinguir apenas la línea que marcaba el desvanecimiento del bosque en las fértiles llanuras. Millas y millas más allá, no sabía cuántas; sin embargo, significaban un viaje más agradable, aldeas de hombres, gente de su propia raza. Se sorprendió de ser capaz de ver tan lejos, pero el árbol en que se hallaba era un gigante entre los de su especie.

Antes de iniciar el descenso, observó las cercanías. Podía ver la línea débilmente marcada del sendero que había estado siguiendo, rumbo hacia el este, y podía distinguir otros senderos que llevaban a él o que se alejaban. Entonces un destello atrajo su vista. Fijó la mirada en un claro a cierta distancia por el sendero y vio a un grupo de hombres entrar y desvanecerse. Aquí y allá, en cada sendero, captó atisbos de pertrechos que destellaban y la ondulación del follaje. Así pues, el villano tuerto había alertado ya a los bandidos... Estaban por todos lados; se hallaba virtualmente rodeado.

Unos gritos salvajes que llegaban de más allá del sendero le sobresaltaron. De modo que ya habían tendido un cordón alrededor del lugar del combate y habían descubierto su huida... Si no hubiera escapado con rapidez, le habrían atrapado. Se hallaba fuera del cordón, pero los bandidos le rodeaban por todos lados. Se deslizó velozmente del árbol y penetró en el bosque.

Entonces empezó la más emocionante cacería en que se hubiera embarcado Cororuc, pues él era la presa y los cazadores eran hombres. Escurriéndose, deslizándose de un arbusto a otro y de árbol en árbol, ahora corriendo velozmente, ahora agazapado en la espesura, Cororuc huyó, siempre hacia el este, no atreviéndose a retroceder para no ser obligado a internarse de nuevo en el bosque. A veces se veía forzado a desviar su camino; de hecho, muy raramente huyó en línea recta, aunque siempre se las arreglaba para acercarse al este.

A veces se agazapaba entre los arbustos o se tendía sobre alguna rama frondosa, y vio bandidos pasar tan cerca de él que podría haberles tocado. Una o dos veces le vieron y escapó, saltando sobre troncos y

arbustos, entrando y saliendo como una flecha de entre los árboles; y siempre les eludió.

Fue en una de esas precipitadas escapatorias cuando se dio cuenta de que había entrado en un desfiladero de pequeñas colinas, de las que no se había percatado, y atisbando sobre su hombro, vio que sus perseguidores se habían detenido, aun teniéndole a la vista. Sin pararse a reflexionar en cosa tan extraña, rodeó corriendo un gran peñasco, sintió que su pie tropezaba con una enredadera u otra cosa, y cayó cuan largo era. Al mismo tiempo, algo golpeó la cabeza del joven, dejándole inconsciente.

Cuando Cororuc recobró el sentido, descubrió que se hallaba atado de pies y manos. Estaba siendo transportado por un terreno lleno de baches. Contempló lo que le rodeaba. Era llevado a hombros por unos hombres, pero unos hombres como jamás había visto antes. El más alto apenas si llegaba al metro veinte, y eran de complexión pequeña y tez muy morena. Tenían los ojos negros, y la mayoría de ellos se inclinaban hacia delante, como a resultas de una vida pasada agazapándose y escondiéndose, acechando furtivamente en todas direcciones. Iban armados con pequeños arcos, flechas, lanzas y puñales, todos muy aguzados, pero no de bronce toscamente trabajado sino de pedernal y obsidiana, de la más fina hechura. Se vestían con pieles de conejo y otras bestezuelas magníficamente cosidas, y una especie de tela áspera; y muchos estaban tatuados de la cabeza a los pies con ocre y hierba pastel. Eran quizá una veintena en total. ¿Qué clase de hombres eran? Cororuc nunca había visto otros iguales.

Descendían por un barranco, a ambos lados del cual se alzaban acantilados. Llegaron fácilmente a lo que parecía una pared desnuda, donde el barranco semejaba llegar a un abrupto final. Allí, a una palabra del que parecía hallarse al mando, bajaron al britano y, agarrando un gran peñasco, lo corrieron a un lado. Quedó al descubierto una pequeña caverna, que parecía desvanecerse en la tierra; luego los extraños hombres cosieron de nuevo al britano y avanzaron.

El cabello de Cororuc se erizó ante la idea de ser llevado a aquella caverna de lúgubre aspecto. ¿Qué clase de hombres eran? En toda Britania y Alba, en Cornualles o en Irlanda, Cororuc nunca había visto hombres parecidos. Hombres pequeños, casi enanos, que habitaban en la tierra. Un sudor frío apareció en la frente del joven. Con seguridad eran los enanos malévolos de quienes la gente de Cornish había hablado, que moraban en sus cavernas durante el día y salían por la noche para robar y quemar las casas, ¡matando incluso si se presentaba la oportunidad! Oiréis de ellos, incluso hoy, si viajáis a Cornualles.

Los hombres, o los elfos, si eso eran, le llevaron al interior de la caverna, mientras otros entraban y colocaban de nuevo el peñasco en su sitio. Por un momento todo fue oscuridad, y luego empezaron a brillar a

lo lejos las antorchas. A un grito se movieron hacia delante. Otros hombres de las cavernas avanzaron, portando antorchas.

Cororuc miró a su alrededor. Las antorchas esparcían una vaga claridad sobre la escena. A veces uno y otro muro de la caverna aparecía por un instante, y el britano era confusamente consciente de que estaban cubiertas de pinturas, toscamente ejecutadas, pero con cierta habilidad que su propia raza no podía igualar. Sin embargo, el techo permanecía siempre invisible. Cororuc sabía que la caverna, aparentemente pequeña, había dado paso a una cueva de sorprendente tamaño. El extraño pueblo se movía a través de la vaga luz de las antorchas, yendo y viniendo, silenciosamente, como sombras de un borroso pasado.

Sintió que se aflojaban las cuerdas o correas que mantenían sus pies atados. Le pusieron en pie.

—Camina recto hacia delante —dijo una voz, hablando el lenguaje de su propia raza, y sintió la punta de una lanza tocarle la nuca.

Y hacia delante caminó, sintiendo el roce de sus sandalias en e1 suelo de piedra de la cueva, hasta que llegaron a un lugar donde el suelo se inclinaba hada arriba. La cuesta era empinada, y la piedra tan resbaladiza que Cororuc no habría podido subirla solo. Pero sus captores le empujaron y tiraron de él, y vio que largas cuerdas de lianas colgaban de algún lugar en la cima.

Los hombres extraños las agarraron y, poniendo los pies contra la resbaladiza pendiente, subieron velozmente. Cuando sus pies encontraron de nuevo terreno llano, la cueva describió un giro y Cororuc penetró en una escena iluminada por el fuego que le hizo boquear sorprendido.

La cueva desembocaba en una caverna tan vasta que era casi increíble. Los potentes muros se alzaban hasta un gran techo abovedado que se desvanecía en la oscuridad. El suelo estaba nivelado, y a través de él fluía un río, un río subterráneo. Nacía bajo un muro para desvanecerse silenciosamente bajo el otro. Un arqueado puente de piedra, aparentemente de origen natural, salvaba la corriente.

A lo largo de los muros de la gran caverna, que era aproximadamente circular, había cuevas más pequeñas, y ante cada una de ellas ardía un fuego. Más arriba había otras cuevas, dispuestas con regularidad, hilera sobre hilera. Con toda seguridad, tal ciudad no podía haber sido construida por seres humanos.

Entrando y saliendo de las cuevas, por el suelo nivelado de la caverna principal, la gente se afanaba en lo que parecían sus tareas cotidianas. Los hombres hablaban en grupos y arreglaban armas; algunos pescaban en el río. Las mujeres alimentaban los fuegos y preparaban vestidos. A juzgar por sus ocupaciones, podría haberse tratado de cualquier aldea de Britania. Pero todo le pareció a Cororuc extremadamente irreal; el lugar extraño, el pueblo pequeño y

silencioso, ocupado en sus tareas, el río fluyendo en silencio a través de todo.

Entonces vieron al prisionero y se agolparon a su alrededor. No hubo nada del griterío, los malos tratos y las indignidades que los salvajes usualmente acumulan sobre sus prisioneros mientras los hombrecillos se acercaban a Cororuc, contemplándole silenciosamente con miradas lobunas y malévolas. A pesar suyo, el guerrero se estremeció.

Pero sus captores se abrieron paso entre el gentío, conduciendo al britano delante de ellos. Cerca de la orilla del río, se detuvieron y se apartaron de él.

Dos grandes hogueras saltaban y parpadeaban ante él, y había algo entre ellas. Enfocó la mirada y distinguió por fin el objeto. Un gran sillón de piedra, como un trono; y en él sentado un hombre de avanzada edad, con una larga barba blanca, silencioso, inmóvil, pero con ojos negros que brillaban como los de un lobo.

El anciano iba ataviado con un ropaje largo y ondulante de una sola pieza. Una mano parecida a una garra, de dedos huesudos y retorcidos, y uñas como las de un halcón, descansaba en el asiento junto a él. La otra mano estaba escondida entre las ropas.

La luz del fuego bailaba y parpadeaba; ora el viejo se destacaba claramente, con su nariz ganchuda y semejante a un pico y su larga barba en vivido relieve, ora parecía alejarse hasta ser invisible a la mirada del britano, excepto por sus ojos relucientes.

—¡Habla, britano! —Las palabras brotaron de repente, fuertes, claras, sin ninguna señal de vejez—. ¡Habla! ¿Qué tienes que decir?

Coróme, cogido por sorpresa, tartamudeó y dijo:

—Yo..., yo... ¿Qué clase de pueblo sois? ¿Por qué me habéis tomado prisionero? ¿Sois elfos?

—Somos pictos —fue la austera réplica.

—¡Fictos!

Coróme había oído relatos sobre ese antiguo pueblo de los britanos gaélicos; algunos decían que aún acechaban en las colinas de Siluria, pero...

—He luchado con los pictos en Caledonia —protestó el britano—; son bajos, pero enormes y contrahechos. ¡No se parecen en nada a vosotros!

—No son pictos auténticos —se le replicó ásperamente—. Mira a tu alrededor, britano. —Hizo un gesto con el brazo—. Estás viendo los restos de una raza que se desvanece, una raza que en otros tiempos gobernó Inglaterra de un mar a otro.

El britano miró, asombrado.

—Escucha, britano —continuó la voz—. Escucha, bárbaro, mientras te cuento la historia de la raza perdida.

La luz del fuego parpadeaba y danzaba, arrojando vagos reflejos en los imponentes muros y en la rápida corriente.

La voz del anciano resonó a través de la enorme caverna.

—Nuestro pueblo vino del sur. Más allá de las islas, más "la del mar Interior. Más allá de las montañas coronadas de nieve, donde algunos permanecieron, para contener a cualquier enemigo que pudiera seguirnos. Bajamos a las fértiles llanuras. Nos esparcimos por toda la tierra. Nos hicimos ricos y prósperos. Entonces dos reyes se levantaron en el país, y el que venció expulsó al vencido. Así pues, muchos de nosotros hicimos barcos y pusimos vela a los lejanos acantilados que destellaban radiantes bajo el sol. Encontramos una tierra hermosa con fértiles llanuras. Encontramos una ra2a de bárbaros pelirrojos, que moraban en cuevas. Poderosos gigantes, de cuerpos grandes y mentes pequeñas.

»Construimos nuestras chozas con zarzales. Aramos el suelo. Despejamos el bosque. Arrojamos a los gigantes pelirrojos de vuelta al bosque. Lejos y más lejos les condujimos hasta que por fin huyeron a las montañas del oeste y a las montañas del norte. Eramos ricos. Éramos prósperos.

»Entonces... —Su voz se llenó de rabia y odio, hasta que pareció reverberar a través de la caverna—. Entonces llegaron los celtas. De las islas del oeste, vinieron en sus toscos coráculos. Desembarcaron en el oeste, pero no estaban satisfechos con el oeste. Avanzaron hacia el este y tomaron las fértiles llanuras. Luchamos. Ellos eran muy fuertes. Eran feroces guerreros y estaban armados con bronce, mientras que nosotros sólo teníamos armas de pedernal.

«Fuimos expulsados. Nos hicieron esclavos. Nos arrojaron al bosque. Algunos de nosotros huimos hacia las montañas del oeste. Muchos huyeron a las montañas del norte. Allí se mezclaron con los gigantes pelirrojos que habíamos expulsado tanto tiempo atrás, y se convirtieron en una raza de enanos monstruosos, perdiendo todas las artes de la paz y ganando sólo la habilidad de combatir.

»Pero algunos de nosotros juramos que nunca dejaríamos la tierra por la que habíamos peleado. Mas los celtas nos empujaron. Eran muchos, y muchos vinieron. Así que fuimos a las cavernas, a los barrancos, a las cuevas. Nosotros, que habíamos morado siempre en chozas que dejaron entrar tanta luz, que siempre habíamos arado el suelo, aprendimos a vivir como bestias, en cuevas donde jamás había entrado la luz del sol. Algunas las encontramos, de las cuales ésta es la mayor; algunas las hicimos.

»Tú, britano... —La voz se convirtió en un graznido y un largo brazo se tendió acusatorio—. ¡Tú y tu raza habéis hecho de una nación libre y próspera una raza de ratas! ¡Nosotros que nunca huimos, que morábamos al aire libre, bajo la luz del sol, junto al mar, adonde venían los mercaderes, debemos huir como bestias acosadas y enterrarnos como topos! Pero de noche... ¡Ah, entonces nos vengamos! ¡Entonces reptamos de nuestros escondites, barrancos y cavernas, con antorcha y puñal! ¡Mira, britano!

Y siguiendo el gesto, Cororuc vio un poste circular de algún tipo de madera muy dura, colocado en un agujero en el suelo de piedra, cerca de la orilla. Alrededor del agujero, el suelo estaba calcinado como por antiguas hogueras.

Cororuc miró, sin entender. En realidad, poco entendía de todo lo sucedido. No estaba seguro de que aquella gente fuera humana. Había oído hablar tanto de ellos como del «pequeño pueblo»... Historias de sus actos, su odio por la raza del hombre y su malicia volvieron a él como un torrente. Ignoraba que estaba contemplando uno de los misterios de las eras. Que las historias que los viejos gaélicos contaban de los pictos, ya deformadas, se harían aún más deformes de una era a otra, para resultar en las historias de elfos, enanos, trolls y hadas, primero aceptadas y luego rechazadas, en su totalidad, por la raza del hombre, al igual que los monstruos de Neanderthal originaron las historias de duendes y ogros. Pero nada de eso sabía Cororuc y nada le importaba, y el anciano estaba hablando de nuevo.

—Ahí, ahí, britano —exultaba, señalando el poste—, ¡ahí pagaras! Un escaso pago por la deuda que tiene tu raza con la mía, pero hasta el límite de tu alcance.

La alegría del anciano habría sido demoníaca, de no ser por cierto elevado propósito en su rostro. Era sincero. Creía que sólo estaba tomando su justa venganza; y se asemejaba a algún gran patriota luchando por una causa poderosa y perdida.

—¡Pero yo soy britano! —tartamudeó Cororuc—. ¡No fue mi pueblo quien exilió a vuestra raza! Eran gaélicos, de Irlanda. Soy un britano y mi raza llegó de la Galia hace sólo cien años. Conquistamos a los gaélicos y los expulsamos a Erin, Gales y Caledonia, igual que ellos expulsaron a vuestra raza.

—¡No importa! —El anciano jefe se había puesto en pie—. Un celta es un celta. Britano o gaélico, no hay diferencia. Si no hubieran sido los gaélicos, habrían sido los britanos. Cada celta que cae en nuestras manos debe pagar, sea guerrero o mujer, niño o rey. Cogedle y atadle al poste.

En un instante Cororuc fue atado al poste, y vio con horror que los pictos amontonaban leña junto a sus pies.

—Y cuando hayas ardido lo suficiente, britano —dijo el anciano—, esta daga que ha bebido la sangre de un centenar de britanos saciará su sed en la tuya.

—¡Pero nunca le he hecho daño a un picto! —jadeó Coróme, luchando con sus ataduras.

—Pagas no por lo que hiciste, sino por lo que ha hecho tu raza —respondió secamente el anciano—. Bien recuerdo lo que hicieron los celtas cuando desembarcaron por primera vez en Inglaterra..., los aullidos de los degollados, los gritos de las muchachas violadas, el humo de las aldeas ardiendo, el saqueo...

Coróme sintió que se le erizaba el vello de la nuca. ¡Cuando los celtas desembarcaron por primera vez en Inglaterra! ¡De eso hacía quinientos años!

Y su curiosidad celta no le permitió callarse, ni siquiera en el poste con los pictos preparándose a encender la leña apilada a su alrededor.

—No puedes recordar eso. Fue hace eras. El anciano le miró sombríamente.

—Y yo tengo eras de edad. En mi juventud fui cazador de brujas, y una vieja me maldijo mientras se retorcía en la estaca. Dijo que viviría hasta que el último niño de la raza picta hubiera desaparecido. Que vería a la nación una vez poderosa hundirse en el olvido, y entonces, sólo entonces, debería seguirla. Pues me impuso la maldición de la vida eterna.

Su voz se alzó hasta llenar la caverna.

—Pero la maldición no era nada. La palabras no pueden hacer daño, no pueden hacerle nada a un hombre. Vivo. He visto ir y venir a un centenar de generaciones, y a otro centenar más. ¿Qué es el tiempo? El sol sale y se oculta, y otro día ha pasado al olvido. Los hombres vigilan el sol y disponen sus vidas según él. A cada momento se alían con el tiempo. Cuentan los minutos que les llevan a la carrera hacia la eternidad. El hombre sobrevivió a los siglos cuando empezó a contar el tiempo. El tiempo es obra del hombre. La eternidad es la obra de los dioses. En esta caverna no existe el tiempo. No hay estrellas, no hay sol. Dentro está la eternidad, fuera está el tiempo. No contamos el tiempo. Nada marca el paso de las horas. Los jóvenes salen al exterior. Ven el sol, las estrellas. Cuentan el tiempo. Y pasan. Era un hombre joven cuando entré en esta caverna. Nunca la he dejado. Tal como vosotros contáis el tiempo, puedo haber estado aquí un millar de años; o una hora. Cuando no está ceñida por el tiempo, el alma, la mente, llámalo como quieras, puede conquistar al cuerpo. Y los hombres sabios de mi raza, en mi juventud, sabían más de lo que el mundo exterior nunca aprenderá. Cuando siento que mi cuerpo empieza a debilitarse, tomo la poción mágica que en todo el inundo sólo yo conozco. No da la inmortalidad, eso es obra sólo de la mente; pero reconstruye el cuerpo. La raza de los pictos se desvanece; desaparecen como la nieve en la montaña. Y cuando el último se haya ido, esta daga me liberará del mundo.

Y con un brusco cambio de tono, añadió:

—¡Prended los haces de leña!

La mente de Coróme daba vueltas. No entendía en absoluto lo que acababa de oír. Estaba seguro de que enloquecía, y lo que vio un minuto después se lo confirmó.

De entre el gentío surgió un lobo, ¡y supo que era el lobo que había salvado de la pantera junto al barranco en el bosque!

Era extraño, lo lejano y antiguo que parecía... Sí, era el mismo lobo. Aquel mismo paso extraño y como rastrero. Entonces la criatura se levantó y se llevó las patas delanteras hacia la cabeza. ¿De qué horror sin nombre se trataba?

Luego la cabeza del lobo cayó hada atrás, revelando el rostro de un hombre. El rostro de un picto; uno de los primeros «hombres-lobo». El hombre salió de la piel del lobo y avanzó, diciendo algo. Un picto que empezaba a encender la leña junto a los pies del britano apartó la antorcha y vaciló.

El lobo-picto dio un paso adelante y empezó a hablar con el jefe, usando el celta, evidentemente en beneficio del prisionero. (Cororuc estaba sorprendido de oír a tantos hablar su lengua, sin pararse a pensar en su comparativa simplicidad y en la habilidad de los pictos.)

—¿Qué es esto? —preguntó el picto que había actuado como lobo—. ¡ Un hombre que no debería va a ser quemado!

—¿Cómo? —exclamó con fiereza el anciano, aferrando su larga barba—. ¿Quién eres tú para ir contra una costumbre antigua como las eras?

—Me encontré con una pantera —respondió el otro—, y este britano arriesgó su vida para salvar la mía. ¿Mostrará ingratitud un picto?

Y mientras el anciano dudaba, evidentemente impulsado en un sentido por su fanática sed de venganza, y en otro por su lgualmente feroz orgullo racial, el picto prorrumpió en una salvaje andanada oratoria, en su propia lengua. Por fin, el viejo asintió.

—Un picto siempre paga sus deudas —dijo con impresionante grandeza—. Un picto nunca olvida. Desatadle. Ningún celta dirá jamás que un picto se mostró ingrato.

Coróme fue liberado, y mientras, aturdido, intentaba tartamudear su agradecimiento, el jefe hizo un gesto desdeñoso.

—Un picto jamás olvida a un enemigo, y recuerda siempre un acto de amistad —replicó.

—Ven —murmuró su amigo picto, tirando del brazo de Cororuc.

Le condujo a una cueva que se alejaba de la caverna principal. Mientras andaban, Cororuc miró arras, y vio al anciano jefe sentado en su trono de piedra, los ojos relucientes mientras parecía contemplar de nuevo las glorias perdidas de la antigüedad; a cada lado las hogueras saltaban y parpadeaban. Una imagen de grandeza, el rey de una raza perdida.

Más y más adelante condujo su guía a Cororuc. Y por fin salieron y el britano vio sobre él las estrellas del cielo.

—Por ahí hay una aldea de tu tribu —dijo el picto, señalando—, donde serás bienvenido hasta que desees reemprender tu viaje.

Y le hizo regalos al celta; le regaló vestimentas de tela y piel de ciervo finamente trabajado, cinturones de cuentas, un magnífico arco de cuerno con flechas de punta de obsidiana hábilmente trabajada. Le dio comida. Sus propias armas le fueron devueltas.

—Un momento —dijo el britano, cuando el picto se dio la vuelta para marcharse—. Seguí sus huellas en el bosque. Desaparecieron.

Había un interrogante en su voz.

El picto rió quedamente.

—Salté a las ramas del árbol. Si hubieras mirado hacia arriba, me habrías visto. Si alguna vez deseas un amigo, lo encontrarás en Berula, jefe de los pictos albanos.

Se volvió y desapareció. Y Cororuc anduvo bajo la luz de la luna hacia la aldea celta.

HOMBRES DE LAS SOMBRAS

Del sombrío amanecer rojizo de la Creación, de las nieblas del Tiempo sin tiempo, llegamos nosotros, la primera gran nación, la primera en iniciar el ascenso.

Salvajes, sin maestros, ignorantes, buscando a tientas a través de la noche primitiva, y con todo aferrando débilmente el resplandor, el atisbo de la Lu2 venidera.

Viajando por tierras vírgenes, navegando en mares desconocidos;
encerrados en el laberinto de los misterios del mundo, echando nuestros mojones de piedra.

Asiendo vagamente la gloria, mirando más allá de nuestro entendimiento; mudamente la historia de las eras erigiéndose en llanuras y pantanos.

Ved cómo arde imperecedero el Fuego Perdido. Hechos estamos del moho de los eones. Las naciones han hollado nuestros hombros, pisoteándonos en el polvo.
Somos la primera de las razas,
uniendo lo Viejo y lo Nuevo...
Mirad, donde los espacios del mar nebuloso
se mezclan con el azul del océano.

Así nos hemos mezclado con las eras, y el viento del mundo remueve nuestras cenizas. Nos hemos desvanecido de las páginas del Tiempo. ¿Nuestro recuerdo? Viento en los abetos.

Stonehenge, de gloria largamente perdida,
sombría y solitaria en la noche,
murmura la historia vieja de eras,
de cómo alumbramos la primera de las Luces.

Hablad, vientos nocturnos, de la creación del hombre,
susurrad sobre barrancos y pantanos,
la historia de la primera gran nación,
los últimos hombres de la Edad de Piedra.

La espada se enfrentó a la espada, chocando y resbalando.

—*A-a-ailla! A-a-ailla!* —subió un creciente clamor que surgía de cien gargantas salvajes.

Se nos echaron encima desde todas partes, cien contra treinta. Nos pusimos espalda con espalda, los escudos juntos, las hojas de las espadas en guardia. Las hojas habían enrojecido, pero también los cascos y las corazas. Poseíamos una ventaja: llevábamos armadura, y nuestros enemigos no. Pero con todo se arrojaban desnudos a la contienda con un valor tan feroz como si estuvieran ataviados de acero.

Retrocedieron por un momento y permanecieron alejados, jadeando maldiciones; la sangre de las heridas de espada dibujaba extrañas formas en sus pieles pintadas con hierba pastel.

¡Treinta hombres! Treinta, el resto de la tropa de quinientos que tan arrogantemente había desfilado desde el Muro de Adriano. ¡Zeus, qué plan! Quinientos hombres enviados para abrirse paso a través de una tierra atestada de bárbaros de otra era. Marchando de día sobre las colinas cubiertas de brazos, abriendo a tajos un camino escarlata a través de hordas enloquecidas por la sangre, montando un apretujado campamento por la noche, en el que criaturas que rugían y balbuceaban se deslizaban sin ser vistas por los centinelas para matar con cuchillos silenciosos. Batalla, derramamiento de sangre, carnicería.

Nuevas llegarían al emperador en su hermoso palacio, entre sus nobles y sus mujeres, de que otra expedición había desaparecido entre las neblinosas colinas del místico Norte.

Contemplé a los hombres que eran mis camaradas. Había romanos de Latinia y que habían nacido romanos. Había britanos, germanos y un hibernio de cabellera roja como la llama. Miré a los lobos de aspecto humano que nos rodeaban. Hombres peludos, casi enanos, encorvados y de miembros nudosos, de brazos largos y potentes, con grandes mechones de pelo áspero que enmarcaban frentes curvadas, como de simios. Pequeños ojos negros que no parpadeaban relucían con malévolo desprecio, como ojos de serpiente. Apenas llevaban ropas, y sí pequeños escudos redondos, largas lanzas y espadas cortas con hojas ahusadas. Aunque apenas alguno de ellos superaba el metro cincuenta de estatura, sus espaldas increíblemente anchas indicaban una fuerza colosal. Y eran tan veloces como gatos.

Llegaron en tropel. La espada corta del salvaje chocó contra la espada corta romana. Se luchaba a distancias muy cortas, pues los salvajes se hallaban mejor adaptados a tal combate, y los romanos entrenaban a sus soldados en el manejo de la espada corta. Allí el escudo romano se hallaba en desventaja, ya que era demasiado pesado para manejarlo con rapidez y los salvajes se agazapaban, golpeando hacia arriba.

Permanecíamos espalda contra espalda, y cuando un hombre caía, volvíamos a estrechar las filas. Más y más adelante nos empujaron, hasta que sus rostros retorcidos en un gruñido estuvieron cerca de los nuestros, y su aliento fétido y bestial llenó nuestras narices. Mantuvimos la formación como hombres de acero. Los brezales, las colinas, el mismo tiempo se desvanecieron. Los hombres dejaron de ser hombres y se convirtieron en meras máquinas de combatir. La niebla de la batalla borró mente y alma. Finta, estocada. Una hoja rompiéndose en un escudo; un rostro bestial y gruñendo a través de la bruma de la batalla. ¡Golpea! El rostro desvaneciéndose para ^r sustituido por otro igualmente bestial.

Años de cultura romana se borraron como la neblina del mar bajo el sol. Volvía a ser un salvaje; un hombre primigenio el bosque y los mares. Un hombre primigenio enfrentándose a una tribu de otra era, feroz en su odio tribal, rabiosa por la sed de matanza. Cómo maldije la escasa longitud de la espada romana que blandía. Una lanza se estrelló contra mi peto; una espada se rompió en la cimera de mi casco, derribándome al suelo. Me alcé vacilando, matando a quien me había golpeado de una feroz estocada hacia arriba. Entonces me detuve en seco, con la espada levantada. El silencio reinaba sobre los brezales. Ningún enemigo se alzaba ante mí. Yacían en un silencioso y ensangrentado grupo, aferrando aún sus espadas, rostros acuchillados y desgarrados congelados todavía en gruñidos de odio. Y de los treinta que se habían enfrentado a ellos, quedaban cinco. Dos romanos, un britano, el irlandés y yo. La espada y la armadura romanas habían triunfado, y por increíble que pareciera habíamos matado casi cuatro veces nuestro número de enemigos.

Sólo podíamos hacer una cosa. Abrirnos paso de regreso por la senda que habíamos tomado a la ida, intentando cruzar innumerables leguas de tierra feroz. A cada lado se alzaban grandes montañas. La nieve coronaba sus cimas, y el país no era cálido. No teníamos ni idea de cuan lejos al norte nos hallábamos. La marcha no era sino un recuerdo borroso en cuyas nieblas escarlata los días y las noches se borraban en un panorama rojo. Todo lo que sabíamos era que unos días antes los restos del ejército romano habían sido dispersados entre los picachos por una terrible tempestad, sobre cuyas potentes alas los salvajes nos habían asaltado en hordas. Los cuernos de guerra habían sonado a través de valles y barrancos durante días, y el medio centenar de nosotros que se había mantenido había luchado a cada paso del camino, acosado por enemigos aullantes que parecían surgir en enjambres de la atmósfera tenue. Ahora reinaba el silencio, y no había señal alguna de los indígenas. Nos dirigimos hacia el sur, como animales acosados.

Pero antes de partir descubrí en el campo de batalla algo que me conmovió con feroz alegría. Un indígena aferraba en su mano una gran espada larga, de las que se manejan a dos manos. ¡Una espada nórdica, por la mano de Thor! Cómo la consiguieron los salvajes no lo sé. Posiblemente algún vikingo de amarilla cabellera se había lanzado contra ellos, con un cántico de batalla en los barbudos labios y la espada remolineando. Sea como fuere, la espada estaba allí.

Tan ferozmente había agarrado el salvaje la empuñadura que me vi obligado a cortarle la mano para conseguir la espada.

Con ella empuñada me sentí más osado. Las espadas cortas y los escudos pueden bastar para hombres de estatura media; pero eran armas débiles para un guerrero que sobrepasaba el metro noventa.

Ascendimos las montañas, por el borde de estrechos y escarpados acantilados, escalando empinados barrancos. Nos arrastramos como insectos por la cara de un precipicio que dominaba el cielo, de tan

gigantescas proporciones que parecía empequeñecer a los hombres hasta la simple nada. Trepamos por su cresta, casi aplastados por el fuerte viento de montaña que rugía con las voces de los gigantes. Y allí les encontramos esperándonos. El britano cayó atravesado por una lanza; se alzó vacilando, agarró a quien la había lanzado y juntos se precipitaron por el abismo, para caer más de trescientos metros. Un breve y salvaje torbellino de furia, un remolino de espadas, y la batalla hubo terminado. Cuatro indígenas yacían inmóviles a nuestros pies, y uno de los romanos se acurrucaba, intentando detener la sangre que brotaba del muñón de su brazo amputado.

Tiramos por el acantilado a los que habíamos matado, y envolvimos el brazo del romano con tiras de cuero, atándolas bien tensas, para que el brazo dejara de sangrar. Después, emprendimos el camino una vez más.

Adelante, adelante; los barrancos giraban sobre nosotros; laderas cubiertas de aulaga se inclinaban locamente. El sol se alzaba sobre los picachos balanceantes y caía hacia el oeste. Luego, agazapados sobre un barranco, escondidos por grandes peñascos, vimos pasar una partida de indígenas bajo nosotros, andando por una estrecha senda que orillaba precipicios y rodeaban las montañas. Cuando pasaban justo por debajo de nosotros, el irlandés lanzó un grito de alegría salvaje y, saltando del acantilado, cayó entre ellos. Se lanzaron sobre él aullando como lobos y su roja cabellera brilló sobre las negras cabelleras de ellos. El primero en llegar a él cayó con el cráneo hendido, y el segundo aulló al serle separado el brazo izquierdo del hombro. Con un salvaje grito de batalla, el irlandés hundió su espada en un pecho peludo, la extrajo y cercenó una cabeza. Entonces se lanzaron sobre él como lobos encima de un león, y un instante después su cabeza fue alzada en una lanza. El rostro aun parecía expresar la alegría del combate.

Pasaron de largo, sin sospechar nuestra presencia, y de nuevo seguimos adelante. Cayó la noche y salió la luna, haciendo destacar los picachos como borrosos fantasmas y arrojando sombras extrañas entre los valles. Mientras caminabamos hallamos señales de la marcha, y de la retirada. Allí un romano yaciendo al pie de un precipicio, un bulto aplastado, quizás una larga lanza atravesándole; más lejos un cuerpo decapitado, allá una cabeza sin cuerpo. Cascos partidos y espadas rotas narraban la muda historia de batallas ferozmente disputadas.

Nos tambaleamos a través de la noche, no deteniéndonos hasta el amanecer, cuando nos ocultamos entre los peñascos, y sólo nos aventuramos a salir de nuevo cuando la noche había caído. Grupos de indígenas pasaron cerca, pero permanecimos sin ser descubiertos, aunque a veces podríamos haberles tocado al pasar.

Rompía el alba cuando llegamos a un terreno distinto, una gran meseta. A cada lado se alzaban montañas, excepto al sur, donde la llanura parecía extenderse largo trecho. Así pues, creí que habíamos dejado las montañas y llegado al pie de las colinas que seguían hasta disolverse finalmente en las fértiles llanuras del sur.

Llegamos entonces a un lago y allí nos detuvimos. No había ninguna señal del enemigo, ninguna humareda en el aire. Pero mientras estábamos allí parados, el romano que sólo tenía un brazo cayó de bruces sin un sonido, atravesado por una jabalina.

Observamos el lago. Ninguna barca ondulaba la superficie. No se veía a enemigo alguno entre los ralos juncos cercanos a la orilla. Nos volvimos, examinando los brezales. Y sin un sonido el segundo romano se encogió y cayó de bruces, con una corta lanza entre los hombros.

Con la espada desenvainada, atónito, registré las laderas silenciosas en busca de alguna señal del enemigo. El brezal se extendía vacío de una montaña a otra, y en ningún lugar los brezos eran lo bastante altos para ocultar a un hombre, ni siquiera a un caledonio. Ninguna ondulación turbaba el lago... ¿Qué era pues lo que hacía agitarse a aquel junco cuando los demás estaban inmóviles? Me incliné hacia delante, atisbando en el agua. Al lado del junco una burbuja se alzó hacia la superficie.

Me incliné más cerca, preguntándome... ¡Un rostro bestial me miraba con malicia, justo bajo la superficie del lago! Un instante de asombro... y luego mi frenética estocada partió en dos el rostro peludo, desviando justo a tiempo la jabalina que saltaba hacia mi pecho. Las aguas del lago se agitaron en un torbellino y por fin flotó a la superficie el cuerpo de un salvaje, con el haz de jabalinas todavía en el cinto; su mano simiesca aferraba aún la caña hueca a través de la cual había respirado. Entonces supe por qué tantos romanos habían muerto de manera extraña junto a las orillas de los lagos.

Arrojé mi escudo y deseché todos mis pertrechos excepto la espada, la daga y la armadura. Cierta feroz exultación me animaba. Era un hombre solo, en mitad de un país salvaje, entre un pueblo de salvajes sedientos de mi sangre. ¡Por Thor y Woden, les enseñaría cómo moría un nórdico! A cada momento que pasaba quedaba menos en mí del romano civilizado. Todo el barniz de la educación y la civilización cayó de mí, dejando sólo al hombre primitivo, sólo el alma primordial, feroz y de rojas garras.

Una rabia lenta y profunda empezó a surgir de mí, junto con un vasto desprecio nórdico hacia mis enemigos. Me hallaba en el estado de ánimo adecuado para volverme berserk, el hombre-oso; Thor sabe que había combatido en abundancia durante la marcha y a lo largo de la retirada, pero el alma combativa del nórdico se había despertado en mi interior, con sus místicas profundidades, más hondas que el mar del Norte. No era un romano. Era un nórdico, un bárbaro de pecho velludo y barba amarilla. Y recorrí el brezal tan arrogantemente como si fuera el puente de mi propia galera. ¿Qué eran los pictos? Enanos atrofiados cuyos días habían pasado. Era extraño que un odio terrorífico empezara a consumirme. Y con todo, no lo era tanto, pues a medida que retrocedía al salvajismo, más primitivos se hacían mis impulsos, y más feroz ardía el odio intolerante hacia el extranjero, ese primer impulso

del indígena primigenio. Pero había una razón más profunda y siniestra en lo más hondo de mi mente, aunque no la conocía. Pues los pictos eran hombres de otra edad; en verdad, era el último pueblo de la Edad de Piedra, al que los celtas y los nórdicos habían expulsado ante ellos cuando descendieron del norte. Y en algún lugar de mi mente acechaba un nebuloso recuerdo de una guerra feroz e implacable librada en una era más oscura.

Y había también cierto temor, no por sus cualidades como luchadores sino por la brujería de la que todos los pueblos creían poseedores a los pictos. Había visto sus crómiechs por toda Inglaterra, y había visto la gran muralla que habían construido no lejos de Corinium. Sabía que los druidas celtas les odiaban con un odio que resultaba sorprendente, incluso en sacerdotes. Ni siquiera los druidas podían, o querían, contar cómo los hombres de la Edad de Piedra levantaron esas inmensas barreras de piedra, o por qué razón, y la mente del hombre corriente retrocedía a la explicación usada durante eras: brujería. Más aún, los propios pictos creían firmemente que eran hechiceros, y quizás eso tenía algo que ver en el asunto.

Empecé a preguntarme por qué sólo quinientos hombres habían sido enviados a aquella loca incursión. Algunos habían dicho que para capturar a cierto sacerdote picto, otros que buscábamos noticias del jefe picto, un tal Bran Mak Mora. Pero nadie lo sabía salvo el oficial al mando, y la cabeza de éste iba en una lanza picta, en algún lugar lejano de aquel mar de montañas y brezales. Se decía que nadie le igualaba en la lucha, ya fuera con un ejército o en solitario. Pero nunca habíamos visto a un guerrero que pareciera mandar tanto como para justificar la idea de que era el jefe. Pues los salvajes luchaban como lobos, aunque con cierta tosca disciplina.

Quizá le encontrara, y si era tan valiente como decían, con seguridad me haría frente.

Dejé de ocultarme. Más aún, canté una salvaje canción mientras caminaba, marcando el compás con mi espada. Que los pictos vinieran cuando quisieran. Estaba listo para morir como un guerrero.

Había cubierto muchas millas cuando di la vuelta a una pequeña colina y me tropecé con varios centenares de ellos, armados hasta los dientes. Si esperaban que diera la vuelta y huyera, estaban muy equivocados. Seguí caminando hacia ellos, sin alterar ni mi zancada ni mi canción. Uno de ellos corrió hacia mí, con la cabeza baja, la punta de la lanza hacia delante, y le recibí con un golpe hacia abajo que le abrió desde el hombro izquierdo a la cadera derecha. Otro saltó desde el costado, dirigiendo un golpe a mi cabeza, pero me agaché de modo que la jabalina silbó sobre mi hombro, y le abrí las entrañas al enderezarme. Entonces se lanzaron sobre mí desde todos lados; despejé un espacio con un gran mandoble a dos manos y me puse de espaldas a la abrupta ladera, lo bastante cerca para evitar que se me acercaran por detrás, pero no tanto como para no poder blandir mi espada. Si malgastaba

movilidad y fuerza en el movimiento de arriba abajo, la compensaba más que sobradamente con el devastador poder de mis mandobles. No hacía falta golpear dos veces a ningún enemigo. Un salvaje atezado y barbudo surgió de un salto bajo mi espada, agazapándose y lanzando un golpe hacia arriba. La hoja de la espada se torció en mi coraza, y le dejé inconsciente con un golpe de mi empuñadura. Me rodearon los lobos, luchando por alcanzarme con sus espadas mas cortas, y dos cayeron con la cabeza hendida mientras trataban de aproximarse. Entonces uno, tendiéndose sobre los hombros de los demás, clavó una lanza en mi muslo, y con un rugido de furia lancé una estocada salvaje, atravesándole como a una rata. Antes de que pudiera recobrar el equilibrio, una espada hirió mi brazo derecho y otra se quebró en mi casco. Me tambaleé, giré ferozmente para despejar un espacio, y una lanza penetró en mi hombro derecho. Vacilé, caí al suelo y volví a levantarme. Con un terrorífico empuje de los hombros rechacé a mis enemigos que arañaban y acuchillaban, y entonces, sintiendo que la fortaleza huía de mí con la sangre, lancé un rugido de león y salté entre ellos, absolutamente berserk. Me lancé entre la multitud, golpeando a derecha e izquierda, dependiendo sólo de mi armadura para protegerme de las hojas que saltaban. Esa batalla no es sino un recuerdo carmesí. Abajo, arriba, abajo de nuevo, el brazo derecho colgando, la espada golpeando en la mano izquierda. La cabeza de un hombre saltó de sus hombros, un brazo se desvaneció a la altura del codo, y entonces me derrumbé en el suelo luchando en vano por levantar la espada que colgaba flojamente de mi puño.

En un momento hubo una docena de lanzas en mi pecho, cuando alguien arrojó hacia atrás a los guerreros y una voz habló, como la de un jefe:

—¡Deteneos! Este hombre debe ser salvado.

Vagamente, como a través de una neblina, vi un rostro esbelto y moreno al levantarme tambaleante para enfrentarme al que había hablado.

Vi a un hombre moreno y de negro cabello, cuya cabeza apenas me llegaría al hombro, pero que parecía tan ágil y fuerte como un leopardo. Iba parcamente ataviado con vestiduras sencillas que le ceñían el cuerpo, y su única arma era una espada larga y recta. No se parecía en aspecto y rasgos a los Plctos más que yo pero, con todo, había en él cieno aparente Parentesco con ellos.

Todo esto lo noté confusamente, pues apenas era capaz de mantenerme en pie.

—Te he visto —dije, hablando como un extraviado—. Te he visto una y otra vez en primera línea del combate. Siempre encabezabas la carga de los pictos, mientras que tus jefes se escabullían del campo. ¿Quién eres?

Entonces los guerreros, el mundo y el cielo se desvanecieron y me derrumbé sobre los brezos.

Oí confusamente hablar al extraño guerrero:

—Restañad sus heridas y dadle comida y bebida.

Había aprendido su lengua de los pictos que venían a comerciar al Muro.

Percibí que hicieron lo que les había mandado el guerrero, y por fin recobré el conocimiento, habiendo bebido gran cantidad del vino que los pictos destilan del brezo. Después, agotado, yací sobre los brezos y dormí, sin que me importaran ni todos los salvajes del mundo.

Cuando desperté, la luna se hallaba alta en el cielo. Mis armas y mi casco habían desaparecido, y varios pictos armados me vigilaban. Cuando me vieron despierto me indicaron que les siguiera y echaron a andar por el brezal. Llegamos finalmente a una colina alta y pelada con un fuego resplandeciendo en su cima. Sentado en una roca junto al fuego estaba el extraño jefe moreno, y junto a él, como espíritus del Mundo Oscuro, había un anillo silencioso de guerreros picto sentados.

Me llevaron ante el jefe, si tal era, y permanecí de pie, contemplándole sin miedo ni desafío. Y sentí que se trataba de un hombre distinto de todos los que había visto. Fui consciente de cierta fuerza, cierto poder invisible que irradiaba del hombre y parecía mantenerle apartado de los hombres comunes. Era como si desde las alturas del autodominio bajara la vista hacia los hombres, pensativo, inescrutable, cargado con el conocimiento de las edades, sombrío por la sabiduría de las eras. Sentado allí, con el mentón en la mano y los oscuros e insondables ojos clavados en mí.

—¿Quién eres?

—Un ciudadano romano.

—Un soldado romano. Uno de los lobos que han hecho pedazos el mundo durante demasiados siglos.

Un murmullo recorrió a los guerreros, huidizo como el susurro del viento nocturno, siniestro como el destello del colmillo de un lobo.

—Hay gente a la que mi pueblo odia aún más que a los romanos —dijo—. Pero con toda seguridad, eres un romano. Y con todo, me parece que eres más alto de lo que yo creía a los romanos. Y tu barba, ¿qué la volvió amarilla?

Ante su tono de sarcasmo, eché la cabeza hacia atrás y aunque la piel me hormigueaba al pensar en las espadas a mi espalda, respondí orgullosamente:

—Soy nórdico de nacimiento.

Un alarido salvaje y sediento de sangre brotó de la horda agazapada, y en un momento saltaron hacia delante. Un solo movimiento de la mano del jefe les hizo retroceder, con los ojos ardientes. Sus propios ojos no habían dejado de clavarse en mi rostro ni un momento.

—Mi tribu es estúpida —dijo—, pues odian a los nórdicos aún más que a los romanos. De hecho, los nórdicos acosan incesantemente nuestras costas; pero es a Roma a quien deberían odiar.

—¡Pero tú no eres picto!

—Soy mediterráneo.

—¿De Caledonia?

—Del mundo.

—¿Quién eres?

—Bran Mak Morn.

—¿Qué?

Yo había esperado una monstruosidad, un ser horrendo y deforme, un feroz enano construido de acuerdo con el resto de su raza.

—No eres como ésos.

—Soy como era la raza —replicó—. La línea de los jefes ha mantenido pura su sangre a lo largo de las eras, recorriendo el mundo en busca de mujeres de la Vieja Raza.

—¿Por qué tu raza odia a todos los hombres? —pregunté, lleno de curiosidad—. Se habla de vuestra ferocidad en todas las naciones.

—¿Por qué no íbamos a odiar? —Sus ojos oscuros se iluminaron de pronto con un brillo más feroz—. Pisoteados por cada tribu nómada, arrojados de nuestras tierras fértiles, obligados a residir en los lugares más salvajes del mundo, deformados en cuerpo y en mente... Mírame. Soy como fue una vez la raza. Mira a tu alrededor. Una raza de hombres-mono, nosotros que fuimos el más elevado tipo de hombres de los que podía enorgullecerse el mundo.

Temblé a mi pesar ante el odio que vibraba en su voz profunda y resonante.

De las tilas de guerreros surgió una muchacha, se puso al lado del jefe y se acurrucó junto a él. Una belleza delgada y tímida, casi una niña. El rostro de Mak Morn se suavizó un tanto mientras rodeaba con el brazo su esbelto cuerpo. Luego, la mirada pensativa regresó a sus oscuros ojos.

—Mi hermana, nórdico —dijo—. Me han dicho que un rico mercader de Corinium ha ofrecido mil piezas de oro a quien se la lleve.

Se me erizó el cabello, pues me pareció sentir una siniestra nota menor en la tranquila voz del caledonio. La luna se hundió tras el horizonte occidental, dando al brezal un tinte rojizo, de modo que los brezos parecían un mar de sangre bajo la luz fantasmagórica.

La voz del jefe rompió el silencio.

—El mercader envió un espía más allá del Muro. Le mandé su cabeza.

Me sobresalté. Un hombre se alzaba ante mí. No le había visto llegar. Era muy viejo y llevaba sólo un taparrabos. Una barba larga y blanca le caía hasta la cintura, y estaba lleno de tatuajes desde la coronilla hasta los talones. Su rostro parecido al cuero estaba surcado por un millón de arrugas, y su piel era escamosa como la de una serpiente. Bajo unas enmarañadas cejas blancas sus ojos grandes y extraños llameaban, como si contemplaran visiones fantásticas. Los guerreros se removieron inquietos. La muchacha se encogió entre los brazos de Bran Mak Morn, como asustada.

—El dios de la Guerra cabalga el viento nocturno —dijo el brujo de pronto, en voz alta y fantasmagórica—. Las cometas huelen la sangre.

Pies extraños recorren los caminos de Alba. Remos extraños baten el mar del Norte.

—Préstanos tu arte, brujo —ordenó imperiosamente Mak Morn.

—Has disgustado a los viejos dioses, jefe —respondió el otro—. Los templos de la Serpiente están desiertos. El dios blanco de la luna ya no se deleita con la carne del hombre. Los señores del aire miran desde sus murallas y no están complacidos. ¡Hai, hai! Dicen que un jefe se ha apartado del sendero.

—Basta. —La voz de Mak Morn era áspera—. El poder de la Serpiente ha sido quebrado. Los neófitos ya no ofrecen más seres humanos a sus oscuras divinidades. Si he de levantar a la nación picta fuera de la oscuridad del valle del salvajismo abismal no toleraré oposición de príncipe o sacerdote. Toma nota de mis palabras, brujo.

El anciano *alzó* sus grandes ojos, llenos de una luz misteriosa, y me miró a la cara.

_Veo a un salvaje de pelo amarillo —susurró en un tono que ponía la piel de gallina—. Veo un cuerpo fuerte y una fuerte mente, de los que un jefe podría alimentarse.

Una exclamación impaciente brotó de Mak Morn.

La muchacha le rodeó tímidamente con los brazos y le susurró al oído.

—En los pictos quedan aún ciertas dosis de humanidad y bondad —dijo, y percibí la feroz autoironía de su tono—. La niña me pide que te deje ir en libertad.

Aunque hablaba en céltico, los guerreros comprendieron y murmuraron descontentos.

—¡No! —exclamó violentamente el brujo. La oposición no hizo sino endurecer la decisión del jefe. Se puso en pie.

—Digo que el nórdico será liberado al amanecer. Un silencio desaprobador le respondió.

—¿Osa alguno de vosotros marchar al brezal y enfrentar su acero al mío? —les desafió. El brujo habló:

—Presta atención, jefe. He vivido más de cien años. He visto ir y venir a jefes y conquistadores. He combatido la magia de los druidas en los bosques de la medianoche. Largo tiempo te has burlado de mi poder, hombre de la Vieja Raza, y aquí te desafío. Te conmino al combate.

No se pronunció ni una palabra. Los dos hombres avanzaron hasta la luz del fuego que arrojaba su caprichoso resplandor entre las sombras.

—Si venzo, la Serpiente se enroscará de nuevo, el Gato Montes volverá a rugir y tú serás mi esclavo para siempre. Si vences, tuyas son mis artes, y te serviré.

El brujo y el jefe se enfrentaron. Las cárdenas llamaradas de la hoguera iluminaban sus rostros. Sus ojos se encontraron Y chocaron. Sí, el combare entre los ojos y las almas tras ellos era tan claramente evidente como si hubieran estado luchando con espadas. Los ojos del

brujo se agrandaron, los del jefe se entrecerraron. Fuerzas terroríficas semejaban emanar de cada "^0; invisibles poderes en lucha torbellineaban a su alrededor. ° era vagamente consciente de que no se trataba sino de otra fase en una guerra que duraba eones. La batalla entre lo Viejo y lo Nuevo. Tras el brujo acechaban millares de años de oscuros secretos, misterios siniestros, temibles formas nebulosas monstruos semiocultos entre las nieblas de la antigüedad. Tras el jefe, la clara y fuerte lu2 del día que se aproximaba, la primera chispa de civilización, la limpia fortaleza de un hombre nuevo con una nueva y poderosa misión. El brujo tipificaba la Edad de Piedra; el jefe, la civilización que se acercaba. El destino de la raza picta, quizá, pendía de aquel conflicto.

Los dos hombres parecían realizar un terrorífico esfuerzo. Las venas sobresalían en la frente del jefe. Los ojos de ambos ardían y chispeaban. Entonces un jadeo surgió del brujo. Con un aullido se tapó los ojos y se derrumbó en el brezal como un saco vacío.

—¡Basta! —jadeó—. Has vencido, jefe.

Se alzó, tembloroso y sumiso.

Las filas tensas y agazapadas se relajaron y volvieron a sentarse en sus sitios, con los ojos clavados en el jefe. Mak Moro sacudió la cabeza como para despejarla.

Se dirigió al peñasco y tomó asiento en él, y la muchacha le arrojó los brazos al cuello, murmurándole en una voz suave y llena de alegría.

—Rápida es la Espada de los Picto —musitó el brujo—. Fuerte es el Brazo del Picto. ¡Hai! Dicen que alguien poderoso se ha levantado entre los Hombres de Occidente.

»¡Contempla el viejo Fuego de la Raza Perdida, Lobo del Brezal! ¡Hai, hai! Dicen que ha surgido un jefe para conducir hacia delante a la raza.

El brujo se inclinó sobre los rescoldos del fuego que se había apagado, murmurando en voz baja.

Removiendo los rescoldos, mascullando entre su blanca barba, habló monótonamente, medio cantando, entonando un cántico extraño, de escaso significado o rima, pero con una especie de ritmo salvaje, notablemente extraño y fantasmal.

Sobre lagos resplandecientes sueñan los viejos dioses; espectros recorren la penumbrosa landa.
Los vientos nocturnos canturrean; la fantasmal luna se desliza sobre el confín del océano.

De un picacho a otro gritan las brujas. El lobo gris busca las alturas.
Como una vaina de oro, lejos en el páramo destella la luz vagabunda.

El anciano removió los rescoldos, haciendo una pausa de vez en cuando para arrojar sobre ellos algún objeto misterioso, acompasando sus movimientos con su cántico.

Dioses del páramo, dioses del lago, bestiales demonios del pantano y el helecho;
Dios blanco cabalgando la luna, mandíbulas de chacal, con voz de orate;
Dios serpiente cuyos anillos escamosos aferran ahogando el Universo.

Ved, sentados están los Sabios Invisibles;
ved los fuegos del consejo encendidos,
ved cómo remuevo las ascuas resplandecientes,
cómo en ellas arrojo la crin de siete potros.

Siete potros de doradas herraduras, de las manadas del dios de Alba. Ahora, en número de uno y seis, dispongo y coloco los palos mágicos.

Madera aromática de lejos traída, de la tierra de la Estrella Matutina. Cortada de las ramas del sándalo, de lejos traída sobre los Mares del Este.

Ved cómo ahora arrojo colmillos de serpiente marina,
plumas del ala de una gaviota.
Ahora el polvo mágico lanzo,
sombras son los hombres, escoria la vida.

Ahora se arrastran las llamas, allí se avivan, ahora se alza la humareda confusa, barrida por el vendaval del océano lejano. Surge la historia del distante pasado.

Las llamitas rojas lamían los rescoldos, ora saltando hacia a^^^ba en rápidos chorros de chispas, ora desvaneciéndose, ora ^£^0 presa en los leños arrojados en el fuego, con un seco chasquido que resonó en el silencio. Nubecillas de humo empezaron a enroscarse en una nube remolineante y confusa.

Tenue, tenue brilla la luz de las estrellas, sobre las colinas de los brezos, encima del valle. Dioses de la Vieja Tierra meditan en la noche lejana, criaturas de la Oscuridad cabalgan en el vendaval.

Ahora, mientras el fuego se apaga, mientras el humo lo envuelve, ahora surge aquí en mística y clara llama. Prestad una vez más oído (si los dioses oscuros no lo prohíben), escuchad la historia de la raza sin nombre.

El humo flotaba hacia arriba, girando en torno al brujo; sus feroces ojos amarillos miraban como a través de una densa niebla. Su voz llegó flotando como desde lejanos espacios, con una extraña impresión incorpórea. Con una entonación misteriosa, como si la voz fuera no la del anciano, sino la de algo separado, algo aparte; como si eras sin cuerpo, y no la mente del brujo, hablaran a través de él.

Rara vez he visto una escena más extraña. La oscuridad reinaba por doquier; apenas una estrella brillaba. Los tentáculos ondulantes de las Luces del Norte alzaban lívidos estandartes en el cielo sombrío. Negras

laderas se alejaban hasta confundirse en la distancia, un penumbroso mar de brezales silenciosos y ondulantes. Y en aquella árida y solitaria colina, la horda semihumana se agazapaba como espectros sombríos de otro mundo; sus rostros bestiales se confundían con las sombras, teñidos de sangre a medida que la luz del fuego parpadeaba y oscilaba. Y delante de todos ellos, Bran Mak Morn se hallaba, sentado como una estatua de bronce, su rostro puesto crudamente de relieve por la luz de las llamas oscilantes. Al igual que el rostro misterioso del brujo, encuadrado por la luz fantasmal, con sus enormes y llameantes ojos amarillos, y su larga barba blanca como la nieve.

—Una raza poderosa, los hombres del Mediterráneo —dijo el brujo.

Los salvajes rostros iluminados se inclinaron hacia delante. Y me descubrí pensando que el brujo tenía razón. Ningún hombre podría civilizar a aquellos salvajes primigenios. Eran indomables, inconquistables. El suyo era el espíritu de lo salvaje, de la Edad de Piedra.

—Más vieja que los picos coronados de nieve de Caledonia —prosiguió.

Los guerreros se inclinaron de nuevo hacia delante, evidenciando ansiedad y anticipación. Sentí que la historia seguía intrigándoles, aunque indudablemente la habían oído un centenar de veces de labios de un centenar de jefes y ancianos.

—Nórdico —dijo, rompiendo de pronto el hilo de su discurso—, ¿qué hay más allá del Canal Occidental?

—La isla de Hibernia.

—¿Y más allá?

—Las islas que los celtas llaman Aran.

—¿Y más allá?

—Pues, en verdad, no lo sé. El conocimiento humano se detiene allí. Ningún navío ha cruzado esos mares. Los hombres instruidos la llaman Thule. Lo desconocido, el reino de la ilusión, el borde del mundo.

—¡Hai, hai! Ese poderoso océano occidental baña las costas de continentes desconocidos, de islas que nadie imagina.

»Lejos, más allá de la gran vastedad de las olas agitadas del Atlántico, yacen dos grandes continentes, tan vastos que el más pequeño dejaría enana a toda Europa. Tierras gemelas de inmensa antigüedad. Tierras de civilización antigua y decadente. Tierras en las que vagaban tribus de hombres sabios en todas las artes, mientras esta tierra que llamamos Europa no era sino un vasto pantano dominado por los reptiles, un bosque húmedo conocido sólo por los monos.

»Tan enormes eran esos continentes que ceñían el mundo, de las nieves del norte a las nieves del sur. Y más allá de ellos hay un gran océano, el Mar de las Aguas Silenciosas [el Océano Pacífico]. Muchas islas hay en ese mar, y esas islas fueron una vez los picos de las montañas de una gran tierra..., la tierra perdida de Lemuria.

»Esos continentes son gemelos, unidos por un estrecho cuello de tierra. La costa occidental del continente del norte es áspera y quebrada.

Enormes montañas se alzan hacia el cielo. Pero esos picos fueron islas en un tiempo, y a esas islas llegó la Tribu sin Nombre, errando desde el norte, hace tantos miles de años que un hombre se cansaría de contarlos. Mil millas al norte y al oeste había nacido la tribu, allí donde las anchas y fértiles llanuras se cierran junto a los canales del norte, que separan el continente del norte del llamado Asia.

—¡Asia! —exclamé, asombrado.

El anciano alzó de golpe la cabeza, irritado, y me contempló con mirada salvaje. Después continuó.

—Allí, en la borrosa confusión del pasado sin nombre, se había alzado la tribu de la criatura marina que se arrastra al mono, y del mono al hombre-mono, y del hombre-mono al salvaje.

» Salvajes eran todavía cuando bajaron por la costa, feroces y belicosos.

»Eran hábiles en la caza, pues durante siglos sin cuenco habían vivido de ella. Eran hombres de fuerte constitución, ni altos ni macizos, sino esbeltos y musculosos como leopardos, veloces y potentes. Ninguna nación podía enfrentárseles. Y eran los Primeros Hombres.

«Seguían vistiéndose con pieles de animales, y sus instrumentos de piedra estaban trabajados toscamente. Establecieron su residencia en las islas occidentales, las islas que yacen sonrientes en un mar soleado. Y allí habitaron durante miles y miles de años. Durante siglos en las costas occidentales. Las islas del oeste eran maravillosas, acariciadas por mares soleados, ricas y fértiles. Allí la tribu dejó a un lado las armas de guerra y se instruyó en las artes de la paz. Allí aprendieron a pulir sus herramientas de piedra. Allí aprendieron a cosechar el grano y los frutos, a cultivar el suelo; y fueron felices, y los dioses de la cosecha rieron. Y aprendieron a hilar y a tejer y a construirse chozas. Y se hicieron hábiles en el trabajo de las pieles y en la alfarería.

»Lejos al oeste, más allá de las olas errantes, estaba la vasta e ignota tierra de Lemuria. Y de ella llegaron flotas de canoas trayendo extraños incursores, los semihumanos Hombres del Mar. Quizás habían surgido de algún extraño monstruo marino, pues tenían escamas como un tiburón, y podían nadar durante horas bajo el agua. Siempre la tribu les derrotaba, pero volvían a menudo, pues los renegados de la tribu huían a Lemuria. Al este y al sur se extendían hasta el horizonte grandes bosques, poblados por bestias feroces y hombres-mono.

»Así se deslizaron los siglos sobre las alas del Tiempo. Más y más fuerte se hizo la Tribu sin Nombre, más hábil en sus artes; menos hábil en la guerra y la caza. Y lentamente los de Lemuria empezaron su ascenso.

»Entonces, un día, un potente terremoto sacudió el mundo. El cielo se confundió con el mar y la tierra giró en los dos. Con el trueno de los dioses en guerra, las islas del oeste saltaron hacia arriba y se alzaron del mar. Había montañas en la recién formada costa occidental del continente del norte, pero la tierra de Lemuria se hundió bajo las olas,

dejando sólo una gran isla montañosa, rodeada por muchas islas, que habían sido sus picos más altos.

»Y sobre la costa occidental rugían y bramaban poderosos volcanes, y la llama que escupieron bajó por la costa y borró toda huella de civilización concebible. De un fértil viñedo la tierra se convirtió en un desierto.

»Hacia el este huyó la tribu, empujando ante ella a los hombres-mono, hasta que llegaron a ricas y amplias llanuras lejos al este. Allí moraron durante siglos. Entonces bajaron del Ártico los grandes campos de hielo, y la tribu huyó ante ellos. Siguieron entonces mil años de vagabundeo.

»Huyeron descendiendo por el continente del sur, empujando siempre a los hombres-bestia [Neanderthales] ante ellos. Y finalmente, en una gran guerra, les expulsaron por completo. Aquéllos huyeron muy lejos del sur y, mediante las islas pantanosas que entonces se extendían por el mar, cruzaron hasta África, errando entonces hasta Europa, donde no había hombres salvo los hombres-mono.

«Entonces los lemurios, la segunda raza, llegaron a la tierra del norte. Mucho habían ascendido por la escalera de la vida, y eran una raza fuerte y extraña; eran hombres fornidos y bajos, con ojos extraños como mares desconocidos. Poco sabían del cultivo o la artesanía, pero poseían extraños conocimientos de una curiosa arquitectura, y de la Tribu sin Nombre habían aprendido a fabricar herramientas de obsidiana pulida, jade y argilita.

»Y constantemente los grandes campos de hielo empujaban hacia el sur y constantemente la Tribu sin Nombre se movía ante ellos. El hielo no llegó al continente del sur, ni tan siquiera a sus cercanías, pero se trataba de una tierra húmeda y Pantanosa, infestada de serpientes. Así que hicieron barcas y navegaron hasta la tierra llamada Atlántida, ceñida por el mar. Los atlantes [Cro-Magnones] eran la Tercera Raza. Físicamente eran gigantes, hombres de constitución magnífica, que habitaban en cuevas y vivían de la caza. No eran hábiles en la artesanía, pero eran artistas. Cuando no estaban de caza o combatiendo entre ellos, pasaban el tiempo pintando y trazando imágenes de hombres y animales sobre los muros de sus cavernas. Pero no podían equipararse en habilidad a la Tribu sin Nombre, y fueron expulsados. También ellos se abrieron camino hacia Europa, y allí libraron una guerra salvaje contra los hombres-bestia, que habían llegado antes que ellos.

»Entonces hubo guerra entre las tribus, y los vencedores expulsaron a los vencidos. Entre éstos había un brujo muy sabio y muy anciano, el cual puso una maldición sobre la Atlántida, asegurando que sería desconocida para las tribus de los hombres. Ninguna embarcación de la Atlántida llegaría jamás a otra cosca, ninguna vela extranjera divisaría jamás las amplias playas de la Atlántida. Rodeada de mares innavegados permanecería la tierra ignota hasta que naves con cabezas de serpientes bajaran de los mares del norte, y cuatro ejércitos librarían

combate en la Isla de las Nieblas Marinas, y un gran jefe se alzaría entre la gente de la Tribu sin Nombre.

»Así que viajaron hasta África, remando de isla en isla, y ascendieron por la costa hasta llegar al Mar del Medio [Mediterráneo], que yacía como una joya entre costas soleadas.

»Allí moró la tribu durante siglos, y se hizo fuerte y poderosa, y desde allí se extendió por todo el mundo. Llegaron de los desiertos africanos a los bosques bálticos, desde el Nilo hasta los picos de Alba, cultivando su grano, apacentando su ganado, hilando sus ropas. Construyeron sus crannogs en los lagos de Alba; erigieron sus templos de piedra en las llanuras de Inglaterra. Empujaron ante ellos a los atlantes, y vencieron a los pelirrojos hombres de los renos.

«Entonces llegaron los celtas del none, llevando espada y lanzas de bronce. De las penumbrosas tierras de las Grandes Nieves llegaron, de las costas del lejano Mar del Norte. Y eran la Cuarta Raza. Los pictos huyeron ante ellos. Pues eran hombres potentes, altos y fuertes, esbeltos de constitución, y de ojos grises y cabellera leonada. En todo el mundo combatieron el celta y el picto, y siempre venció el celta. Pues en las largas eras de paz, las tribus habían olvidado las artes de la guerra-Tuvieron que huir a los lugares salvajes del mundo.

»Así huyeron los pictos de Alba; al oeste y al norte, y allí se mezclaron con los gigantes pelirrojos a los que habían arrojado de las llanuras en eras pasadas. No era ésa la costumbre del picto, pero ¿de qué le sirve la tradición a una nación que se encuentra entre la espada y la pared?

»A medida que pasaban las eras, la raza cambió. El pueblo esbelto y pequeño de negra cabellera, al mezclarse con los enormes salvajes de rasgos toscos y cabellera rojiza, formó una raza extraña y distorsionada; retorcida en cuerpo y en alma. Y se volvieron feroces y astutos en el combate; pero olvidaron las viejas artes. Olvidados fueron el telar, el molino y el homo de cerámica. Sin embargo, la línea de los jefes permaneció inmaculada. Y tal eres tú, Bran Mak Morn, Lobo del Brezal.

Por un momento reinó el silencio; el círculo seguía escuchando como en sueños, como si pudiera oír el eco de la voz del brujo. El viento nocturno pasaba susurrando. El fuego prendió en un leño y estalló repentinamente en una vivida llamarada, alzando esbeltos brazos rojizos para agarrar las sombras.

La voz del brujo continuó su monótona cantinela.

—La gloria de la Tribu sin Nombre se ha desvanecido; como la nieve que cae en el mar; como el humo que se alza en el aire. Mezclándose con las eternidades del pasado. Ha desaparecido la gloria de la Atlántida; se ha desvanecido el oscuro imperio de los lemurios. El pueblo de la Edad de Piedra se derrite como la escarcha bajo el sol. De la noche vinimos; a la noche nos dirigimos. Todo son sombras. Somos una raza de sombras. Nuestro día ha pasado. Los lobos vagan por los templos del Dios de la Luna. Serpientes acuáticas se enroscan entre

nuestras ciudades sumergidas. El silencio pesa sobre Lemuria; una maldición yace sobre la Atlántida. Salvajes de piel rojiza recorren las tierras occidentales, vagando por el valle del Río Occidental, manchando las murallas y los templos que los hombres de Lemuria erigieron en adoración al Dios del Mar. Y al sur, el imperio de los toltecas de Lemuria se derrumba. Así pasan las Primeras Razas. Y los hombres del Nuevo Amanecer se hacen poderosos.

El anciano tomó un palo ardiendo del fuego y, con un movimiento increíblemente rápido, trazó un círculo y un triángulo en el aire. Y extrañamente, el símbolo místico pareció "otar por un momento en el aire, un anillo de fuego.

—El círculo sin principio —entonó el brujo—. El círculo sin final. La serpiente con la cola en la boca, que abarca el universo. Y el Tres Místico. Inicio, pasividad, final. Creación, Preservación, destrucción. Destrucción, preservación, creación. La Rana, el Huevo y la Serpiente. La Serpiente, el Huevo y la Rana. Y los Elementos: Fuego, Aire y Agua. Y el símbolo Ialico. El Dios del Fuego ríe.

Era consciente 'de la profunda, casi feroz intensidad con que los pictos miraban el fuego. Las llamas saltaban y destellaban. El humo se desvanecía en el aire, y una extraña calina amarilla ocupó su lugar, algo que no era ni fuego, ni humo, ni neblina, y que con todo parecía una mezcla de los tres. El mundo y el cielo parecieron confundirse con las llamas. Dejé de ser un hombre para convertirme en dos Ojos incorpóreos.

Entonces, en algún lugar de la neblina amarilla, empezaron a surgir vagas imágenes, hilándose y desapareciendo. Sentí que el pasado transcurría como en un panorama borroso. Había un campo de batalla, y a un lado muchos hombres como Bran Mak Morn, pero disantos de él en que no parecían acostumbrados a la contienda. Al otro lado se hallaba una horda de hombres altos y flacos, armados con espada y lanzas de bronce. ¡Losgaélicos!

Después, en otro campo, se estaba desarrollando otra batalla, y sentí que centenares de años habían transcurrido. Una vez más los gaélicos cargaban en el combate con sus armas de bronce, pero esta vez eran ellos los que retrocedían, derrotados ante un ejército de enormes guerreros de cabellera amarilla, también armados de bronce. La batalla señalaba la llegada de los britanos, que dieron su nombre a la isla de Britania o Inglaterra.

Luego, una apretada hilera de escenas borrosas y huidizas, que pasaban con excesiva rapidez para que se las distinguiera. Daban la impresión de grandes hazañas, importantes acontecimientos, pero sólo aparecían tenues sombras. Por un instante surgió un rostro borroso. Un rostro fuerte, con ojos color gris acero y bigotes amarillos cayendo sobre delgados labios. Sentí que se trataba de otro Bran, el celta Brennus, cuyas hordas galas habían saqueado Roma. Después, en su lugar se destacó otro rostro de sorprendente osadía. El rostro de un joven, altivo, arrogante, con una frente magnífica pero con líneas de

crueldad sensual alrededor de la boca. El rostro, a la vez, de un semidiós y un degenerado.

¡César!

Una playa sombría. Un bosque penumbroso. El estruendo de la batalla. Las legiones derrotando a las hordas de Carac-tacus.

Luego, vagamente, a gran velocidad, pasaron las sombras de la gloria y la pompa de Roma. Allí estaban sus legiones regresando en triunfo, conduciendo ante ellas a centenares de cautivos encadenados. Allí aparecían los corpulentos senadores y nobles en sus lujosos baños, sus banquetes y sus libertinajes. Allí se mostraban los afeminados y perezosos mercaderes y nobles recostados indolentes, saciados de lujo, en Ostia, en Massilia, en Aqua Sulae. Luego, en abrupto contraste, las hordas del mundo exterior que se acumulaban. Los nórdicos de fieros ojos y barbas amarillas; las tribus germánicas de enormes corpachones; los indómitos salvajes de cabellera llameante de Gales y Damnonia, y sus aliados, los pictos siluros. ¡El pasado se había desvanecido; presente y futuro ocupaban su lugar!

Después un confuso holocausto, en el que se conmovían las naciones y los ejércitos, y los hombres cambiaban y se desvanecían.

—¡Roma cae! —dijo de pronto la voz ferozmente exultante del brujo, rompiendo el silencio—. El pie del vándalo aguijonea el Foro. Una horda salvaje desfila por la Vía Apia. Saqueadores de amarilla cabellera violan a las Vírgenes Vestales. ¡Y Roma cae!

Un feroz aullido de triunfo se alzó revoloteando en la noche.

—Veo a Inglaterra bajo el talón de los invasores nórdicos. Veo a los pictos bajando en tropel de las montañas. Hay rapiña, fuego y guerra.

En la niebla ígnea surgió el rostro de Bran Mak Morn.

—¡Saludad a quien nos levanta! ¡Veo a la nación picta ascendiendo hacia la nueva luz!

Lobo en las alturas,
burlándose de la noche.
Lenta llega la luz
del nuevo amanecer de una nación.
Hordas sombrías se acumulan,
surgiendo del pasado.
Fama imperecedera
avanza paso a paso.
Sobre el valle
truena el vendaval,
llevando la historia
de una nación que vuelve a levantarse.
¡Vuela, lobo y cometa!
Brillante será tu fama.

Del este llegó tímidamente un tenue resplandor gris. Bajo la luz fantasmal el rostro de Bran Mak Morn parecía una vez más de bronce, inexpresivo, inmóvil; ojos oscuros que contemplaban sin pestañear el

fuego, viendo allí sus poderosas ambiciones, sus sueños de imperio desvaneciéndose en el humo.

—Pues lo que no pudimos conservar por el combate, lo hemos mantenido gracias a la astucia durante años y siglos incontables. Pero las Nuevas Ra2as se alzan como la ola del maremoto, y las Viejas les dejan sitio. En la penumbrosa montaña de Galloway dará la nación su última y feroz batalla. Y cuando caiga Bran Mak Morn, así se desvanecerá el Fuego Perdido..., para siempre. Desde las centurias, desde los eones.

Y mientras el brujo hablaba, el fuego se convirtió en una única gran llamarada que saltó muy arriba en el aire, y se desvaneció a media altura.

Sobre las lejanas montañas del este flotaba la pálida aurora.

REYES DE LA NOCHE

Dormitaba el César en su trono de marfil. Vinieron sus férreas legiones para vencer a un rey en una tierra ignota y una raza sin nombre.

LA CANCIÓN DE BRAN

1

La daga cayó con un destello. Un grito agudo se convirtió en un estertor. La figura que yacía en el tosco altar se retorció convulsivamente y quedó inmóvil. El mellado filo de pedernal desgarró el pecho enrojecido y unos dedos delgados y huesudos, horrendamente manchados, arrancaron el corazón aún Palpitante. Bajo unas espesas cejas blancas, dos ojos penetran*tes* brillaban con feroz intensidad.

Junto al asesino había cuatro hombres al lado de la irregular pila de piedras que formaba el altar del Dios de las Sombras. Uno era de talla mediana y constitución esbelta, parcamente vestido, con la negra cabellera ceñida por una estrecha banda de hierro en el centro de la cual destellaba una solitaria piedra roja. De los demás, dos eran morenos como el primero, Pero así como él era esbelto, ellos eran rechonchos y deformes, con miembros nudosos y cabello enmarañado cayendo sobre frentes estrechas. El rostro de aquél indicaba inteligencia y una voluntad implacable; los suyos meramente una ferocidad parecida a la de las bestias. El cuarto hombre tenía poco en común con el resto. Les llevaba casi una cabeza de altura, aunque su cabellera era negra como la de ellos, su piel comparativamente más clara y los ojos grises. Contemplaba el ceremonial con expresión poco favorable.

Y en verdad, Cormac de Connacht no se hallaba muy a gusto. Los druidas de su propia isla, Erín, tenían extraños y oscuros rituales de adoración, pero nada como aquello. Oscuros árboles rodeaban la sombría escena, iluminada por una antorcha solitaria. El fantasmal viento nocturno gemía entre las ramas. Cormac estaba solo entre hombres de una raza extraña, y acababa de ver arrancar el corazón de un hombre de su cuerpo aún palpitante. El viejo sacerdote, que a duras penas parecía humano, contemplaba la cosa que aún latía. Cormac se estremeció, dirigiendo una mirada al que llevaba la piedra roja. ¿Acaso Bran Mak Morn, rey de los pictos, creía que su viejo carnicero de barba blanca podía predecir los acontecimientos observando un sanguinolento corazón humano? Los ojos oscuros del rey eran inescrutables. Había extraños abismos en aquel hombre que ni Cormac ni nadie podían medir.

—¡Los augurios son buenos! —exclamó salvajemente el sacerdote, hablando más para los dos jefes que para Bran—. Aquí, en el palpitante corazón de un prisionero romano, leo... ¡la derrota para las armas de Roma! ¡El triunfo para los hijos de los brezales!

Los dos salvajes murmuraron entre dientes y sus ojos feroces destellaron.

—Id y preparad a vuestros clanes para la batalla —dijo el rey, y los dos se alejaron con la zancada simiesca propia de tales gigantes contrahechos.

Sin prestar más atención al sacerdote que examinaba la espantosa ruina del altar, Bran le hizo un gesto a Cormac. El gaélico le siguió sin hacerse de rogar. Una vez fuera del tétrico bosquecillo, bajo la luz de las estrellas, respiró con mayor libertad. Se hallaban en una elevación, contemplando vastas ondulaciones de suaves pendientes cubiertas de brezos. En las cercanías parpadeaban algunas hogueras; su escaso número no atestiguaba las hordas de hombres de las tribus que se hallaban junto a ellas. Más allá había otras hogueras, y aún más lejos otras; estas últimas señalaban el campamento de los hombres de Cormac, duros jinetes y luchadores gaélicos, pertenecientes a los que empezaban por entonces a asentarse en la costa occidental de Caledonia..., el núcleo de lo que más tarde se convertiría en el reino de Dalriadia. Y a la izquierda de esas hogueras, aún ardían otras.

Y más a lo lejos, al sur, había más hogueras..., meros puntitos luminosos. Pero incluso a esa distancia el rey picto y su aliado celta podían ver que esas hogueras estaban dispuestas en un orden regular.

—Los fuegos de las legiones —musitó Bran—. Los fuegos que han iluminado un sendero que rodea al mundo. Los hombres que encienden esos fuegos han pisoteado bajo sus talones de hierro a todas las razas. Y ahora..., nosotros, los del brezal, nos hallamos con la espalda contra la pared. ¿Qué sucederá mañana?

—La victoria para nosotros, dice el sacerdote —respondió Cormac.

Bran hizo un gesto de impaciencia.

—Luz de luna en el océano. Viento en las copas de los abetos. ¿Crees que tengo fe en tal mascarada? ¿O que he disfrutado con el degollamiento de ese legionario cautivo? Debo contentar a mi gente; fue por Gron y Bocah por los que permití al viejo Gonar leer los augurios. Los guerreros lucharán mejor.

—¿Y Gonar? Bran rió.

—Gonar es demasiado viejo para creer en nada. Era gran sacerdote de las Sombras una veintena de años antes de que naciera yo. Se proclama descendiente directo de ese Gonar que era brujo en los días de Brule, el de la Lanza Asesina, que fue el primero de mi linaje. Ningún hombre sabe lo viejo que es... ¡A veces pienso que es el Gonar original en persona!

—Al menos —dijo una voz burlona, y Cormac se sobresalió al aparecer a su lado una figura borrosa—, al menos he a-prendido que para conservar la fe y la confianza del pueblo, un hombre sabio debe aparecer como un tonto. Conozco secretos que harían estallar incluso tu cerebro, Bran, si te los contara. Mas para que el pueblo pueda creer en mí, he de rebajarme a las cosas que ellos consideran la magia

adecuada..., y voclfera^, aullar y agitar pieles de serpiente, y embadurnarme con sangre humana y vísceras de gallina.

Cormac miró al anciano con nuevo interés. La semilocura de su aspecto se había desvanecido. Ya no era el charlatán, el chamán que mascullaba hechizos. La luz de las estrellas le otorgaba una dignidad que parecía incrementar su propia estatura, de modo que se alzaba como un patriarca de barba canosa.

—Bran, ahí está tu duda —dijo el brujo, señalando con el flaco brazo hacia el cuarto anillo de hogueras.

—Cierto —asintió el rey lúgubremente—. Cormac..., lo sabes tan bien como yo. La batalla de mañana depende de ese círculo de hogueras. Con los carros de los britanos y tus jinetes occidentales, nuestro éxito sería cierto, pero..., ¡con seguridad que en el corazón de cada normando anida el mismo diablo! Y ahora que su jefe, Rognar, ha muerto, juran que sólo serán conducidos por un rey de su propia raza. De lo contrario romperán su juramento y se pasarán a los romanos. Sin ellos estamos condenados, pues no podemos cambiar nuestro plan.

—Ánimo, Bran —dijo Gonar—. Toca la piedra en tu corona de hierro. Puede que te traiga ayuda. Bran rió amargamente.

—Ahora hablas como piensa el pueblo. No soy un tonto para engañarme con palabras vacías. ¿Qué hay en esa gema? Cierto, es extraña, y hasta ahora me ha traído suerte. Pero ahora no necesito joyas, sino la alianza de trescientos normandos caprichosos que son los únicos guerreros entre nosotros que pueden resistir la carga de las legiones a pie.

—¡Pero la gema, Bran, la gema! —insistió Cormac.

—¡Bien, la gema! —gritó Bran con impaciencia—. Es más vieja que este mundo. Era vieja cuando la Atlántida y Lemuria se hundieron en el mar. Le fue entregada a Brule, el de la Lanza Asesina, el primero de mi linaje, por Kull el atlante, rey de Valusia, en los días en que el mundo era joven. Pero ¿ nos será eso de provecho ahora?

—¿Quién sabe? —preguntó el brujo, evasivamente—. El tiempo y el espacio no existen. No hubo pasado, y no habrá futuro. El ahora lo es todo. Todas las cosas que alguna vez fueron, son o serán se refieren al ahora. El hombre se halla siempre en el centro de lo que llamamos tiempo y espacio. He ido al ayer y al mañana y ambos eran tan reales como el hoy.-.i que es como los sueños de los fantasmas. Pero dejadme dormir y hablar con Gonar. Puede que él nos ayude.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Cormac, con un ligero encogimiento de hombros, mientras el sacerdote se perdía entre las sombras.

—Ha dicho siempre que el primer Gonar acude a él en sus sueños y le habla —respondió Bran—. Le he visto hacer cosas que parecían hallarse más allá de las capacidades humanas. No lo sé. Sólo soy un rey desconocido con una corona de hierro, intentando levantar a una raza

de salvajes del fango en el que se han hundido. Revisemos los campamentos.

Mientras caminaban Cormac se hacía preguntas. ¿Por que extraño fenómeno del destino se había alzado un hombre tal entre la raza de los salvajes, sobrevivientes de una era más oscura y lúgubre? Con seguridad era un atavismo, un tipo original de los días en que los pictos gobernaban toda Europa, anees de que su imperio primitivo cayera bajo las espadas de bronce de los galos. Cormac sabía cómo Bran, alzándose por su propio esfuerzo desde la olvidada posición de un hijo del jefe del clan del Lobo, había unido hasta el momento a las tribus del brezal y ahora reclamaba reinar sobre toda Caledonia. Pero su dominio era vago, y mucho quedaba por hacer antes de que los clanes pictos olvidaran sus querellas y presentaran un frente sólido a los enemigos extranjeros. De la batalla del día siguiente, la primera que iban a presentar los pictos unidos bajo su rey a los romanos, dependía el futuro del naciente reino picto.

Bran y su aliado caminaron por el campamento picto, donde los guerreros achaparrados dormían alrededor de sus pequeñas hogueras, roncando o royendo comida a medio cocer. Mil hombres acampaban allí, pero los únicos sonidos eran algún ruido bajo y gutural. El silencio de la Edad de Piedra descansaba en las almas de aquellos hombres.

Todos eran bajos..., la mayoría de miembros retorcidos. Enanos gigantes; Bran Mak Morn era un hombre alto entre ellos. Sólo los viejos tenían barba, y bastante rala, pero su negro cabello les caía hasta los ojos, de modo que miraban ferozmente bajo las enmarañadas cabelleras. Iban descalzos y Parcamente vestidos con pieles de lobo. Sus armas consistían en cortas espadas serradas con hierro, pesados arcos negros y mazas con cabezas de piedra. Carecían de armadura defensiva, salvo por un tosco escudo de madera cubierta de piel; muchos llevaban en sus revueltas melenas pedazos de metal como ligera protección contra los tajos. Unos pocos, hijos de largos linajes de jefes, eran de miembros esbeltos y finos como Bran, pero en los ojos de todos brillaba el inextinguible salvajismo de lo primigenio.

«Estos hombres son totalmente salvajes —pensó Cormac—, peores que los galos, los britanos y los germanos. ¿Pueden ser ciertas las viejas leyendas, según las cuales reinaron en días en que extrañas ciudades se alzaban donde ahora espumea el mar? ¿Y que sobrevivieron a la inundación que barrió esos brillantes imperios, hundiéndolos nuevamente en el salvajismo del que habían salido?»

Junto al campamento de las tribus se hallaban las hogueras de un grupo de britanos..., miembros de las fieras tribus que vivían al sur del Muro Romano pero que moraban en las colinas y bosques al oeste y desafiaban el poder de Roma. Eran hombres de constitución poderosa, con llameantes ojos azules y melenas de enredado cabello amarillo, hombres tales como los que habían poblado las playas Ceannrish

cuando César trajo las Aguilas a las Islas. Esos hombres, como los pictos, no llevaban armadura, e iban pobremente vestidos con tela áspera y sandalias de piel de ciervo. Llevaban pequeños escudos redondos de madera endurecida, reforzada con bronce, para sostener en el brazo izquierdo, y espadas de bronce largas y pesadas con punta roma. Algunos llevaban arco, aunque los britanos no eran buenos arqueros. Sus arcos eran más cortos que los de los pictos, y efectivos sólo a poca distancia. Pero junto a sus hogueras estaban las armas que habían hecho de la mera mención del britano algo terrible para los pictos, los romanos y los saqueadores nórdicos. Dentro del círculo de luz de la hoguera se alzaban cincuenta carros de bronce con largas y crueles cuchillas curvas sobresaliendo de los costados. Una sola de esas cuchillas podía desmembrar a la vez a media docena de hombres. Trabados cerca, bajo la mirada vigilante de los guardias, pastaban los caballos de los carros..., corceles grandes y enérgicos, veloces y poderosos.

—Ojalá tuviéramos más de ellos —musitó Bran—. Con mil carros y mis arqueros podría arrojar a las legiones al mar.

—Las tribus inglesas libres caerán finalmente ante Roma —dijo Cormac—. Deberían apresurarse a unirse a ti en tu guerra.

Bran hizo un gesto de impotencia.

—La veleidad del celta. No pueden olvidar viejas querellas. Nuestros ancianos nos han contado como no se unieron ni siquiera contra César cuando llegaron los romanos por primera vez. No harán causa común contra un enemigo. Estos hombres acudieron a mí por alguna disputa con su jefe, pero no puedo confiar en ellos cuando no se hallan en combate. Cormac asintió.

—Lo sé —dijo—. César conquistó la Galia enfrentando una tribu a otra. Mi propio pueblo cambia, y varía de opinión, con el movimiento de las mareas. Pero de todos los celtas, los cimrios son los más mudables, los menos de fiar. No hace muchos siglos mis propios antepasados gaélicos arrebataron Erín a los cimrios danaanos, porque aunque nos superaban en número, se nos enfrentaron como tribus separadas, antes que como una nación.

—Y de igual modo estos britanos cimrios se enfrentan a Roma —dijo Bran—. Nos ayudarán mañana. Más, no puedo decirlo. Pero ¿cómo puedo esperar lealtad de tribus extrañas, cuando no estoy seguro de mi propia gente? Hay miles que vagan independientes por las colinas. Sólo soy rey de nombre. Deja que venza mañana y acudirán a mi estandarte; si pierdo, se dispersarán como pájaros ante un vendaval helado.

Un coro de ásperas bienvenidas acogió a los dos jefes cuando entraron en el campamento de los gaélicos de Cormac. Su número era de quinientos, hombres altos y fornidos, casi todos de cabellera negra y ojos grises, con el aspecto de los hombres que sólo viven de la guerra. Mientras que no había nada parecido a una disciplina estrecha entre ellos, existía un aire de más sistema y orden práctico que el existente en

las líneas de pictos y britanos. Aquellos hombres pertenecían a la última raza celta que invadió las Islas, y su civilización bárbara era de un orden mucho más elevado que el de sus parientes cimrios. Los antepasados de los gaélicos habían aprendido las artes de la guerra en las vastas llanuras de Escitia y en las cortes de los faraones, donde habían combatido como mercenarios de Egipto, y llevaron consigo a Irlanda mucho de lo que habían aprendido. Sobresalían en trabajar el metal, y estaban armados no con toscas espadas de bronce, sino con fi-"as armas de hierro.

Vestían faldellines bien tejidos y sandalias de cuero. Cada uno llevaba una ligera cota de malla y un casco sin visera, Pero ésa era toda su armadura defensiva. Celtas, gaélicos o brltanos, todos se inclinaban a juzgar el valor de un hombre
por la cantidad de armadura que llevaba. Los butanos que se enfrentaban a César tildaban a los romanos de cobardes porque se recubrían de metal, y muchos siglos después los clanes irlandeses pensaron lo mismo de los caballeros normandos de Strongbow, cubiertos de cota de malla.

Los guerreros de Cormac eran jinetes. Ni conocían ni apreciaban el uso del arco. Llevaban el inevitable escudo redondo reforzado con metal, dagas, espadas largas y rectas, y hachas ligeras manejables con una sola mano. Sus caballos estaban trabados allí cerca, paciendo. Animales de grandes huesos, no tan pesados como los criados por los britanos, pero más veloces.

Los ojos de Bran se iluminaron mientras recorrían el campamento.

—¡Estos hombres son aves guerreras de agudo pico! ¡Mira cómo afilan sus hachas y bromean sobre mañana! Si todos los hombres de los campamentos fueran tan resistentes como tus hombres, Cormac, recibiría con una carcajada a las legiones cuando suban mañana del sur.

Estaban entrando en el círculo de hogueras de los normandos. Alrededor de ellas se hallaban sentados unos trescientos hombres jugando, afilando sus armas y bebiendo en abundancia la cerveza de brezo que les proporcionaban sus aliados pictos. Miraron a Bran y a Cormac con cara de pocos amigos. Era sorprendente percibir la diferencia entre ellos y los pictos celtas..., la diferencia en sus fríos ojos, sus rostros recios y adustos, su mismo talante. Allí había ferocidad y salvajismo, pero no la furia explosiva y loca del celta. Allí había una fiereza respaldada por una determinación sombría y una estólida tozudez. La carga de los clanes británicos era terrible y avasalladora. Pero carecían de paciencia; si se les escatimaba la victoria inmediata, era muy probable que perdieran los ánimos y se dispersaran o empezaran a pelearse entre ellos. En aquellos viajeros marinos había la paciencia del frío y azul Norte..., una determinación duradera que les haría mantenerse firmes hasta el amargo final, una vez que hubieran acordado una empresa definida.

En cuanto a estatura personal, eran gigantes; macizos pero bien proporcionados. Que no compartían las ideas de los celtas en cuanto a la armadura lo demostraba el hecho de que llevaban camisa de cota de malla que les llegaba hasta medio muslo, pesados cascos con cuernos, y polainas de cuero endurecido, reforzadas, al igual que su calzado, con láminas de hierro. Sus escudos eran enormes, ovalados y fabricados con madera endurecida, cuero y bronce. Como armas tenían largas lanzas con punta de hierro, pesadas hachas de hierro y dagas. Algunos llevaban espadas largas y de hoja ancha.

Cormac no se hallaba muy a sus anchas al ver los fríos y magnéticos ojos de aquellos hombres de cabello pajizo clavados en él. Eran enemigos hereditarios, aunque la suerte les hiciera pelear del mismo lado actualmente. Pero... ¿estaban del mismo lado?

Un hombre avanzó, un guerrero alto y flaco en cuyo lobuno rostro lleno de cicatrices la parpadeante luz de la hoguera reflejaba profundas sombras. Con su capa de piel de lobo cubriéndole a medias los anchos hombros, y los grandes cuernos de su casco aumentando su estatura, se alzó inmóvil entre las sombras vacilantes, como algún ser semihumano, una sombría forma de oscura barbarie que pronto iba a sumergir al mundo.

—Bien, Wulfhere —dijo el rey picto—, habéis bebido el hidromiel del consejo y habéis hablado alrededor de las hogueras... ¿Cuál es vuestra decisión?

Los ojos del normando relampaguearon en la penumbra.

—Danos un rey de nuestra propia raza al que seguir si deseas que luchemos por ti. Bran abrió los brazos.

—¡Pídeme que haga caer las estrellas para enjoyar vuestros cascos! ¿No te seguirán tus camaradas?

—No contra las legiones —respondió Wulfhere adustamente—. Un rey nos condujo en la senda del vikingo... Un rey debe conducirnos contra los romanos. Y Rognar ha muerto.

—Yo soy un rey —dijo Bran—. ¿Lucharéis por mí si permanezco en primera línea de vuestra cuña de combate?

—Un rey de nuestra propia raza —dijo Wulfhere tozudamente—. Todos somos hombres selectos del Norte. No luchamos por nadie salvo por un rey, y debe conducirnos un rey... contra las legiones.

Cormac percibió una sutil amenaza en esa frase repetida.

—Aquí no hay un príncipe de Erín —dijo Bran—, ¿Lucharéis por el hombre de occidente?

—No peleamos bajo celta alguno, del oeste o del este gruñó el vikingo, y un apagado rumor aprobatorio se alzó de entre los espectadores—. Ya es bastante luchar a su lado.

La sangre caliente del gaélico se encrespó en el cerebro de Cormac y apartó a un lado a Bran, con la mano en la espada.

—¿Qué quieres decir con eso, pirata? Antes de que Wulfhere pudiese replicar, Bran se interpuso:

—¡Basta ya! Estúpidos, ¿perderéis la batalla con vuestra locura antes de darla? ¿Qué hay de tu juramento, Wulfhere?

—Lo juramos bajo Rognar; cuando murió por una flecha romana quedamos liberados de él. No seguiremos más que a un rey... contra las legiones.

—Pero tus camaradas te seguirán... contra el pueblo del brezal... —acotó Bran.

—Sí —repuso el normando, desafiante—. Mándanos un rey o mañana nos uniremos a los romanos.

Bran lanzó un rugido. Su rabia dominaba la escena, empequeñeciendo a los hombres enormes que se alzaban por encima de él.

—¡Traidores! ¡Mentirosos! ¡Tengo vuestras vidas en mi mano! Sí, desenvainad las espadas si queréis... Cormac, manten tu hoja en la funda. ¡Estos lobos no morderán a un rey! Wulfhere..., os perdoné la vida cuando podía habérosla arrancado...

»Vinisteis a saquear los países del Sur, descendiendo del mar del Norte en vuestras galeras. Asolasteis las costas, y el humo de las aldeas en llamas colgó como una nube sobre las riberas de Caledonia. Os atrapé a todos cuando estabais saqueando e incendiando..., con la sangre de mi gente en vuestras manos. Quemé vuestras naves largas y os tendí una emboscada cuando me perseguisteis. Con tres veces más arqueros que vosotros, ardiendo por cobrar vuestras vidas, ocultos en las colinas de brezo que os rodeaban, os perdoné cuando podía haberos asaeteado como a lobos atrapados. Porque os perdoné, me prestasteis juramento de luchar por mí.

—¿Y vamos a morir porque los pictos luchen con Roma? —rezongó un guerrero barbudo.

—Vuestras vidas me pertenecen; vinisteis para asolar el Sur. No prometí devolveros a vuestros hogares del Norte sin daño alguno y cargados de botín. Vuestro juramento fue luchar en una batalla contra Roma bajo mi estandarte. Entonces yo ayudaría a vuestros supervivientes a construir naves y podríais ir donde quisierais, con una buena parte del botín que tomemos de las legiones. Rognar había mantenido su juramento. Pero Rognar murió en una escaramuza con exploradores romanos y ahora tú, Wulfhere, el Sembrador de Discordia, soliviantas a tus camaradas para deshonraros a vosotros mismos con aquello que más odia un normando..., romper la palabra de la espada.

—No rompemos voto alguno —gruñó el vikingo, y el rey sintió la tozudez básica del germano, mucho más difícil de combatir que el ánimo veleidoso de los fieros celtas—. Danos un rey que no sea picto, gaélico o britano, y moriremos por tí. Si no... mañana lucharemos por el mayor de todos los reyes..., ¡el emperador de Roma!

Por un instante Cormac pensó que el rey picto, en su negra rabia, desenvainaría la espada y mataría de un golpe al normando. La furia

concentrada que llameaba en los ojos oscuros de Bran hizo que Wulfhere retrocediera y echara mano a su cinto.

—¡Estúpido! —dijo Mak Morn con voz apagada que vibraba de pasión—. Podría barreros de la tierra antes de que los romanos se hallaran lo bastante cerca como para oír vuestros aullidos de muerte. Escoged... O lucháis por mí por la mañana... ¡o morís esta noche bajo una nube negra de flechas, una tormenta roja de espadas, una ola oscura de carros!

Ante la mención de los carros, la única arma de guerra que había roto el muro de escudos normandos, Wulfhere cambió de rostro, pero se mantuvo firme.

—Que sea la guerra... —dijo tozudamente— ¡o un rey para conducirnos!

Los normandos respondieron con un breve rugido gutural y un golpear de espadas sobre los escudos. Bran, con los ojos llameantes, iba a hablar de nuevo, cuando una forma blanca se deslizó silenciosamente en el anillo de luz de las hogueras.

—Dulcificad vuestras palabras, dulcificad vuestras palabras —dijo tranquilamente el viejo Gonar—. Rey, no digas más. Wulfhere, tú y los tuyos ¿lucharéis por nosotros si tenéis un rey para guiaros?

—Lo hemos jurado.

—Entonces tened calma—replicó el hechicero—. Porque antes de que se trabe combate por la mañana, ¡os enviaré un rey como hombre alguno en la tierra ha seguido desde hace un millar de años! ¡Un rey que no es picto, gaélico o britano, pero al lado del cual el emperador de Roma no es sino el jefe de una aldea!

Mientras permanecían indecisos, Gonar cogió por el brazo a Cormac y Bran.

—Venid. Y tú, normando, recuerda tu voto y mi promesa, que nunca he roto. Duerme ahora, y no pienses en escabullirte al abrigo de la oscuridad al campamento romano, pues si escapases a nuestras saetas no escaparías a mi maldición o a las sospechas de los legionarios.

Así pues, los tres se alejaron, y Cormac, mirando hacia atrás, vio a Wulfhere en pie junto al fuego, mesándose la dorada barba, con una expresión de ira y asombro en su delgado rostro.

Los tres anduvieron en silencio a través del brezal ondulante bajo las lejanas estrellas, mientras el extraño viento nocturno murmuraba secretos fantasmales a su alrededor.

—Hace eras —dijo repentinamente el brujo—, en los días en que el mundo era joven, grandes tierras se alzaban donde ahora ruge el océano. En esas tierras había naciones y reinos poderosos. El más grande de todos ellos era Valusia..., Tierra de Encantamiento. Roma es una aldea comparada con el esplendor de las ciudades de Valusia. Y el más grande de los reyes fue Kull, que vino de la tierra de la Atlántida para arrebatar la corona de Valusia a una dinastía degenerada. Los pictos que moran en las islas que ahora forman los picos montañosos de

una tierra extraña en el Océano Occidental eran aliados de Valusia, y el más grande de todos los jefes guerreros pictos fue Brule, Lanza Mortífera, el primero del linaje que los hombres llaman Mak Morn.

»Kull le dio a Brule la gema que ahora llevas en tu corona de hierro, después de una extraña batalla en una tierra nebulosa, y a lo largo de las eras la gema ha llegado hasta nosotros; se trata de un signo de los Mak Morn, un símbolo de antigua grandeza. Cuando por fin el mar se alzó y engulló a Valusia, la Atlántida y Lemuria, sólo los pictos sobrevivieron, y eran pocos y dispersos. Pero empezaron de nuevo el lento ascenso, y aunque muchas de las aves de la civilización se perdieron en la gran inundación, lograron progresar. Se perdió el arte de trabajar el metal, así que sobresalieron trabajando el pedernal. Y dominaron todas las nuevas tribus levantadas por el mar y ahora llamadas Europa, hasta que bajando del norte llegaron tribus más jóvenes que apenas se habían distinguido del mono cuando Valusia reinaba en su gloria y que, morando en las tierras heladas alrededor del Polo, nada sabían del perdido esplendor de los Siete Imperios y poco de la inundación que había barrido a medio mundo.

»Y han seguido llegando..., arios, celtas, germanos, surgiendo a enjambres de la gran curva de su raza, que se halla cerca del Polo. Y de nuevo el crecimiento de la nación picta fue detenido y la raza precipitada en el salvajismo. Borrada de la tierra, luchamos al borde del mundo con la espalda contra la pared. Aquí, en Caledonia, se halla el ultimo asiento de una raza poderosa en tiempos. Y cambiamos. Nuestro pueblo se ha mezclado con los salvajes de una edad anterior, a los que arrojamos al Norte cuando llegamos a las Islas, y ahora, excepto por sus jefes, como tú, Bran, un picto resulta extraño y de aborrecible aspecto.

—Cieno, cierto —dijo el rey con impaciencia—, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Kull, rey de Valusia —dijo el brujo, impertérrito—, era un bárbaro en su era como tú lo eres en la tuya, aunque gobernó un potente imperio por el peso de su espada. Gonar, amigo de Brule, tu primer antepasado, lleva muerto un centenar de miles de años, tal como contamos el tiempo. Pero hablé con él hace apenas una hora.

—Hablaste con su fantasma...

—¿O él con el mío? ¿Retrocedí cien mil años, o los adelantó él? Si vino a mí del pasado, no soy yo quien habló con un muerto, sino él quien habló con alguien que no ha nacido. El pasado, el presente y el futuro son uno para el sabio. Hablé con Gonar mientras él estaba vivo; del mismo modo, yo estaba vivo. Nos encontramos en una tierra sin tiempo ni espacio, y me dijo muchas cosas.

La tierra se iluminaba con el nacimiento del alba. El brezo ondulaba y se inclinaba en largas hileras ante el viento del amanecer, como en adoración ante el sol naciente.

—La gema en tu corona es el imán que atrae a los eones ~-dijo Gonar—. El sol está saliendo... ¿Y quién sale del amanecer?

Cormac y el rey se sobresaltaron. El sol acababa de alzar s" rojo orbe sobre las colinas del este. Y bajo el resplandor, netamente recortado contra el borde dorado, apareció de pronto un hombre. No le habían visto llegar. Se ahaba colosal contra e1 nacimiento dorado del día; un dios gigantesco del alba de la c^eaclón. Al adelantarse hacia ellos, las huestes que se desperaron le vieron y lanzaron un repentino grito de asombro.

—¿Quién... o qué... es? —exclamó Bran.

—Vamos a saludarle, Bran —respondió el brujo—. Es el rey que Gonar ha enviado para salvar al pueblo de Brule.

2

Acabo de llegar a esas tierras desde la remota y penumbrosa Thule; desde un clima extraño y feroz que yace sublime, fuera del Espacio..., fuera del Tiempo.

POE

El ejército guardó silencio mientras Bran, Cormac y Gonar se aproximaban al desconocido que se acercaba dando zancadas largas y silenciosas. Al aproximarse, la ilusión de talla monstruosa se desvaneció, pero vieron que era un hombre de gran estatura. Cormac le tomó primero por un normando, pero una segunda mirada le indicó que nunca antes había visto hombre tal. Su constitución era muy parecida a la de los vikingos, a la vez maciza y flexible..., como la de un tigre. Pero sus rasgos no eran como los suyos, y su cabellera abundante como la de un león y cortada rectamente era tan negra como la de Bran. Bajo unas cejas espesas brillaban ojos grises como el acero y fríos como el hielo. Su rostro de bronce, fuerte e inescrutable, estaba completamente afeitado, y la ancha frente delataba una gran inteligencia, al igual que la mandíbula firme y los labios delgados mostraban coraje y fuerza de voluntad. Pero más que nada era su pone, sus inconscientes maneras de león, lo que le marcaba como un rey natural, un gobernante de hombres.

Sandalias de curiosa hechura calzaban sus pies, y llevaba una fuerte cota de mallas extrañamente trabadas que le llegaba casi hasta las rodillas. Un ancho cinturón con una gran hebilla dorada ceñía su cintura, sosteniendo una espada larga y recta en una vaina de cuero. Una ancha y pesada banda de oro confinaba su cabellera.

Tal era el hombre que se detuvo ante el silencioso grupo. Parecía ligeramente sorprendido, ligeramente divenido. Hubo un destello de reconocimiento en sus ojos. Habló en un picto extraño y arcaico que Cormac apenas entendió. Su voz era profunda y resonante.

—¡A fe mía, Brule, que Gonar no me dijo que soñaría contigo!

Por primera vez en su vida Cormac vio al rey picto completamente cogido por sorpresa. Abrió la boca, pero no dijo nada. El extranjero continuó:

—¡Y llevando en una banda en la cabeza la gema que te di! Anoche la llevabas en el dedo, en un anillo.

—¿Anoche? —jadeó Bran.

—Anoche o hace cien mil años..., ¡todo es uno! —murmuró Gonar, disfrutando evidentemente de la situación.

—No soy Brule —dijo Bran—. ¿Estás loco para hablar así de un hombre muerto hace cien mil años? Era el primero de mi linaje.

El extranjero rió inesperadamente.

—¡Bien, ahora sé que estoy soñando! ¡Esta será toda una historia que contarle a Brule cuando me despierte por la mañana! Que fui al futuro y vi a hombres que proclamaban descender de Lanza Mortífera, que aún no está casado. No, ahora veo que no eres Brule, aunque tienes sus ojos y su pone. Pero él es más alto y ancho de hombros. Sin embargo, tienes su gema... Oh, bueno..., cualquier cosa puede suceder en un sueño, así que no discutiré contigo. Durante un rato he creído haber sido transportado a alguna otra tierra en mi sueño, y que en realidad me hallaba despierto en un país extraño, pues éste es el sueño más claro que he soñado jamás. ¿Quién eres?

—Soy Bran Mak Morn, rey de los pictos de Caledonia. Y este anciano es Gonar, un brujo del linaje de Gonar. Y este guerrero es Cormac a Connacht, un príncipe de la isla de Erín.

El extranjero sacudió lentamente su leonina cabeza.

—Esas palabras me suenan extrañas, excepto Gonar..., y ése no es Gonar, aunque también es viejo. ¿Qué tierra es ésta?

—Caledonia, o Alba, como la llaman los gaélicos.

—¿Y quiénes son esos guerreros achaparrados y simiescos que nos vigilan, boquiabiertos, desde lejos?

—Son los pictos sobre los que reino.

—¡Cuan extrañamente se distorsiona la gente en los sueños! —murmuró el extranjero—. ¿Y quiénes son esos de cabezas revueltas junto a los carros?

—Son britanos... cimnos del sur del Muro.

—¿Qué Muro?

—El Muro construido por Roma para mantener al pueblo del brezal fuera de Britania.

—¿Britania? —El tono era de curiosidad—. Nunca oí hablar de esa tierra... ¿Y qué es Roma?

—¿Qué? —exclamó Bran—. ¿Nunca has oído hablar de Roma, el imperio que gobierna el mundo?

—Ningún imperio gobierna el mundo —respondió el otro acremente—. El reino más poderoso de la tierra es aquel sobre el que reino.

—¿Y tú quién eres?

—¡Kull de la Atlántida, rey de Valusia!

Cormac sintió que un escalofrío le cosquilleaba la columna. Los fríos ojos grises no vacilaban..., pero aquello era increíble..., monstruoso..., antinatural.

—¡Valusia! —exclamó Bran—. ¡Pero si las olas del mar han rodado sobre los chapiteles de Valusia durante siglos incontables!

Kull rió a carcajadas.

—¡Qué loca pesadilla! Cuando Gonar puso sobre mí el encantamiento del suelo profundo la noche pasada... ¡o esta noche!, en la sala secreta del palacio interior, me dijo que soñaría cosas extrañas, pero esto es más fantástico de lo que pensaba. ¡Y lo más extraño de todo es que sé que estoy soñando!

Gonar se adelantó a las palabras de Bran.

—No discutas los actos de los dioses —murmuró el brujo—. Eres rey porque en el pasado has visto y aprovechado las oportunidades. Los dioses del primer Gonar te han enviado a este hombre. Déjame tratar con él.

Bran asintió, y mientras el ejército silencioso les contemplaba, mudo y asombrado, Gonar le habló al oído:

—Oh, gran rey, sueñas, pero ¿acaso toda la vida no es un sueño? ¿Cómo puedes saber si tu vida anterior no es sólo un sueño del que acabas de despenar? Nosotros, la gente de los sueños, tenemos nuestras guerras y nuestra paz, y ahora mismo una gran hueste se acerca desde el sur para destruir al pueblo de Brule. ¿Nos ayudarás?

Kull sonrió con jovialidad.

—¡Sí! He combatido en sueños, he matado y me han matado, y quedé asombrado al despenar de mis visiones. Y a veces, como ahora, mientras soñaba he sabido que estaba sonando. Mirad, me pellizco y lo siento, pero sé que sueño, pues otras veces he sentido el dolor de feroces heridas en sueños. Sí, gente de mi sueño, lucharé por vosotros contra la gente del sueño. ¿Dónde se hallan?

—Y para que disfrutes más del sueño —añadió sutilmente el brujo—, olvida que es un sueño y finge que por la magia del primer Gonar, y la cualidad de la gema que le diste a Brule, que ahora resplandece en la corona de Bran Mak Morn, has sido en verdad transportado hacia delante a otra era más salvaje donde el pueblo de Brule lucha por su vida contra un enemigo más fuerte.

Por un instante el hombre que se llamaba a sí mismo rey de Valusia pareció sobresaltarse; una extraña expresión de duda, casi de miedo, nubló sus ojos. Luego rió.

—¡Bien! Guíame, brujo.

Pero Bran intervino. Se había recobrado y estaba tranquilo. Si pensaba, como Cormac, que todo aquello era un fraude gigantesco dispuesto por Gonar, no lo demostraba en modo alguno.

—Rey Kull, ¿veis a esos hombres a lo lejos que se apoyan en sus largas lanzas mientras os contemplan?

—¿Los hombres altos de cabellos y barbas dorados?

—Sí... Nuestro éxito en la batalla venidera depende de ellos. Juran que se pasarán al enemigo si no les damos un rey para guiarles..., ya que el suyo ha muerto. ¿Les guiarás en el combate?

Los ojos de Kull brillaron apreciativamente.

—Son hombres semejantes a mis Asesinos Rojos, mi regimiento escogido. Les guiaré.

—Ven entonces.

El pequeño grupo se abrió paso por la ladera, por entre los grupos de guerreros que se empujaban impacientemente para ver mejor al extranjero y retrocedían luego al acercarse éste. Una corriente subterránea de tensos murmullos corría por la horda.

Los normandos se mantenían apañe en un grupo compacto. Sus fríos ojos se clavaron en Kull y él les devolvió la mirada, apreciaron cada detalle de su aspecto.

—Wulfhere —dijo Bran—, te hemos traído un rey. Te recuerdo tu juramento.

—Deja que hable con nosotros —dijo el vikingo con aspereza.

—No puede hablar vuestra lengua —respondió Bran, sabiendo que los normandos lo ignoraban codo sobre las leyes de su raza—. Es un gran rey del sur...

—Viene del pasado —le interrumpió el brujo, lleno de calma—. Tiempo ha, fue el mayor de todos los reyes...

—¡Un muerto!

Los vikingos se movieron inquietos, y el resto de la horda se tensó, bebiendo cada palabra. Pero Wulfhere frunció el ceño.

—¿Acaso un fantasma puede guiar a los vivos? —dijo—. Nos traes a un hombre que dices que está muerto. No seguiremos a un cadáver.

—Wulfhere —dijo Bran con tranquila pasión—, eres un mentiroso y un traidor. Nos pusiste esta tarea, creyéndola imposible. Estás ansioso por luchar bajo las Aguilas de Roma. ¡Te hemos traído un rey que no es picto, gaélico ni brirano, y niegas tu juramento!

—¡Entonces deja que luche conmigo! —aulló Wulfhere con ira incontrolable, haciendo girar su hacha sobre su cabeza en un arco centelleante—. Si tu muerto me vence..., entonces mi gente te seguirá. Si yo le venzo, ¡Nos dejarás ir en paz al campamento de los legionarios!

—¡Bien! —dijo el brujo—. ¿Estáis de acuerdo, lobos del Norte?

La respuesta fue un griterío salvaje y un blandir de espadas. Bran se volvió hacia Kull, que había permanecido en silencio, sin entender nada de lo que se decía. Pero los ojos del atlante resplandecían. Cormac sintió que aquellos fríos ojos habían visto demasiadas escenas parecidas como para no entender algo de lo que había sucedido.

—Este guerrero dice que debes luchar con él por el liderazgo —dijo Bran.

Kull, cuyos ojos brillaban con la creciente alegría del combate, asintió:

—Lo había supuesto. ¡Hacednos sitio!

—¡Un escudo y un casco! —gritó Bran, pero Kull negó con la cabeza.

—No los necesito —gruñó—. ¡Retroceded y hacednos sitio para cruzar nuestros aceros!

Los hombres retrocedieron a ambos lados, formando un sólido anillo alrededor de los dos hombres, que se acercaron cautamente el uno hacia el otro. Kull había desenvainado su espada, y la gran hoja temblaba en su mano como un ser vivo. Wulfhere, cubierto de cicatrices producto de cien combates salvajes, arrojó su manto de piel de lobo a un lado y se aproximó precavidamente, los fieros ojos atisbando sobre la punta de su escudo extendido, el hacha medio levantada en la diestra.

De pronto, cuando los guerreros aún estaban a varios metros de distancia, Kull saltó. Su ataque arrancó un jadeo a hombres acostumbrados a contemplar proezas pues, como un tigre que salta, cruzó el aire y su espada se estrelló en el escudo rápidamente levantado. Saltaron chispas y el hacha de Wulfhere golpeó, pero Kull se hallaba por debajo de su radio de acción, y mientras silbaba malignamente sobre su cabeza, el atlante golpeó hacia arriba y se alejó nuevamente de un salto, como un gato. Sus movimientos habían sido demasiado rápidos para que los siguiera el ojo. El filo superior del escudo de Wulfhere mostraba un profundo tajo, y había un largo desgarrón en su cota de malla, allí donde la espada de Kull había fallado por poco la carne que se hallaba debajo.

Cormac, temblando con la terrible excitación del combare, se interrogó sobre aquella espada que podía cortar de tal modo la cota de malla. Y el golpe que hería el escudo hubiera debido quebrar la hoja en pedazos. ¡Pero el acero valusio no mostraba ni una melladura! Con seguridad, la hoja había sido forjada por otra gente en otra era...

Los dos gigantes saltaron de nuevo al ataque y, como dos rayos, sus armas entrechocaron. El escudo de Wulfhere cayó de su brazo en dos trozos al partirlo limpiamente la espada del atlante, y Kull se tambaleó cuando el hacha del normando, impulsada con toda la fuerza de su corpachón, descendió sobre la banda de oro que le ceñía la cabeza. El golpe hubiera debido penetrar el oro como mantequilla y partir el cráneo que estaba debajo, pero el hacha rebotó, mostrando una gran melladura en el filo. Al instante siguiente el normando fue avasallado por un torbellino de acero..., una tempestad de golpes propinados con tal celeridad y fuerza que le echaron hacia atrás como si se hallara en la cresta de una ola, incapaz de lanzar su propio ataque. Con toda su probada destreza intentó parar el acero que silbaba con su hacha. Pero sólo pudo retrasar su destino unos pocos segundos; sólo por un instante pudo desviar la hoja que hacía pedazos su cota, tan cerca caían los golpes. Uno de los cuernos voló de su casco, luego cayó la misma cabeza del hacha, y el mismo golpe que cono el mango mordió a través del casco del vikingo el cuero cabelludo situado bajo él. Wulfhere cayó de rodillas; un hilillo de sangre le surcaba el rostro.

Kull detuvo su segundo golpe y, arrojando su espada a Cormac, se enfrentó sin armas al aturdido normando. Los ojos del atlante llameaban con una alegría feroz, y rugió algo en una lengua extraña. Wulfhere se incorporó de un salto, gruñendo como un lobo, un puñal destellando en su mano. La horda de espectadores lanzó un grito que desgarró los cielos cuando los dos cuerpos entrechocaron. La mano de Kull erró la muñeca del normando, pero la daga blandida desesperadamente por éste se partió en la cota del atlante; arrojando la inútil empuñadura, Wulfhere cerró los brazos alrededor de su enemigo en un abrazo de oso que habría aplastado las costillas de un hombre más débil. Kull sonrió como un tigre y devolvió el apretón, y por un instante los dos oscilaron sobre sus pies. Lentamente, el guerrero de negra cabellera empujó hacia atrás a su enemigo hasta que su columna pareció que iba a quebrarse. Con un aullido en el que no había nada de humano, Wulfhere arañó frenéticamente el rostro de Kull, intentando arrancarle los ojos, y luego giró la cabeza y clavó unos dientes como colmillos en el brazo del atlante. Hubo un griterío al empezar a brotar la sangre.

—¡Sangra! ¡Sangra! ¡No es un espectro, después de todo, sino un hombre mortal!

Irritado, Kull cambió su presa, alejando al babeante Wulfhere, y le dio un terrorífico golpe con la diestra bajo la oreja. El vikingo aterrizó de espaldas a más de tres metros de distancia. Después, aullando como un loco, se levantó de un salto con una piedra en la mano y la arrojó. Sólo la increíble celeridad de Kull salvó su rostro; aun así, el áspero filo del proyectil le desgarró la mejilla y le inflamó como un loco. Con un rugido de león saltó sobre su enemigo, envolviéndole en un estallido irresistible de pura furia; le hizo girar por encima de su cabeza como si fuera un niño y le arrojó de nuevo a tres metros de distancia. Wulfhere cayó de cabeza y quedó inmóvil..., destrozado y muerto.

Por un instante reinó un silencio estupefacto; luego, de los gaélicos se alzó un rugido atronador, y los britanos y los picto se unieron a él, aullando como lobos, hasta que los ecos de los gritos y el estruendo de las espadas sobre los escudos llegaron a los oídos de los legionarios en marcha, millas al sur.

—Hombres del gris Norte —gritó Bran—, ¿mantendréis ahora vuestro juramento?

Las feroces almas de los normandos asomaron a sus ojos cuando su portavoz respondió. Primitivos, supersticiosos, criados en la sabiduría tribal de dioses guerreros y héroes míticos, no dudaban de que el combatiente de negra cabellera era algún ser sobrenatural enviado por los fieros dioses de la batalla.

—¡Sí! ¡Nunca hemos visto un hombre tal! ¡Muerto, espectro o diablo, le seguiremos, ya lleve el camino a Roma o al Valhalla!

Kull entendió el significado, aunque no las palabras. Recobrando su espada de manos de Cormac con una palabra de agradecimiento, se volvió hacia los normandos, que esperaban, y silenciosamente sostuvo en alto la hoja hacia ellos, en ambas manos, antes de volverla a su vaina. Apreciaron la acción sin entenderla. Manchado de sangre, la cabellera revuelta, era una impresionante figura de barbarie, majestuosa y principesca.

—Ven —dijo Bran, tocando el brazo del atlante—; un ejército se dirige hacia nosotros y queda mucho por hacer. Hay poco tiempo para disponer nuestras fuerzas antes de que caigan sobre nosotros. Ven a la cima de esa elevación.

El picto señaló hacia ella. Contemplaron un valle que corría de norte a sur, ensanchándose desde una estrecha garganta hacia el norte hasta desembocar en una llanura al sur. Todo el valle tendría menos de un kilómetro y medio de longitud.

—Nuestros enemigos ascenderán por este valle —dijo el picto—, pues llevan carros cargados de suministros y a los lados del valle el terreno es demasiado abrupto para tal viaje. Aquí planeamos tenderles una emboscada.

—Creía que tendrías a tus hombres apostados desde hace mucho tiempo —dijo Kull—. ¿Qué hay de los exploradores que el enemigo enviará con toda seguridad?

—Los salvajes que dirijo jamás habrían aguardado tanto tiempo emboscados —dijo Bran con cierta amargura—. No podía apostarles hasta que estuviera seguro de los normandos. Incluso así no me habría atrevido a apostarles aún...; podrían asustarse del paso de una nube o de una hoja que cae, y dispersarse como pájaros ante un viento frío. Rey Kull..., el destino de la nación picta está en juego. Me llaman rey de los pictos, Pero mi reino todavía no es más que una burla hueca. Las colinas están llenas de clanes salvajes que rehúsan combatir por mí. De los mil arqueros que se hallan ahora bajo mi mando, más de la mitad son de mi propio clan.

»Unos mil ochocientos romanos marchan contra nosotros. No es una auténtica invasión, pero depende mucho de ella. Es el principio de un intento para extender sus fronteras. Planean construir una fortaleza a un día de marcha al norte de este valle. Si lo hacen, construirán otros fuertes, trazando bandas de acero alrededor del corazón del pueblo libre. Si venzo en esta batalla y barro a ese ejército, habré ganado una doble victoria. Entonces las tribus acudirán a mí y la siguiente invasión hallará un sólido muro de resistencia. Si pierdo, los clanes se dispersarán, huyendo hacia el norte hasta que no puedan huir más, luchando como clanes separados más que como una nación fuerte.

»Tengo un millar de arqueros, quinientos jinetes, cincuenta carros con sus conductores y guerreros... En total mil quinientos hombres... y, gracias a ti, trescientos piratas del norte fuertemente armados. ¿Cómo dispondrías tus líneas de batalla?

—Bien —dijo Kull—, habría puesto barricadas en el extremo norte del valle... ¡No! Eso sugeriría una trampa... Lo que haría es bloquearlo con un grupo de hombres desesperados, como esos que me has dado para conducir. Trescientos hombres podrían sostener la garganta durante un tiempo contra cualquier número de enemigos. Entonces, cuando el enemigo estuviera luchando con esos hombres en la parte estrecha del valle, haría que mis arqueros disparasen sobre ellos hasta romper sus líneas, desde ambos lados del valle. Después, manteniendo ocultos a mis jinetes detrás del otro extremo, cargaría con ambos simultáneamente y convertiría al enemigo en una roja ruina.

Los ojos de Bran brillaron.

—Exactamente, rey de Valusia. Tal era mi plan exacto...

—Pero ¿qué hay de los exploradores?

—Mis guerreros son como panteras; se ocultan bajo la nariz de los romanos. Los que cabalguen por el valle verán sólo lo que nosotros queramos. Los que cabalguen sobre el risco no volverán para informar. Una flecha es veloz y silenciosa.

»Como ves, todo descansa en los hombres que sostienen la garganta. Han de ser hombres que puedan luchar a pie y resistir las cargas de los pesados legionarios lo bastante para que la trampa se cierre. Aparte de esos normandos no tengo una fuerza tal de hombres. Mis guerreros desnudos con sus espadas cortas nunca podrían aguantar una carga así, ni por un instante. Tampoco la armadura de los celtas ha sido hecha para tal trabajo; es más, no son luchadores a pie, y les necesito en otro lugar.

»Así que ya ves por qué necesitaba tan desesperadamente a los normandos. Ahora bien, ¿estarás con ellos en la garganta y rechazarás a los romanos hasta que yo pueda hacer saltar la trampa? Recuerda, la mayoría de vosotros morirá.

Kull sonrió.

—He corrido riesgos toda mi vida, aunque Tu, el consejero jefe, diría que mi vida pertenece a Valusia y que no tengo derecho a arriesgarla así... —Su voz se quebró, y una expresión extraña destelló en su rostro—. ¡Por Valka! —dijo, riendo inseguro—, a veces olvido que esto es un sueño... Todo parece tan real... Pero lo es..., ¡claro que lo es! Bien, si muero, entonces me despenaré como he hecho en el pasado. ¡Adelante, rey de Caledonia!

Cormac, volviendo hacia sus guerreros, se interrogaba. Por supuesto que todo debía de ser un fraude; pero... oía a su alrededor las discusiones de los guerreros mientras se armaban y se preparaban para ocupar sus puestos. El rey de cabello negro era el propio Neid, el dios de la guerra celta; era un rey antediluviano traído del pasado por Gonar; era un guerrero mítico surgido del Valhalla. ¡No era un hombre sino un espectro! No, era mortal, pues había sangrado. Pero los propios dioses sangraban, aunque no morían. Así se acaloraban las disputas. Al me-

nos, pensó Cormac, si todo era un engaño para inspirar a los guerreros con la sensación de ayuda sobrenatural, había triunfado. La creencia de que Kull era más que un mortal había inflamado por igual al celta, el picto y el vikingo con una especie de locura inspirada. Y Cormac se preguntó a sí mismo: ¿en qué creía él? Con seguridad el hombre venía de una tierra lejana..., Pero en cada aspecto y acción suyos había la vaga sugerencia de una diferencia mayor que la mera distancia espacial..., un atisbo de un Tiempo distinto, de abismos neblinosos y gigantescas sunas de eones que yacían entre el extranjero de negra cabellera y los hombres con los que había andado y conversado. Nubes de desconcierto colmaban el cerebro de Cormac, y acabó estallando en una carcajada, mofándose de sí mismo.

3

Y los dos pueblos salvajes del norte
se enfrentaron al anochecer,
y oyeron y supieron, cada cual en su mente,
que un tercer clamor llegaba con el viento,
los muros vivientes que dividen a la humanidad,
los muros en marcha de Roma.

CHESTERTON

El sol se inclinaba hacia el oeste. El silencio yacía como una niebla invisible sobre el valle. Cormac retuvo las riendas con la mano y contempló los riscos a ambos lados. El ondulante brezal que se hacía escaso en las abruptas laderas no daba señal alguna de los cientos de guerreros salvajes que acechaban en él. Allí, en la estrecha garganta que se ensanchaba gradualmente hacia el sur, se hallaba el único signo de vida. Entre los empinados muros, trescientos normandos formaban sólidamente su pared de escudos en forma de cuña, bloqueando el paso. En la punta, como una lanza, se alzaba el hombre que se hacía llamar Kull, rey de Valusia. No llevaba casco, sólo la ancha banda de oro, duro y extrañamente labrado, ciñendo su cabeza, pero portaba en su brazo izquierdo el gran escudo que había llevado el muerto Rognar; y en su diestra sostenía la pesada maza de hierro blandida por el rey del mar. Los vikingos le contemplaban con maravilla y salvaje admiración. No podían entender su lengua, ni él la suya. Pero ya no se precisaban más órdenes. Dirigidos por Bran, se habían amontonado en la garganta, y su única orden era... ¡cerrar el paso!

Bran Mak Morn se hallaba ante Kull, uno con su reino aún por nacer, otro con su reino perdido entre las nieblas del Tiempo por eras inimaginables. Reyes de la oscuridad, pensó Cormac, reyes sin nombre de la noche, cuyos reinos son abismos y sombras.

El rey picto tendió la mano.

—Rey Kull, eres más que un rey..., eres un hombre. Puede que los dos caigamos en la hora siguiente..., pero si vivimos, pídeme lo que desees.

Kull sonrió, devolviendo el firme apretón.

—También tú eres un hombre para mi corazón, rey de las sombras. Con toda seguridad, eres más que una invención de mi imaginación dormida. Puede que algún día nos encontremos despiertos.

Bran sacudió la cabeza, asombrado, saltó a la silla y se alejó galopando, subiendo la ladera este y desvaneciéndose sobre el risco. Cormac vaciló:

—Hombre extraño —dijo—, ¿eres en verdad de carne y sangre, o eres un espectro?

—Cuando soñamos, todos somos de carne y sangre... mientras estemos soñando —respondió Kull—. Esta es la pesadilla más extraña que jamás haya tenido..., pero tú, que pronto te desvanecerás en la pura nada cuando despierte, me pareces tan real ahora como Brule, o Kananu, o Tu, o Keikor.

Cormac sacudió la cabeza como lo había hecho Bran y, con un último saludo, que Kull devolvió con bárbara majestad, volvió grupas y se alejó al trote. Se detuvo en la cima del risco occidental. Lejos, al sur, se alzaba una ligera nube de polvo y se divisaba la cabeza de la columna en marcha. Creía ya poder oír como la tierra vibraba ligeramente bajo el paso acompasado de mil pies acorazados moviéndose perfectamente al unísono. Desmontó y uno de sus jefes, Domnail, tomó su caballo y lo llevó por la cuesta lejos del valle, donde los árboles crecían espesos. Sólo algún movimiento ocasional entre ellos evidenciaba a los quinientos hombres que aguardaban allí, cada uno junto a su caballo, con la mano preparada para silenciar algún relincho.

«Los propios dioses crearon este valle para la emboscada de Bran», pensó Cormac. El suelo del valle carecía de árboles, y las laderas interiores estaban desnudas salvo por el brezo que llegaba hasta la cintura. Pero al pie de cada risco, en el lado que se alejaba del valle, allí donde la tierra largamente erosionada de las laderas rocosas se había acumulado, crecían árboles suficientes como para ocultar a quinientos jinetes o cincuenta carros.

Al extremo norte del valle permanecían Kull y sus trescientos vikingos, al descubierto, flanqueados a cada lado por cincuenta arqueros pictos. Escondidos en el lado oeste del risco occidental estaban los gaélicos. A lo largo de la cima de las laderas, ocultos en el alto brezal, yacía un centenar de Fictos con flechas dispuestas en la cuerda de sus arcos. El resto de los pictos se escondía en las laderas del este, más allá de donde estaban los briranos con sus carros bien preparados. Ni ellos ni los gaélicos al oeste podían ver lo que sucedía en el valle, pero se habían dispuesto señales.

Ahora la larga columna estaba entrando por la ancha boca del valle, y sus exploradores, hombres ligeramente armados sobre caballos veloces, se extendían por las laderas. Galoparon casi a tiro de flecha de la hueste silenciosa que bloqueaba el paso y se detuvieron. Algunos volvieron grupas y corrieron hacia la fuerza principal, en tanto que los demás se desplegaban y ascendían por las laderas, buscando ver lo que se hallaba más allá. Aquél era el momento crucial. Si percibían cualquier señal de la emboscada, todo estaba perdido. Cormac, encogiéndose entre los brezos, se maravillaba ante la habilidad de los pictos para borrarse a sí mismos de la visca tan completamente. Vio a un jinete pasar a un metro de donde él sabía que yacía un arquero, pero el romano no vio nada.

Los exploradores coronaron los riscos y miraron a su alrededor; luego la mayoría de ellos dieron la vuelta y descendieron al trote las laderas. Cormac se maravilló ante su descuidada forma de explorar. Nunca había luchado con los romanos antes, nada sabía de su arrogante autoconfianza, de su increíble astucia en ciertas cosas, su estupidez increíble en otras. Aquellos hombres eran demasiado confiados; una sensación que emanaba de sus oficiales. Habían pasado años desde que una fuerza de caledonios resistiera a las legiones. Y la mayoría de aquellos hombres acababan de llegar a Britania; pane de una legión que había estado acuartelada en Egipto. Despreciaban a sus enemigos y no sospechaban nada.

Pero... ¡alto!, tres jinetes en el risco opuesto habían dado la vuelta y se habían desvanecido en el otro lado. Y ahora uno, deteniendo su corcel en la cresta del risco occidental, a menos de cien metros de donde se hallaba Cormac, observó larga y atentamente la masa de árboles al pie de la ladera. Cormac vio la sospecha crecer en el moreno rostro de halcón del romano. Se volvió a medias como para llamar a sus cantaradas, y luego, en vez de eso, condujo a su caballo por la ladera, inclinándose hacia delante en la silla. El corazón de Cormac retumbaba. A cada momento esperaba ver al hombre volver grupas y galopar para dar la alerta. Resistió el loco impulso de alzarse de un salto y cargar a pie sobre el romano. Seguramente el hombre podía captar la tensión en el aire..., los centenares de fieros ojos clavados en él. Ahora se hallaba a mitad de la cuesta, fuera de la vista de los hombres del valle. Y el chasquido de un arco invisible rompió la tensa inmovilidad. Con un jadeo ahogado el romano alzó las manos y, mientras el corcel se encabritaba, cayó de cabeza, fulminado por una larga flecha negra que había surgido relampagueante del brezal. Un fornido enano saltó de la nada, aparentemente, y aferró la rienda, tranquilizando al caballo, que piafaba, y conduciéndolo por la ladera hacia abajo. Ante la caída del romano, hombres bajos y nudosos se alzaron como una repentina bandada de pájaros y Cormac vio el destello de un cuchillo. Luego, con una prontitud irreal, todo se calmó. Los asesinos y el muerto eran

invisibles, y sólo la tranquila ondulación del brezal indicaba la sangrienta hazaña.

El gaélico volvió a mirar hacia el valle. Los tres que habían cabalgado por el risco este no habían regresado, y Cormac supo que nunca lo harían. Evidentemente, los demás exploradores habían llevado la nueva de que sólo un pequeño grupo de guerreros estaba listo para disputar el paso a los legionarios. Ahora la cabeza de la columna se hallaba casi bajo él, y sintió excitación al ver a aquellos hombres condenados, desfilando con su soberbia arrogancia. La visión de su espléndida armadura, sus rostros de halcón y su disciplina perfecta le impresionó cuanto un gaélico es capaz de impresionarse.

¡Mil doscientos hombres con pesada armadura que marchaban como uno, de tal modo que el suelo temblaba bajo su paso! La mayoría de ellos eran de talla mediana, con pechos y hombros poderosos y rostros de bronce..., endurecidos veteranos de un centenar de campañas. Cormac vio sus jabalinas, sus espadas cortas y aguzadas, sus pesados escudos; su brillante armadura y casco empenachado, las águilas en los estandartes. ¡Aquéllos eran los hombres bajo cuyo paso el mundo había temblado y se habían derrumbado los imperios! No todos eran latinos; había entre ellos britanos romanizados, y una centuria se componía de enormes hombres de cabellera amarilla..., galos y germanos, que luchaban por Roma tan ferozmente como los nacidos en ella, y odiaban con mayor fiereza a sus parientes salvajes.

A cada lado había un enjambre de caballería, batidores, y la columna iba flanqueada por arqueros y honderos. Carros traqueteantes conducían los suministros del ejército. Cormac vio al comandante cabalgando en su puesto..., un hombre alto, de rostro delgado e imperioso, lo que resultaba evidente incluso a esa distancia. Marcus Sulius... El gaélico conocía su reputación.

Un ronco rugido se alzó de los legionarios al aproximarse a sus enemigos. Evidentemente, pretendían abrirse paso a través de ellos y seguir sin pausa alguna, pues la columna se movió implacablemente hacia delante. A quien los dioses destruyen primero le vuelven loco... Cormac jamás había oído esa frase, pero se le ocurrió que el gran Sulius era un estúpido. ¡Arrogancia romana! Marcus estaba acostumbrado a ser el azote de los encogidos pueblos de un Este decadente; poco suponía el hierro que había en aquellas razas occidentales.

Un grupo de caballería se desgajó del grueso y se lanzó hacia la boca de la garganta, pero era sólo un gesto. Con largos gritos de burla volvieron grupas a tres tiros de lanza y arrojaron sus jabalinas, que chasquearon inofensivas en los escudos superiores de los silenciosos normandos. Pero su líder se arriesgó demasiado; al girar, se alzó de la silla y embistió al rostro de Kull. El gran escudo desvió la lanza, y Kull devolvió el golpe como una serpiente; la pesada maza aplastó cabeza y casco como una cáscara de huevo, y el mismo corcel cayó de rodillas

ante la sacudida de aquel golpe terrible. Un corto y feroz rugido se alzó de los normandos, y los pictos a su lado aullaron exultantes y lanzaron sus flechas entre los jinetes que se retiraban. ¡Primera sangre para el pueblo del brezo! Los romanos que se acercaban gritaron vengativamente y apretaron el paso mientras el caballo aterrorizado les rebasaba al galope, con la horrible parodia de un hombre, el pie atrapado en el estribo, arrastrándose bajo los cascos retumbantes.

La primera línea de legionarios, comprimida a causa de la estrechez de la garganta, se estrelló contra el sólido muro de escudos..., se estrelló y retrocedió. El muro de escudos no se había movido ni una pulgada. Aquélla era la primera vez que las legiones romanas topaban con esa formación indestructible..., la más vieja de todas las líneas de batalla arias..., la antepasada del regimiento espartano, la falange tebana, la formación macedonia, el cuadro inglés.

El escudo chocó contra el escudo y la corta espada romana buscó una brecha en el muro de hierro. Las lanzas vikingas, erizándose en sólidas filas por encima, golpearon y se enrojecieron; pesadas hachas cayeron, atravesando hierro, carne y hueso. Cormac vio a Kull, alzándose sobre los fornidos romanos en primera línea del combate, repartiendo golpes veloces como rayos. Un robusto centurión se lanzó hacia delante, sosteniendo en alto su escudo, golpeando hacia arriba. La maza de hierro se estrelló de un modo terrible, quebrando la espada, haciendo pedazos el escudo, partiendo el casco y aplastando el cráneo bajo él..., todo de un solo golpe.

La línea frontal de los romanos se curvó como una barra de hierro alrededor de la cuña, mientras los legionarios intentaban abrirse paso luchando a través de la garganta a cada lado y rodear a sus oponentes. Pero el paso era demasiado estrecho; agazapándose junto a las abruptas laderas, los pictos lanzaban sus negras flechas como una granizada de muerte. A tal distancia las pesadas saetas penetraban escudo y coraza, fulminando a los hombres recubiertos de hierro. La línea frontal de la batalla retrocedió, roja y destrozada, y los normandos pisotearon a sus propios escasos muertos para cerrar las brechas que había dejado su caída. Ante ellos yacía una delgada línea de cuerpos destrozados..., la roja espuma de la marea que se había roto sobre ellos en vano.

Cormac se había puesto en pie de un salto, agitando los brazos. Domnail y sus hombres abandonaron su refugio ante la señal y se acercaron al galope por la ladera, contorneando el risco. Cormac montó el caballo que le traían y miró con impaciencia a través del estrecho valle. No aparecía señal alguna de vida en el risco este. ¿Dónde estaba Bran... y los britanos?

Abajo, en el valle, las legiones, irritadas ante la inesperada oposición de la escasa fuerza que se hallaba ante ellas, pero sin sospechar nada, estaban reuniéndose en una formación más compacta. Los carros que se habían detenido se habían vuelto a poner en marcha, y la columna entera se hallaba una vez más en movimiento, como si pretendiera

abrirse paso sólo con su masa. Con la centuria gala en primera línea, los legionarios avanzaban de nuevo al ataque. Esta vez, con toda la fuerza de mil doscientos hombres detrás, la carga rompería como un *ariete* la resistencia de los guerreros de Kull; les pisotearía, barriendo sus rojos despojos. Los hombres de Cormac temblaban de impaciencia. De pronto Marcus Sulius se dio la vuelta y miró hacia el oeste, donde la línea de jinetes se recortaba contra el cielo. Incluso a esa distancia, Cormac vio palidecer su rostro. Por fin el romano comprendía el metal de los hombres a los que se enfrentaba, y que se había metido en una trampa. con seguridad en ese momento una imagen caótica relampagueó en su mente..., derrota..., desgracia..., ¡roja ruina!

Era demasiado tarde para retirarse..., demasiado tarde para formar un cuadro defensivo con los carros como barricada. No había sino un modo posible de escapar, y Marcus, hábil general pese a su reciente error, lo escogió. Cormac oyó su voz cortando el tumulto como un clarín, y aunque no entendió sus palabras, sabía que el romano les gritaba a sus hombres que aplastaran como el rayo a aquel amasijo de normandos... ¡para abrirse paso a través de él a estocadas y salir de la trampa antes de que pudiera cerrarse!

Los legionarios, conscientes de su situación desesperada, se lanzaron de cabeza sobre sus enemigos. El muro de escudos se tambaleó, pero no cedió ni un milímetro. Los rostros feroces de los galos y las endurecidas caras morenas de los itálicos contemplaban por encima de los escudos trabados los llameantes ojos del Norte. Con los escudos tocándose, golpearon, mataron y murieron en una roja tormenta de carnicería, en la que hachas carmesíes se alzaban y caían y lanzas goteantes se rompían en espadas melladas.

En el nombre de Dios, ¿dónde estaba Bran con sus carros? Unos cuantos minutos más significarían la muerte de cada uno de los hombres que sostenían el paso. Caían ya con rapidez, aunque habían estrechado más sus filas y resistían como el hierro. Aquellos salvajes hombres del None morían en sus puestos; y alzándose sobre sus doradas cabezas, la negra melena de león de Kull brillaba como un símbolo de matanza, y su maza enrojecida derramaba una lluvia espantosa mientras salpicaba sesos y sangre como agua.

Algo se quebró en el cerebro de Cormac.

—¡Esos hombres morirán mientras esperamos la señal de Bran! —gritó—. ¡Adelante! ¡Seguidme al Infierno, hijos *de* Gael!

Un rugido salvaje le respondió, y a rienda suelta se lanzó por la cuesta con quinientos jinetes aullantes precipitándose detrás de él. Y en ese mismo instante una tormenta de flechas barrió el valle desde cada lado como una oscura nube, y e! terrible clamor de los pictos partió los cielos. Y sobre el risco este, como un repentino estallido de truenos en el Día del Juicio, surgieron los carros de guerra. Bajaron rugiendo por la ladera; la espuma volaba de los belfos distendidos de los caballos, y sus cascos frenéticos parecían apenas tocar el suelo, reduciendo a la

nada los altos brezales. En el primer carro, con los oscuros ojos ardiendo, se agazapaba Bran Mak Morn, y en codos ellos los britanos desnudos gritaban y azotaban a los caballos como poseídos por los demonios. Tras los carros venían los pictos, aullando como lobos y lanzando sus flechas mientras corrían. El brezo los escupía de todos lados en una oscura ola.

Eso fue lo que vio Cormac en sus caóticas miradas durante la salvaje cabalgada por las laderas. Una ola de caballería se derramó entre él y la línea principal de la columna. Precediendo a sus hombres en tres cuerpos de caballo, el príncipe gaélico se enfrentó a las lanzas de los jinetes romanos. La primera lanza se desvió en su escudo, y alzándose sobre los estribos, él golpeó hacia abajo, partiendo a un hombre de la espalda al esternón. El siguiente romano arrojó una jabalina que mató a Domnail, pero en ese instante el corcel de Cormac chocó con el suyo, pecho contra pecho, y el caballo más ligero cayó de bruces por el impacto, arrojando a su jinete bajo sus cascos.

Después, todo el ímpetu de la carga gaélica barrió a la caballería romana, destrozándola, convirtiéndola en despojos, desbaratándola. Sobre sus rojos restos los aullantes demonios de Cormac golpearon a la pesada infantería romana, y toda la línea tembló bajo el impacto. Espadas y hachas subieron y bajaron centelleando, y la fuerza de su acometida les hizo adentrarse en las filas compactas. Allí, detenidos, lucharon y forcejearon. Las jabalinas herían, las espadas subían relampagueando, abatiendo a caballo y jinete. Grandemente superados en numero, acosados de cada costado, los gaélicos habrían perecido entre sus enemigos, pero en ese instante los carros retumbantes se abatieron desde el otro lado sobre las filas romanas. Golpearon casi simultáneamente en una larga hilera, V en el momento del impacto los conductores desviaron a sus caballos de lado y corrieron paralelamente a las filas, segando a los hombres como si fueran trigo. Murieron centenares bajo aquellas cuchillas curvadas, y saltando de los carros, gritando corno gatos monteses enloquecidos por la sangre, los guerreros britanos se arrojaron sobre las lanzas de los legionarios, dando tajos locamente con sus espadas manejadas a dos manos. Agazapados, los pictos lanzaron sus flechas a bocajarro y luego saltaron para unirse al degüello. Enloquecidos por la visión de la victoria, aquellos pueblos salvajes eran como tigres heridos que no sienten las heridas, y morían de pie con su último aliento convenido en un rugido de furia.

Pero la batalla aún no había terminado. Aturdidos, deshechos, rota su formación y casi la mitad de los suyos caídos ya, los romanos peleaban con furia desesperada. Cercados por todas partes, luchaban aisladamente o en pequeños grupos, espalda contra espalda, arqueros, honderos, jinetes y pesados legionarios mezclados en una masa caótica. La confusión era completa, pero no la victoria. Los que se hallaban atascados en la garganta se lanzaron sobre las rojas hachas que les bloqueaban el camino, mientras la compacta y cerrada batalla retum-

baba a sus espaldas. Por una parte estaban los enfurecidos gaélicos de Cormac; por la otra los carros que barrían una y otra vez, retirándose y regresando como torbellinos de hierro. No había retirada, pues los pictos habían tendido un cordón a través del camino por el que habían venido, y habiendo cortado los cuellos de los seguidores del campamento y tras apoderarse de los carros, lanzaban sus saetas en una tormenta de muerte sobre la retaguardia de la columna desbaratada. Aquellas largas y negras flechas penetraban armadura y hueso, ensartando a los hombres de dos en dos. Pero no toda la carnicería estaba en un bando. Los pictos morían bajo el golpe relampagueante de la jabalina y la corta espada, los gaélicos atrapados bajo sus caballos al caer, eran despedazados, y los carros, sin sus caballos, eran inundados con la sangre de sus conductores.

Y en el extremo estrecho del valle la batalla proseguía. Por todos los dioses, pensó Cormac, mirando entre los golpes que parecían centellas, ¿acaso aquellos hombres seguían sosteniendo la garganta? ¡Sí! ¡La sostenían! Una décima parte de su número original, muriendo de pie, seguían aguantando las cargas frenéticas de los legionarios, que disminuían en número.

Por todo el campo se alzaba el rugido y el estruendo de las armas, y las aves de presa, surgiendo del crepúsculo en su vuelo veloz, describían círculos en lo alto. Cormac, luchando por alcanzar a Marcus Sulius a través del tumulto, vio al caballo del romano hundirse bajo él, y al jinete alzarse solitario entre un mar de enemigos. Vio destellar tres veces la espada romana, sembrando la muerte a cada golpe, y después, surgiendo de lo más revuelto de la contienda, apareció una figura terrible. Era Bran Mak Morn, manchado de pies a cabeza. Arrojó su espada rota mientras corría, sacando un puñal. El romano golpeó, pero el rey picto esquivó el golpe y, aferrando la muñeca que sostenía la espada, hundió el puñal una y otra vez a través de la brillante armadura.

Un potente rugido se alzó ante la muerte de Marcus, y Cormac, con un grito, reagrupó a su alrededor a los restos de su fuerza y, picando espuelas, atravesó las líneas que se derrumbaban y cabalgó a toda velocidad hacia el otro extremo del valle.

Pero cuando se acercaba vio que llegaba demasiado tarde. Como habían vivido, así habían muerto aquellos feroces lobos del mar, con sus rostros frente al enemigo y sus rotas armas enrojecidas en las manos. Yacían en un grupo terrible y silencioso, preservando incluso en la muerte algo de la formación del muro de escudos. Entre ellos, y también delante y a su alrededor, se amontonaban los cuerpos de aquellos que en vano habían intentado romper sus filas. ¡Los normandos no habían retrocedido ni un paso! Habían muerto en sus puestos, hasta el último hombre. Nadie quedaba tampoco para pisotear sus mutiladas figuras; aquellos romanos que habían escapado a las hachas vikingas habían sido abatidos por las saetas de los pictos y, desde atrás, por las espadas de los gaélicos.

Pero esa parte de la batalla no había terminado. Arriba, en la abrupta ladera occidental, Cormac vio el desenlace de aquel drama. Un grupo de galos con la armadura de Roma se lanzaban sobre un solo hombre..., un gigante de negra cabellera en cuya cabeza brillaba una corona de oro. Había hierro en esos hombres, al igual que en el hombre que les arrastraba a su destino. Estaban condenados —sus camaradas eran degollados detrás de ellos—, pero antes de que llegara su turno al menos cobrarían la vida del jefe de cabello negro que había guiado a los hombres de dorada cabellera del Norte.

Acosándole desde tres direcciones, le habían obligado lentamente a retroceder hacia el abrupto muro de la garganta, y los cuerpos encogidos que había tendido a lo largo de su retirada demostraban con qué fiereza había sido disputado cada paso del camino. En la pendiente, mantener el equilibrio ya era tarea bastante; pero aquellos hombres trepaban al mismo tiempo que luchaban. El escudo de Kull y su gran "laza habían desaparecido, y la gran espada en su diestra estaba teñida de carmesí. Su cota de mallas, trabajada con un a*te* olvidado, colgaba ahora en jirones, y la sangre brotaba de "n centenar de heridas en sus miembros, su cabeza y su cuerpo. Pero sus ojos llameaban aún con la alegría del combate, y su cansado brazo seguía impulsando la potente hoja con golpes mortíferos.

Sin embargo, Cormac vio que el fin llegaría antes de que pudieran auxiliarle. En el punto más alto de la cuesta, un círculo de puntas amenazaba la vida del extraño rey, y hasta su férrea fortaleza iba agotándose. Hendió el cráneo de un enorme guerrero y con el mismo golpe cortó la yugular de otro; tambaleándose bajo una auténtica lluvia de espadas, golpeó de nuevo y su víctima cayó a sus pies, hendida hasta el esternón. Entonces, en el mismo instante en que una docena de espadas se alzaban sobre el tambaleante atlante para darle el golpe de muerte, algo extraño sucedió. El sol se hundía en el mar occidental; todo el páramo nadaba en un rojo océano de sangre. Recortado ante el sol agonizante, como había aparecido por primera vez, Kull se alzó, y entonces, como una neblina que se levanta, un enorme paisaje se abrió detrás del rey tambaleante. Los asombrados ojos de Cormac percibieron una huidiza y gigantesca visión de otros climas y esferas..., como si se reflejaran en las nubes del verano; así la vio, y en vez de las colinas de brezos extendiéndose hasta el mar, había una tierra borrosa de montañas azules y centelleantes lagos tranquilos..., las agujas doradas, púrpura y zafiro y los muros colosales de una ciudad enorme, tal como no había conocido la Tierra en muchas eras.

Y después desapareció, como un espejismo que se borra, pero los galos en la abrupta ladera habían dejado caer sus armas y permanecían como atónitos..., ¡pues el hombre llamado Kull se había desvanecido y no quedaba rastro alguno de su marcha!

Como en sueños, Cormac volvió grupas y descendió hacia el campo de batalla. Los cascos de su caballo chapoteaban en lagos de sangre y

resonaban en los yelmos de los muertos. A través del valle atronaba el grito de la victoria. Pero todo parecía ensombrecido y extraño. Una figura caminaba entre los cuerpos mutilados, y Cormac fue vagamente consciente de que era Bran. El gaélico desmontó y se encaró al rey. Bran iba sin armas, y estaba cubierto de sangre; la sangre brotaba de heridas en su entrecejo, su pecho y sus miembros; la armadura que había llevado estaba hecha pedazos, y un tajo había medio cortado su corona de hierro. Pero la gema roja seguía brillando sin mácula como una estrella de matanza.

—Pienso en matarte —dijo pesadamente el gaélico, hablando como un hombre en trance—, pues la sangre de hombres valientes cae sobre tu cabeza. Si hubieras dado anees la señal de carga, algunos vivirían.
Bran se cruzó de brazos; tenía los ojos extraviados.

—Golpea si quieres; estoy cansado de la matanza. Frío es el hidromiel del reinar. Un rey ha de jugar con las vidas de los hombres y las espadas desnudas. Las vidas de todo mi pueblo estaban en juego; sacrifiqué a los normandos..., sí; ¡y me duele el corazón en el pecho, pues eran hombres! Pero si hubiera dado la orden cuando tú lo deseabas, todo habría podido torcerse. Los romanos no estaban aún amontonados en la estrecha boca de la garganta, y podrían haber tenido el tiempo y el espacio necesarios para formar sus filas de nuevo y derrotarnos. Aguardé hasta el último instante... y los saqueadores murieron. Un rey pertenece a su pueblo, y no puede permitir que sus propios sentimientos o las vidas de los hombres le influyan. Ahora mi pueblo se ha salvado; pero en mi pecho el corazón está helado.

Cormac dejó caer lentamente la punta de su espada hasta el suelo.

—Bran, has nacido para reinar sobre los hombres —dijo el príncipe gaélico.

Los ojos de Bran recorrieron el campo. Una neblina sangrienta colgaba sobre él, allí donde los bárbaros victoriosos despojaban a los muertos, mientras los romanos que habían escapado a la matanza arrojando sus espadas, ahora bajo vigilancia, lo contemplaban todo con ojos que ardían.

—Mi reino..., mi pueblo... se han salvado—dijo Bran cansadamente—. Vendrán a millares del brezal, y cuando Roma vuelva a moverse contra nosotros, encontrará una nación sólida. Pero estoy cansado. ¿Qué hay de Kull?

—Mis ojos y mi cerebro estaban perdidos en el combate •—respondió Cormac—. Creí verle desvanecerse como un fantasma en el crepúsculo. Buscaré su cuerpo.

—No le busques. Llegó con el alba... y se fue con el crepúsculo. Vino a nosotros desde las neblinas de las eras, y ha regresado a las nieblas de los eones..., a su propio reino.

Cormac se apartó. Llegaba la noche. Gonar se alzaba como un espectro blanco anee él.

—A su propio reino —hizo eco el brujo—. El Tiempo y el Espacio nada son. Kull ha regresado a su propio reino..., su Propia corona..., su propia era.

—¿Era entonces un fantasma?

—¿No sentiste acaso el apretón de su sólida mano/ ¿No oíste su voz? ¿No le viste comer y beber, reír, matar y sangrar? Pero Cormac permanecía como en trance.

—Entonces, si es posible que un hombre pase de una era a otra que aún no ha nacido, o venir de un siglo muerto y olvidado, como quieras, con su cuerpo de carne y sangre y sus armas..., entonces es tan mortal como lo era en sus propios días. ¿Está muerto Kull?

—Murió hace cien mil años, tal como los hombres cuentan el tiempo —respondió el brujo—, pero en su propia era. No murió de las espadas de los galos en esta era. ¿Acaso no hemos oído en las leyendas cómo el rey de Valusia viajó a una tierra extraña e impersonal del nebuloso futuro, y luchó allí en una gran batalla? ¡Bien, pues lo hizo! ¡Hace cien mil años, o en el día de hoy!

»Y hace cien mil años, ¡o un instante!, Kull, rey de Valusia, se levantó del lecho de seda en su cámara secreta y, riendo, habló con el primer Gonar, diciendo: "¡Vaya, brujo, en verdad que he tenido extraños sueños, pues fui a climas lejanos y tiempos distantes en mis visiones, y luché por el rey de un extraño pueblo de sombras!". Y el gran hechicero sonrió y señaló en silencio la roja y embotada espada, y la cota desgarrada, y las muchas heridas que llevaba el rey. Y Kull, completamente despierto de su "visión" y sintiendo el aguijón y la debilidad de esas heridas aún sangrantes, quedó en silencio y asombrado, y toda la vida, el tiempo y el espacio le parecieron como un sueño de espectros, y se interrogó sobre ello el resto de su vida. Pues la sabiduría de las Eternidades se les niega incluso a los príncipes, y Kull no podía entender lo que le dijo Gonar más de lo que tú entiendes mis palabras.

—Entonces, Kull vivió pese a sus muchas heridas —dijo Cormac—, y ha regresado a las neblinas del silencio y de los siglos. Bien..., nos creyó un sueño; le creímos un espectro. Y con seguridad la vida es sólo una telaraña tejida de espectros, sueños e ilusiones, y se me ocurre que el reino que este día ha nacido de las espadas y la matanza en este valle aullante no *es* cosa más sólida que la espuma del brillante mar.

UNA CANCIÓN DE LA RAZA

Sentado en su alto trono estaba Bran Mak Morn cuando el dios-sol se hundía y el oeste enrojecía; llamó a una joven con su cuerno de beber, y le dijo: «Cántame una canción de la raza».

Oscuros eran sus ojos como los mares de la noche, rojos sus labios como el sol poniente, en tanto que, como una rosa negra en la *luz* huidiza, dejó correr sus dedos como en sueños sobre las cuerdas de dorados susurros, buscando el alma de su anciana lira.

Bran sentado inmóvil en el trono de los reyes, rostro broncíneo cincelado por el fuego del crepúsculo.

«Los primeros en la raza del hombre—cantó—, de una tierra lejana e ignota vinimos, desde el borde del mundo donde cuelgan las montañas y los mares arden rojos con la llama del crepúsculo.

» Somos los primeros y los últimos de la *raza*, perdido está el orgullo y adorno del viejo mundo, Mu es un mito del mar occidental, por los salones de la Atlántida se deslizan los tiburones blancos.»

Como una imagen de bronce, sentado e inmóvil el rey; jabalinas escarlata asaeteaban el oeste; rozó las cuerdas y un murmullo emocionado recorrió los acordes hasta el tono mas alto.

«Escuchad la historia que narran los ancianos, prometida desde antaño por el dios de la luna, arrojada a la costa una concha del mar profundo, esculpida en la superficie una runa mística: »"Así como fuimos primeros en el místico pasado, surgiendo de las nieblas borrosas del Tiempo, así serán los hombres de tu raza los últimos cuando el mundo se derrumbe", tal decía la rima.

»"Un hombre de tu raza, sobre picos que se enfrentan, contemplará el torbellino del mundo bajo él; con oleadas de humo lo ve chocar, la niebla flotante de los vientos que soplan."

» "Polvo de estrellas cayendo para siempre en el espacio, girando en el remolino de los vientos.

Vosotros, que fuisteis los primeros, sed la última de las razas, pues uno de los vuestros será el último de los hombres".»

En el silencio se arrastró su voz, y con todo resonó en la penumbra; sobre los brezales el suave viento nocturno llevaba el aroma del bosque almizclado.

Rojos labios se alzaron, y oscuros ojos soñaron; girando vinieron los murciélagos sobre sus alas sigilosas. Pero la luna dorada se alzó y relucieron las estrellas lejanas, y el rey siguió sentado en el trono de los reyes.

GUSANOS DE LA TIERRA

1

—¡Golpead los clavos, soldados, y dejad que nuestro invitado contemple la realidad de la buena justicia romana!

Quien así hablaba se arropó en la púrpura de su túnica, cubriendo mejor su poderoso cuerpo, y se retrepó en su asiento oficial, al igual que podría haberlo hecho en su asiento del Circo Máximo para disfrutar con el choque de las espadas de los gladiadores. El poder impregnaba cada uno de sus movimientos. Un orgullo aguzado era preciso para la satisfacción del romano, y Titus Sulla estaba justamente orgulloso, pues era el gobernador militar de Eboracum y sólo respondía ante el Emperador de Roma. Era un hombre de talla media y fuerte constitución, con los rasgos de halcón del romano de pura cepa. En aquellos momentos una sonrisa burlona curvaba sus labios carnosos, incrementando la arrogancia de su altanero aspecto. De apariencia claramente militar, llevaba la coraza con escamas doradas y el peto esculpido de su rango, con la espada corta al cinto, y sostenía sobre su rodilla el yelmo de plata con 5U penacho. Tras él permanecía un grupo de soldados impasibles con escudo y lanza..., titanes rubios de las tierras del Rin.

Ante él se desarrollaba la escena que, aparentemente, le gratificaba de tan gran modo..., una escena bastante corriente "11 donde llegaban las extensas fronteras de Roma. Una tosca cruz descansaba en el suelo, y sobre ella había atado un hombre medio desnudo, de aspecto enloquecido, miembros nudosos, ojos desorbitados y revuelta cabellera. Sus verdugos eran soldados romanos, y se preparaban a clavar en la cruz, con pesados martillos, las manos y los pies de la víctima con clavos de hierro.

Sólo un grupito de hombres contemplaba la espantosa escena en el temido lugar de las ejecuciones, más allá de los muros de la ciudad: el gobernador y sus guardias; unos cuantos jóvenes oficiales romanos; el hombre al que Sulla se había referido como «invitado» y que permanecía mudo, como una imagen de bronce. Al lado del brillante esplendor del romano, el discreto atavío de aquel hombre parecía incoloro, casi sombrío.

Era moreno, pero no se parecía a los latinos que le rodeaban. No había en él nada de la cálida, casi oriental sensualidad del mediterráneo que daba color a sus rasgos. Los bárbaros rubios detrás del asiento de Sulla no diferían tanto de él en su aspecto facial como los romanos. Sus labios no eran carnosos y curvos, ni su espesa cabellera rizada recordaba a los griegos. Tampoco su oscura tez era la olivácea del sur; más bien la desnuda oscuridad del norte. Todo el aspecto del hombre sugería vagamente las neblinas sombrías, la melancolía, los fríos vientos helados de las áridas tierras del norte. Hasta sus negros ojos

eran salvajemente fríos, como fuegos negros ardiendo a través de abismos de hielo.

Era de talla mediana, pero había algo en él que trascendía la simple masa física..., cierta vitalidad feroz e innata, sólo comparable a la de un lobo o una pantera, y que resultaba evidente en cada línea de su cuerpo flexible y compacto, en su áspera cabellera lisa y sus labios delgados, en el aspecto aquilino de su cabeza sobre el cuello fibroso, los hombros anchos y cuadrados, el pecho amplio, las caderas esbeltas, los pies estrechos. Construido con la salvaje economía de una pantera, era una imagen de potencialidades dinámicas, contenidas con un férreo autocontrol.

A sus pies se acurrucaba alguien de parecido color de tez..., pero allí terminaba el parecido. El otro era un gigante *mal* desarrollado, de miembros nudosos y cuerpo tosco, frente huidiza y una expresión de ferocidad embotada, ahora claramente mezclada con miedo. Si el hombre de la cruz se parecía, en cierto modo tribal, al que Titus Sulla llamaba «invitado», mucho más se parecía al contrahecho gigante agazapado.

—Bien, Panha Mac Othna —dijo el gobernador, con calculado desprecio—, cuando vuelvas a tu tribu tendrás toda una historia que contar sobre la justicia de Roma, que gobierna el sur.

—Tendré una historia —respondió el otro, con una voz que no traicionaba emoción alguna, al igual que su oscuro rostro, conminado a la inmovilidad, no mostraba evidencia alguna del torbellino de su alma.

—Justicia para todos bajo el gobierno de Roma —dijo Sulla—. *Pax romana!* ¡Recompensa para la virtud, castigo para el delito!

Rió interiormente ante su propia y negra hipocresía, para continuar luego:

—Ya ves, emisario de la tierra de los pictos, con qué celeridad castiga Roma al transgresor.

—Lo veo —respondió el picio, con voz enronquecida por la amenaza y llena de ira dominada—; veo que el subdito de un rey extranjero es tratado como si fuera un esclavo romano.

—Ha sido juzgado y condenado por un tribunal carente de prejuicios —replicó Sulla.

—¡Cierto! ¡Y el acusador era romano, los testigos romanos y el juez romano! ¿Cometió un crimen? En un instante de furia golpeó a un mercader romano que le engañó, le estafó y le robó, y a la injuria añadió el insulto..., ¡cieno, y un golpe! ¿Acaso su rey es sólo un perro, para que Roma crucifique a sus subditos a capricho, condenados por tribunales romanos? ¿Es su rey demasiado débil o estúpido para hacer justicia, si fuera informado y se presentaran cargos contra el ofensor?

—Bien —dijo Sulla cínicamente—, tú mismo puedes informar a Bran Mak Morn. Roma, amigo mío, no rinde cuentas de sus acciones a reyes bárbaros. Cuando los salvajes nos visitan, que actúen con discreción o que sufran las consecuencias.

El picto cerró sus mandíbulas de hierro con un chasquido que le dijo a Sulla que seguir acosándole no provocaría más réplicas. El romano hizo un gesto a los verdugos. Uno de ellos cogió un clavo y, colocándolo sobre la gruesa muñeca de la víctima, golpeó pesadamente. La punta de hierro se hundió profundamente en la carne, aplastándose contra los huesos. Los labios del hombre en la cruz se retorcieron, pero de ellos no escapó gemido alguno. Como un lobo atrapado lucha contra su jaula, la víctima atada se contorsionó y luchó instintivamente. Las venas se hincharon en sus sienes, el sudor perló su estrecha frente, los músculos en sus bra2os y piernas se retorcieron y anudaron. Los martillos cayeron con golpes inexorables, introduciendo las crueles puntas más y más hondo, a través de muñecas y tobillos; la sangre fluyó en un río negro sobre las manos que sostenían los clavos, manchando la madera de la cruz, y se oyó claramente el astillarse de los huesos. Pero el que así sufría no profirió exclamación alguna, aunque sus labios ennegrecidos se retorcieron hasta dejar visibles las encías, y su enmarañada cabeza se contorsionaba involuntariamente de un lado a otro.

El hombre llamado Partha Mac Othna permaneció inmóvil como una estatua de hierro, los ojos ardiendo en un rostro inescrutable, su cuerpo entero tan duro como el hierro a causa de la tensión de su control. A sus pies se acurrucaba su deforme criado, con los brazos aferrados a las rodillas de su amo. Los brazos apretaban como si fueran de acero, y el hombre musitaba incesantemente algo parecido a una invocación.

Cayó el último golpe; se cortaron las cuerdas de brazos y piernas, de modo que el hombre colgara soportado sólo por los clavos. Había dejado de luchar, ya que sólo conseguía retorcer los clavos en sus tremendas heridas. Sus brillantes ojos negros, aún despejados, no habían abandonado el rostro del hombre llamado Partha Mac Othna; en ellos quedaba una sombra desesperada de fe. Los soldados alzaron la cruz y colocaron su punta en un agujero preparado al efecto, apisonando la tierra a su alrededor para mantenerla erguida.

El picto colgó de la cruz, suspendido por los clavos en su carne, pero ningún sonido escapó de sus labios. Sus ojos se aferraban aún al rostro sombrío del emisario, pero la sombra de la esperanza se desvanecía.

—¡Vivirá durante días! —dijo alegremente Sulla—. ¡Estos pictos son más duros de matar que gatos! Mantendré una guardia de diez soldados vigilando día y noche para que nadie le baje antes de que muera. ¡Eh, Valerius, en honor de nuestro estimado vecino, el rey Bran Mak Morn, dale una copa de vino!

Un joven oficial se adelantó con una carcajada, sosteniendo una copa rebosante, y poniéndose de puntillas, la alzó hasta los labios resquebrajados del atormentado. Una roja ola de odio inextinguible ardió en los negros ojos; volviendo de lado la cabeza para no tocar

siquiera la copa, escupió de lleno en los ojos del joven romano. Con una maldición, Valerius lanzó la copa al suelo y, antes de que nadie pudiera detenerle, sacó la espada y la hundió en el cuerpo del hombre.

Sulla se levantó con una imperiosa exclamación de ira; el hombre llamado Partha Mac Othna se había sobresaltado violentamente, pero se mordió los labios y no dijo nada. Valerius parecía un tanto sorprendido de sí mismo mientras limpiaba abatido su espada. El acto había sido instintivo, ocasionado por el insulto al orgullo romano, la única cosa que no podía soportarse.

—¡Dadme vuestra espada, señor! —exclamó Sulla—. Centurión Publius, ponle bajo arresto. Unos cuantos días en una celda a pan rancio y agua os enseñarán a doblegar vuestro orgullo de patricio en los asuntos concernientes a la voluntad del imperio. Maldita sea, joven idiota, ¿no os dais cuenta de que no podríais haberle hecho don más bondadoso a ese perro? ¿Quién no desearía antes la muerte rápida por la espada que una lenta agonía en la cni2? Lleváoslo. Y tú, centurión, cuida de que los guardias permanezcan en la cruz para que nadie se lleve el cuerpo hasta que los cuervos picoteen sus huesos. Partha Mac Othna, voy a un banquete en casa de Demetrius... ¿No me acompañas?

El emisario meneó la cabeza, con los ojos clavados en la fláccida forma que colgaba de la cruz manchada de negro. No replicó nada. Sulla sonrió sarcásticamente y luego se levantó y se fue, seguido por su secretario, que llevaba ceremoniosamente el asiento dorado, y por los estólidos soldados con los que caminaba Valerius, la cabeza gacha.

El hombre llamado Partha Mac Othna se envolvió los hombros con un gran pliegue de su capa y se detuvo un momento para contemplar la tétrica cruz con su carga, oscuramente recortada contra el cielo carmesí, donde se amontonaban ya las nubes de la noche. Luego se alejó, seguido por su silencioso criado.

2

En una recámara de Eboracum, el hombre llamado Partha Mac Othna se paseaba como un tigre enjaulado. Sus pies calzados con sandalias no producían sonido alguno sobre las losas de mármol.

—¡Grom! —Se volvió hacia el contrahecho criado—. Bien sé por qué aferrabas tan fuertemente mis rodillas..., por qué musitabas pidiendo la ayuda de la Mujer-Luna... Temías que perdiera mi autocontrol y llevara a cabo algún loco intento de socorrer al pobre desgraciado. Por los dioses, creo que es lo que deseaba el perro romano... Sus perros de presa acorazados me vigilaban estrechamente, lo sé, y sus cebos eran más duros de soportar que de ordinario.

«¡Dioses negros y blancos, oscuridad y luz! —Agitó sus puños cerrados sobre su cabeza en el negro vendaval de su pasión—. ¡Que haya tenido que permanecer quieto y ver a un hombre de los míos clavado en una cruz romana, sin justicia y sin más juicio que aquella

farsa! ¡Negros dioses de R'lyeh, hasta a vosotros os invocaría para la ruina y destrucción de esos carniceros! Juro por los Innombrables que los hombres morirán aullando por eso, y que Roma chillara como una mujer que en la oscuridad pisa una víbora!

—El te conocía, amo —dijo Grom. El otro dejó caer la cabeza y se cubrió los ojos con un gesto de intenso dolor.

—Sus ojos me perseguirán cuando muera. Sí, me conocía, y casi hasta el final leí en sus ojos la esperanza de que podría ayudarle. Dioses y diablos, ¿matará Roma a mi gente bajo mis propios ojos? ¡Entonces no soy un rey sino un perro!

—¡No tan alto, por todos los dioses! —exclamó Grom, aterrado—. Si esos romanos sospecharan que eres Bran Mak Morn, te clavarían en una cruz al lado de esa otra.

—Lo sabrán pronto —respondió lúgubremente el rey—• Demasiado tiempo he permanecido aquí disfrazado como emisario, espiando a mis enemigos. Han creído jugar conmigo, estos romanos, enmascarando su desprecio y burla bajo sátiras corteses. Roma es cortés con los embajadores bárbaros, nos dan hermosas casas para habitar, nos ofrecen esclavos, apaciguan nuestras ansias con mujeres y oro, vino y juegos, pero todo el tiempo se ríen de nosotros; su misma cortesía es un insulto, y a veces, como hoy, su desprecio olvida toda contención. He penetrado sus celadas..., he permanecido imperturbablemente sereno y me he tragado sus estudiados insultos. Pero esto..., ¡por los diablos del Infierno, esto se halla más allá de la resistencia humana! Mi pueblo me observa; si les fallo, si le fallo siquiera a uno, hasta al más miserable de los míos, ¿quién les ayudará? ¿Hacia quién se volverán? ¡Por los dioses, responderé a las mofas de esos perros romanos con la negra lanza y el cortante acero!

—¿Y el jefe con las plumas? —Grom se refería al gobernador, y su voz gutural vibraba con la sed de sangre—. ¿Muere? De la nada hizo surgir una hoja de acero. Bran frunció el ceño.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Muere..., pero ¿cómo puedo llegar a él? De día tiene a sus guardias germanos a la espalda; de noche permanecen en su puerta y ventanas. Tiene muchos enemigos, tanto romanos como bárbaros. Muchos britanos le cortarían alegremente el cuello.

Grom aferró las vestiduras de Bran, tartamudeando al romperse los lazos de su inarticulada naturaleza bajo una feroz ansiedad.

—¡Déjame ir, amo! Mi vida no vale nada. ¡Le mataré en medio de sus guerreros!

Bran sonrió con fiereza y dio una palmada en el hombro del contrahecho gigante con tal fuerza que habría derribado a un hombre más débil.

—No, viejo perro guerrero. ¡Te necesito demasiado! No malgastarás tu vida inútilmente. Sulla te leería la intención en los ojos, y las jabalinas de sus teutones te atravesarían antes de que pudieras

alcanzarle. No será con un cuchillo en la oscuridad como matemos a ese romano, ni con el veneno en la copa ni con la lanza en la emboscada.

El rey se dio la vuelta y recorrió la habitación un momento, con la cabeza inclinada y pensativa. Lentamente sus ojos se nublaron con una idea tan temible que no la enunció siquiera en voz alta al guerrero que aguardaba.

—He llegado a cierta familiaridad con el laberinto de la política romana durante mi estancia en esta maldita desolación de barro y mármol —dijo—. Durante una guerra en el Muro, Titus Sulla, como gobernador de esta provincia, debe apresurarse a acudir con sus centurias. Pero este Sulla no lo hace; no es cobarde, pero hasta el más valiente evita ciertas cosas... Todo hombre, por bravo que sea, tiene su temor particular. Así que envía en su lugar a Caius Camillus, que en tiempos de paz patrulla los pantanos del oeste para que los britanos no ^ompan la frontera. Y Sulla ocupa su puesto en la Torre de Trajano...

Se volvió de golpe y aferró a Grom con dedos de acero.

—¡Grom, toma el corcel rojo y cabalga al norte! ¡No dejes crecer la hierba bajo los cascos del corcel! ¡Cabalga hasta Cormacna Connacht y dile que barra la frontera con la espada y la antorcha! Que sus feroces gaélicos se harten de carnicería. Tras un tiempo estaré con él. Pero durante cieno tiempo tengo asuntos en el oeste.

Los negros ojos de Grom brillaron, y su mano retorcida esbozó un gesto apasionado..., un movimiento instintivo de salvajismo.

Bran sacó un pesado sello de bronce de su túnica.

—Este es mi salvoconducto como emisario a las cortes de Roma —dijo severamente—. Te abrirá todas las puertas entre esta casa y Baaldor. Si algún oficial te hace demasiadas preguntas..., ¡toma!

Levantando la tapa de un pesado cofre reforzado con hierro, Bran extrajo una pesada bolsira de cuero que puso en las manos del guerrero.

—Cuando todas las llaves fallen en una puerta —dijo—, prueba una llave de oro. ¡Vete ahora!

No hubo despedida ceremoniosa entre el rey bárbaro y su bárbaro vasallo. Grom alzó el brazo en un gesto de saludo; luego, dando la vuelta, se apresuró a marcharse.

Bran caminó hasta una ventana provista de barrotes y contempló las calles iluminadas por la luna.

—Espera hasta que se oculte la luna —musitó con aspereza—. Entonces tomaré el camino hasta... ¡el Infierno! Pero antes de marchar tengo que pagar una deuda.

Hasta él llegó el cauteloso resonar de un casco sobre las losas.

—Con el salvoconducto y el oro, ni siquiera Roma puede detener a un salteador picto —musitó el rey—. Ahora dormiré hasta que se oculte la luna.

Con un gruñido hacia el friso marmóreo y las columnas estriadas, como símbolos de Roma, se dejó caer en un diván, del que hacía tiempo había arrancado impacientemente los cojines y las telas de seda,

demasiado suaves para su duro cuerpo. El odio y la negra pasión de la venganza hervían en él, pero se durmió al instante. La primera lección que había aprendido en su dura y amarga vida era dormir en cualquier momento que pudiera, como un lobo que roba sueño al tiempo mientras caza. Generalmente su dormir era tan ligero y carente de sueños como el de la pantera, pero aquella noche fue de otro modo.

Se hundió en las algodonosas profundidades grises del sueño y en un reino intemporal y nebuloso de sombras halló la alta y delgada figura del viejo Gonar, el de la blanca barba, el sacerdote de la luna, el gran consejero del rey. Bran permaneció boquiabierto, pues el rostro de Gonar era blanco como la nieve recién caída y se estremecía de dolor. Bien podía sorprenderse Bran, pues en todos los años de su vida nunca antes había visto a Gonar el Sabio mostrar signo alguno de miedo.

—¿Qué sucede, anciano? —preguntó el rey—. ¿Va todo bien en Baal-dor?

—Todo va bien en Baal-dor, donde mi cuerpo yace dormido —respondió el viejo Gonar—. Cruzando el vacío he venido a luchar contigo por tu alma. Rey, ¿te has vuelto loco, con esa idea que tienes en tu cerebro?

—Gonar —respondió Bran sombríamente—, hoy he tenido que ver, impotente, a uno de mis hombres morir en la cruz de Roma. No sé cuál era su nombre o su rango. No me importa. Podría haber sido un fiel guerrero desconocido, podría haber sido un bandido. Sólo sé que era mío. Los primeros olores que conoció fueron los del páramo; la primera luz que vio fue el amanecer en las colinas pictas. Me pertenecía a mí, no a Roma. Si el castigo era justo, entonces nadie sino yo debió impartirlo. Si debía ser juzgado, nadie sino yo debió ser su juez. La misma sangre fluía en nuestras venas; el mismo fuego enloquecía nuestros cerebros; oímos las mismas viejas historias en la infancia, y en la juventud cantamos las mismas viejas canciones. Estaba ligado a mi corazón, como lo está cada hombre, mujer y niño de las tierras pictas. ¡Era mío para protegerle! Y ahora es mío para vengarle.

—Pero Bran, en el nombre de los dioses —exclamó el brujo—, ¡toma tu venganza de otro modo! Vuelve al brezal..., reúne a tus guerreros..., únete con Cormac y sus gaélicos, y derrama un mar de sangre y llamas a lo largo del gran Muro...

—Todo eso lo haré —respondió inexorablemente Bran—. Pero ahora..., ahora..., ¡tendré una venganza como jamás soñó ningún romano! Ah, ¿qué saben de los misterios de esta vieja isla, que albergaba extraña vida mucho antes de que Roma se alzara de los pantanos del Tíber?

—-¡Bran, existen armas demasiado sucias para usarlas, incluso contra Roma!

Bran lanzó un ladrido, corto y seco como el de un chacal.

—-Ja! ¡No existe arma alguna que yo no usara contra Roma! Tengo la espalda contra la pared. Por la sangre de los demonios, ¿acaso Roma ha luchado limpio? ¡Bah! Soy un rey bárbaro con un

manto de piel de lobo y una corona de hierro, luchando con mi puñado de arcos y picas rotas contra la reina del mundo. ¿Qué tengo? ¡Las colinas de brezos, las chozas de caña, las lanzas de mis hombres con cabeza de chorlito! Y combato a Roma..., con sus legiones acorazadas, sus anchas y fértiles llanuras y ricos mares..., sus montañas, sus ríos y sus ciudades resplandecientes..., su riqueza, su acero, su oro, su dominio y su ira. La combatiré con el acero y el fuego..., con la sutileza y la traición..., con la espina en el pie, la víbora en el sendero, el veneno en la copa, la daga en la oscuridad... Sí—su voz se hundió sombríamente—, ¡y con los gusanos de la Tierra!

—¡Pero es una locura! —exclamó Gonar—. ¡Perecerás intentando lo que planeas! ¡Bajarás al Infierno y no volverás! ¿Qué será entonces de tu pueblo?

—Si no puedo servirles, es mejor que muera —gruñó el rey.

—Pero no puedes llegar a las criaturas que buscas —gritó Gonar—. Han vivido alejadas durante siglos incontables. No hay puerta alguna por la que puedas llegar a ellas. Mucho ha que cortaron los lazos que las unían al mundo que conocemos.

—Hace mucho —respondió Bran sombríamente— me dijiste que nada en el universo estaba separado de la corriente de la Vida..., una sentencia cuya verdad a menudo me ha parecido evidente. Ninguna raza, ninguna forma de vida deja de hallarse estrechamente unida, de algún modo, al resto de la Vida y del mundo. En algún lugar hay un débil eslabón conectando a esos que yo busco con el mundo que conozco. En algún lugar hay una Puerta. Y en algún lugar de los desolados pantanos del oeste la encontraré.

El horror más absoluto inundó los ojos de Gonar, que retrocedió gritando:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay de Pictdom! ¡Ay del rey nonato! ¡Ay, negra pena para los hijos del hombre!

Bran se despertó en una habitación ensombrecida; las estrellas brillaban en los barrotes de la ventana. La luna se había ocultado, aunque su resplandor brillaba aún débilmente sobre los tejados. El recuerdo de su sueño le hizo estremecer, y maldijo en voz baja.

Levantándose, se despojó de su capa y su manto, vistió una ligera cota de negra malla y se ciñó una espada y un puñal. Volviendo de nuevo al cofre reforzado con hierro levantó varias bolsas macizas y vació su tintineante contenido en la faltriquera de su cinturón. Luego, envolviéndose en su gran capa, abandonó silenciosamente la casa. No había sirvientes para espiarle... Había rehusado repetidamente las ofertas de esclavos que constituían la política de Roma para atender a los emisarios bárbaros. El deforme Grom había cuidado de todas las sencillas necesidades de Bran.

Los establos estaban delante del patio. Tras un momentáneo tantear en la oscuridad, puso su mano sobre el gran corcel, comprobando su

señal de identificación. Trabajando sin luz alguna, ensilló y puso rápidamente las riendas al gran animal y, guiándole, cruzó el patio hasta una sombría calle lateral. La luna se ocultaba, y la frontera de las sombras flotantes se ensanchaba a lo largo del muro occidental. El silencio yacía sobre los palacios de mármol y las casuchas de barro de Eboracum, bajo las frías estrellas.

Bran tocó la faltriquera en su cinto, cargada con el oro acuñado que llevaba el sello de Roma. Había venido a Eboracum fingiéndose emisario de Pictdom, para actuar como espía. Pero, siendo un bárbaro, no había sido capaz de interpretar su papel con tranquila dignidad y distante formalidad. Guardaba un recuerdo tumultuoso de festines salvajes donde el vino fluía de fuentes; de mujeres romanas de blancos senos que, hartas de amantes civilizados, contemplaban con agrado a un bárbaro viril; de juegos de gladiadores; y de otros juegos donde los dados chasqueaban y rodaban y altas pilas de oro cambiaban de manos. Había bebido mucho y jugado temerariamente, al modo de los bárbaros, y había tenido una notable racha de suerte, debida posiblemente a la indiferencia con que ganaba o perdía. Para el picto el oro era como polvo que fluía entre los dedos. En su tierra no era necesario. Pero había aprendido su poder dentro de las fronteras de la civilización.

Casi bajo la sombra del muro noroeste, vio alzarse ante él la gran torre de guardia que estaba conectada con el muro exterior, al que sobrepasaba. Una esquina de la fortaleza semejante a un castillo, más alejada del muro, servía como prisión. "ran dejó su caballo en un oscuro callejón, con las riendas colga^do en el suelo, y se adentró como un lobo al acecho entre las sombras de la fortaleza.

El joven oficial Valerias fue despertado de un sueño ligero e inquieto por un ruido sigiloso en los barrotes de la ventana. Se levantó a medias, maldiciendo quedamente mientras la débil luz de las estrellas que dibujaba los barrotes de la ventana caía sobre el desnudo suelo de piedra y le recordaba su desgracia. Bueno, en unos cuantos días saldría de allí, pensó; Sulla no sería demasiado severo con un hombre con tan altos contactos. Y entonces, ¡que algún hombre o mujer se morara de él! ¡Maldito fuera aquel picto insolente! Pero alto, pensó de pronto, recordando, ¿qué era el sonido que le había despertado?

—¡Psssst! —decía una voz desde la ventana. ¿Por qué tanto secreto? Mal podía ser un enemigo, pero... ¿por qué iba a ser un amigo? Valerius se levantó y cruzó su celda, acercándose a la ventana. En el exterior todo estaba medio a oscuras bajo la luz de las estrellas, y no pudo distinguir sino una forma sombría junto a la ventana.

—¿Quién eres?

Se acercó más a los barrotes, forzando sus ojos en la penumbra.

Su respuesta fue un rugido de risa lobuna y un largo destello metálico bajo las estrellas. Valerius se apartó tambaleándose de la ventana y se derrumbó al suelo, agarrándose el cuello, emitiendo un

horrible gorgoteo al intentar chillar. La sangre se derramaba entre sus dedos, formando alrededor de su cuerpo convulso un charco que reflejaba la tenue luz de las estrellas con un tono apagado y rojizo.

Bran se deslizó en el exterior como una sombra, sin detenerse a mirar en la celda. Un minuto más y los guardias aparecerían por la esquina siguiendo su rutina regular. Oía ya el paso mesurado de sus pies calzados de hierro. Antes de que se hicieran visibles se había desvanecido, y los guardias pasaron caminando impasibles ante las ventanas de la celda sin imaginar el cadáver que yacía en el suelo dentro de ella.

Bran cabalgó hasta la puerta pequeña del muro occidental, sin que le interpelara la soñolienta guardia. ¿Qué invasión extranjera podía temerse en Eboracum? Además, algunos bandidos bien organizados y ladrones de mujeres hacían provechoso para los centinelas el no ser demasiado vigilantes. Sin embargo, el solitario guardia de la puerta occidental —sus compañeros yacían borrachos en un burdel cercano— levantó su lanza y le masculló un alto a Bran y que se identificara. El picto se le acercó silenciosamente a caballo. Enmascarado en la oscura capa, le pareció al romano tenue y confuso, y sólo fue consciente del resplandor de sus fríos ojos en la penumbra. Pero Bran alzó la mano a la luz de las estrellas y el soldado percibió el resplandor del oro; en la otra mano vio brillar un largo puñal. El soldado entendió, y no vaciló entre la elección de ser sobornado con oro o luchar a muerte con aquel jinete desconocido que aparentemente era un bárbaro de alguna especie. Con un gruñido bajó su lanza y abrió la puerta. Bran la cruzó al galope, arrojando un puñado de monedas al romano. Cayeron a sus pies en una lluvia dorada, tintineando contra las losas. Se agachó lleno de apresurada codicia a cogerlas y Bran Mak Morn cabalgó hacia el oeste como un espectro volando en la noche.

3

Bran Mak Morn llegó a los sombríos pantanos del oeste. Un viento frío soplaba a través de la oscura desolación, y unas cuantas garzas aleteaban pesadamente en el cielo gris. Los largos juncos y la hierba del pantano ondulaban como un quebrado oleaje, y entre la desolación de las tierras baldías algunos lagos inmóviles reflejaban la luz apagada. Aquí y allá se alzaban montecillos curiosamente regulares por encima del nivel general, y contra el sombrío cielo Bran vio una lúgubre hilera de monolitos... Menhires. ¿Qué manos sin nombre los habían levantado?

Como una tenue raya azul hacia el oeste se divisaban las colinas que, más allá del horizonte, se convertían en las agrestes montañas de Gales, donde moraban aún salvajes tribus célticas..., feroces hombres de ojos azules que no conocían el yugo de Roma. Una hilera de torres de vigilancia fuertemente guarnecidas les mantenía a raya. Incluso

ahora, muy lejos en los páramos, Bran distinguió la inexpugnable fortaleza que los hombres llamaban la Torre de Trajano.

Aquellas extensiones desnudas parecían la triste culminación de la desolación, pero no carecían totalmente de vida humana. Bran encontró a los silenciosos hombres de los pantanos, reticentes, oscuros de ojos y cabellera, hablando una lengua extrañamente mezclada cuyos elementos, largo tiempo revueltos, habían olvidado sus originales fuentes separadas. Bran reconoció en esa gente cierto parentesco consigo mismo, pero les contempló con el desprecio del patricio de sangre pura hacia los hombres fruto del mestizaje.

No era que la gente común de Caledonia fuera totalmente de sangre pura; sus cuerpos rechonchos y miembros macizos provenían de una primitiva raza teutónica que se había abierto paso hasta la punta norte de la isla incluso antes de que la conquista celta de Inglaterra fuera completada, y había sido absorbida por los pictos. Pero los jefes del pueblo de Bran habían guardado su sangre de impurezas extranjeras desde los albores del tiempo, y él en persona era un picto de puro linaje de la Vieja Raza. Pero estos hombres de los pantanos, arrollados repetidamente por los conquistadores britanos, gaélicos y romanos, habían asimilado sangre de cada uno de ellos, y en el proceso casi habían olvidado su lengua y linaje originales.

Pues Bran provenía de una raza muy vieja, que se había extendido sobre la Europa occidental en un vasto Imperio Oscuro, antes de la llegada de los arios, cuando los antepasados de los celtas, los helenos y los germanos eran un solo pueblo original, antes de los días en que las tribus se dividieron y emigraron hacia el oeste.

Sólo en Caledonia, rumiaba Bran, había resistido su pueblo la inundación de la conquista aria. Había oído hablar de un pueblo picto llamado vascos, que en los barrancos de los Pirineos se llamaba a sí mismo raza invicta; pero sabía que habían pagado tributo durante siglos a los antepasados de los gaélicos, antes de que esos conquistadores célticos abandonaran su reino montañoso y pusieran vela hacia Irlanda. Sólo los pictos de Caledonia habían permanecido libres, y se habían dispersado en pequeñas tribus enemistadas... El era el primer rey reconocido en quinientos años..., el principio de una nueva dinastía... No, la resurrección de una vieja dinastía bajo un nuevo nombre. Entre los mismos dientes de Roma soñaba con un imperio.

Vagó por los pantanos, buscando una Puerta. Nada dijo de su búsqueda a los habitantes de los pantanos, de ojos oscuros. Le dieron noticias que iban de boca en boca..., la historia de una guerra en el norte, el ruido de las gaitas de guerra a lo largo del Muro azotado por los vientos, de ruegos de reunión en los brezales, de llamas y humo, de rapiña y de espadas gaélicas saciándose en el mar escarlata de la masacre. Las águilas de las legiones se movían hacia el norte, y la vieja ruta resonaba bajo el paso mesurado de los pies calzados de hierro. Y Bran, en los pantanos del oeste, rió complacido.

En Eboracum, Titus Sulla mandó en secreto que se buscara al emisario picto con nombre gaélico que había estado bajo sospecha, y que se había esfumado la noche en que el joven Valerius fue hallado muerto en su celda con el cuello abierto. Sulla sentía que la repentina llamarada de la guerra en el Muro estaba estrechamente conectada con su ejecución de un criminal picto condenado, y puso a trabajar a su red de espías, aunque estaba seguro de que Partha Mac Othna se hallaba en aquellos momentos muy lejos de su alcance. Se preparó a marchar de Eboracum, pero no acompañó a la considerable fuerza de legionarios que mandó al norte. Sulla era un hombre valiente, pero cada hombre tiene su propio temor oculto, y el de Sulla era Cormacna Connacht, el príncipe de negra cabellera de los gaélicos, que había jurado arrancarle el corazón al gobernador y comérselo crudo. Así que Sulla cabalgó con su omnipresente cuerpo de guardia hacia el oeste, donde se hallaba la Torre de Trajano, en unión de su belicoso comandante, Caius Camillus, al que nada alegraba más que tomar el sitio de su superior cuando las rojas olas de la guerra se estrellaban a los pies del Muro. Una política sinuosa, pero el legado de Roma rara vez visitaba aquella isla lejana, y con su riqueza e intrigas, Titus Sulla era el mayor poder de Inglaterra.

Bran, sabiendo todo esto, aguardaba pacientemente su llegada, en la choza abandonada que había tomado como vivienda.

Un atardecer grisáceo cruzó a pie los pantanos, una austera figura, oscuramente recortada contra el apagado fuego escarlata del crepúsculo. Sentía la increíble antigüedad de la tierra que dormitaba, mientras caminaba como el último hombre el día después del fin del mundo... Pero al fin vio una muestra de vida humana..., una miserable choza de barro y juncos, oculta en el seno de los cañaverales del pantano.

Una mujer le saludó desde la puerta abierta, y los sombríos ojos de Bran se entrecerraron con una oscura sospecha. La mujer no era vieja, pero la maligna sabiduría de las eras se hallaba en sus ojos; sus vestidos eran escasos y miserables, sus negros rizos enredados y descuidados, dándole un aspecto de salvajismo bien acorde con sus desagradables alrededores. Sus labios rojos reían, pero no había alegría en su risa, sólo un atisbo de burla, y bajo los labios sus dientes aparecían agudos y afilados como colmillos.

—¡Entrad, señor! —dijo—. Si no teméis compartir un techo con la bruja del páramo de Dagón...

Bran entró silencioso, y tomó asiento en un banco roto mientras la mujer se atareaba con el parco guiso que se cocía sobre un fuego en el escuálido hogar. Estudió sus movimientos flexibles, casi serpentinos, las orejas prácticamente puntiagudas, los ojos amarillos curiosamente oblicuos.

—¿Qué buscas en los pantanos, mi señor? —preguntó, volviéndose hacia él con un flexible giro de todo su cuerpo.

—Busco una Puerta —respondió él, la mejilla apoyada en el puño—. ¡He de cantarle una canción a los gusanos de la Tierra!

Ella se enderezó de golpe, y una tinaja cayó de sus manos para hacerse añicos en el suelo.

—Feas palabras, incluso pronunciadas en chanza —tartamudeó.

—No hablo para bromear, sino a propósito —respondió él. Ella meneó la cabeza.

—No sé a qué os referís.

—Bien que lo sabéis —replicó él—. ¡Cierto, bien que lo sabéis! Mi raza es muy vieja... Reinaron en Inglaterra antes de que las naciones de los celtas y los helenos nacieran del útero de los pueblos. Pero mi gente no fue la primera en Inglaterra. Por las pecas de tu piel, por tus ojos oblicuos, por la sangre de tus venas, hablo sabiendo lo que digo y queriéndolo decir.

Ella permaneció silenciosa un rato, los labios sonrientes pero el rostro inescrutable.

—¿Estás loco acaso? —preguntó—. ¿Acaso en tu locura vienes buscando aquello de lo que los hombres más bravos huyeron aullando en tiempos antiguos?

—Busco una venganza —respondió él— que sólo puede ser cumplida por Aquellos a los que busco. Ella meneó la cabeza.

—Has prestado oídos al canto de un pájaro; has soñado sueños vacíos.

—He oído el siseo de una víbora —gruñó él—, y no sueño. Basta de tejer palabras. He venido buscando el eslabón entre dos mundos; y lo he encontrado.

—No he de mentirte más, hombre del none —respondió la mujer—. Los que buscas moran bajo las colinas dormidas. Se han apartado, más y más lejos del mundo que conoces.

—Pero siguen aventurándose en la noche para capturar mujeres perdidas en los páramos —dijo él, contemplando sus ojos oblicuos.

Ella rió perversamente.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me lleves a Ellos.

Ella echó atrás la cabeza riendo despectivamente. La mano izquierda de Bran se cerró como si fuera de hierro sobre la pechera del miserable vestido de la mujer, y la derecha aferró el puñal. Ella se le rió en la cara.

—¡Golpea y te condenarás, mi lobo del norte! ¿Acaso crees que mi vida es tan dulce como para que me aferré a ella, igual que el recién nacido al pecho?

Bran apartó la mano.

—Tienes razón. Amenazar es estúpido. Compraré tu ayuda.

—¿Cómo?

La voz sonriente zumbaba con irrisión. Bran abrió su faltriquera y derramó en su palma abierta un torrente de oro.

—Más riqueza de la que nunca soñaron los hombres de los pantanos.

Ella rió de nuevo.

—¿Qué es para mí ese metal oxidado? ¡Guárdalo para alguna romana de blancos senos que jugará a traicionar por ti!

—¡Dime un precio!—la urgió él—.La cabeza de un enemigo...

—Por la sangre de mis venas, con su herencia de odio antiguo, ¿quién es mi enemigo sino tú?

Rió y, saltando, le golpeó como una gata. Pero su daga se hizo pedazos en la cota de malla bajo la capa, y él la rechazó con un despectivo giro de la muñeca que la arrojó sobre el lecho cubierto de hierba. Tendida allí, ella se rió de él nuevamente.

—¡Te diré el precio, lobo mío, y puede que en días venideros maldigas la armadura que rompió la daga de Aria! —Se levantó y se le acercó, aferrando ferozmente la capa de Bran con sus manos inquietantemente largas—. ¡Te lo diré, Bran el Negro, rey de Caledonia! ¡Oh, sí, te conocí cuando llegaste a mi choza con tu negra cabellera y tus fríos ojos! Te conduciré a las puertas del Infierno si lo deseas..., ¡y el precio será los besos de un rey!

»¿Qué ha sido de mi vida, destrozada y amarga?... Los hombres me aborrecen y me temen. ¡No he conocido el amor de los hombres, el abrazo de un brazo fornido, el aguijón de los besos de hombre, yo, Ada, la mujer-bestia de los páramos! ¿Qué he conocido salvo el solitario viento de los pantanos, el horrendo fuego de los fríos crepúsculos, el susurrar de las hierbas de los pantanos?... Los rostros que me hacen guiños en las aguas de las lagunas, la pisada de la noche..., cosas en las tinieblas, el destello de ojos rojizos, el horrible murmullo de criaturas innombrables en la noche...

»¡A1 menos, soy medio humana! ¿Acaso no he conocido la pena, el ansia y el dolor sollozante, y el terrible desgarro de la soledad? Dámelos, rey..., dame tus besos feroces y tu doloroso abrazo de bárbaro. Luego, en los largos años venideros, no llegaré a roer mi corazón en la vana envidia de las mujeres de blancos senos, pues tendré un recuerdo del que pocas pueden alardear... ¡Los besos de un rey! ¡Una noche de amor, oh rey, y te guiaré a las puertas del Infierno!

Bran la contempló sombríamente; tendió la mano y le aferró el brazo con sus dedos de hierro. Un estremecimiento involuntario le sacudió al contacto de su piel resbaladiza. Asintió llenamente y, atrayéndola hacia sí, inclinó la cabeza para encontrar los labios que se le ofrecían.

4

Las frías neblinas grises del alba envolvían al rey Bran como una capa empapada. Se volvió hacia la mujer, cuyos ojos oblicuos brillaban en la penumbra grisácea.

—Cumple tu parte del trato —dijo ásperamente—. Busco un eslabón entre los mundos, y lo he hallado en ti. Busco lo único que es sagrado para Ellos. Será la Llave que abra la Puerta que yace invisible entre Ellos y yo. Dime cómo puedo alcanzarla.

—Lo haré. —Los rojos labios sonrieron de un modo terrible—. Ve al montículo que los hombres llaman el Túmulo de Dagón. Aparta la piedra que bloquea la entrada y desciende al interior de la bóveda. El suelo de la cámara está hecho de siete grandes piedras, seis agrupadas alrededor de la séptima. Levanta la piedra del centro... ¡y lo verás!

—¿Encontraré la Piedra Negra? —preguntó él.

—El Túmulo de Dagón es la puerta a la Piedra Negra —respondió ella—, si osas seguir el Camino.

—¿Estará bien guardado el Símbolo? Inconscientemente, aflojó la hoja en su vaina. Los rojos labios se curvaron burlonamente.

—Si encuentras a alguien en el Camino, morirás como ningún mortal ha muerto en muchos siglos. La Piedra no está guardada como los hombres guardan sus tesoros. ¿Por qué iban a guardar lo que ningún hombre ha buscado jamás? Quizás Ellos estarán cerca, quizá no. Es un riesgo que debes correr, si deseas la Piedra. ¡Cuidado, rey de Pictdom! Recuerda que fue tu gente quien, hace tanto tiempo, cortó la hebra que les unía a la vida humana. Entonces eran casi humanos... Cubrían la tierra y conocían la luz del sol. Ahora se han apartado. No conocen la luz del sol y rehuyen la de la luna. Odian incluso a las estrellas. Muy, muy lejos se han apartado quienes en tiempos pudieron ser hombres, salvo por las lanzas de sus antepasados.

El cielo estaba cubierto de una neblina grisácea, a través de la cual el sol brillaba amarillo y frío, cuando Bran llegó al Túmulo de Dagón, una colina redondeada cubierta de una hierba rala y de apariencia curiosamente fungoide. Al este del montículo aparecía la entrada de un túnel de piedra toscamente construido, que evidentemente penetraba hasta la tumba. Bran aferró los bordes afilados y puso a prueba toda su fuerza. La piedra aguantó. Sacó la espada y metió la hoja entre el borde de la abertura y la piedra que la bloqueaba. Usando la espada como palanca, trabajó cuidadosamente y consiguió aflojar la gran piedra y apartarla a un lado. Un repugnante olor a matadero surgió de la abertura, y la tenue luz del sol pareció no tanto iluminar la cavernosa entrada como ser contaminada por la rancia oscuridad que se aferraba a ella.

Espada en mano, dispuesto a no sabía qué, Bran tanteó su camino en el túnel, que era largo y estrecho, construido con Piedras fuertemente unidas, y demasiado bajo para permanecer de pie. O sus ojos se acostumbraron de algún modo a las tinieblas, o la oscuridad, después de todo, era en cierto modo lluminada por la luz del sol que se filtraba a través de la entrada. De cualquier modo, llegó a una cámara baja y redondeada y logró distinguir su contorno general, en forma de cúpula.

Allí, sin duda, habían reposado en tiempos antiguos los huesos de aquel por el que se habían unido las piedras de la tumba y se había amontonado sobre ellas la tierra; pero ahora de esos huesos no quedaba vestigio alguno en el suelo de piedra. Inclinándose muy cerca y forzando los ojos, Bran distinguió la extraña y sorprendentemente regular forma de aquel suelo: seis losas bien cortadas agrupadas alrededor de una séptima piedra de seis lados.

Introdujo la punta de su espada en una grieta y presionó cuidadosamente. El borde de la piedra central se inclinó ligeramente hacia arriba. Con algo de trabajo la levantó, dejándola apoyada contra el curvado muro. Forzando los ojos, vio sólo la bostezante oscuridad de un pozo negro, con pequeños y gastados escalones que llevaban hacia abajo hasta perderse de vista. No vaciló. Aunque la piel entre sus omoplatos se estremecía, se descolgó en el abismo y sintió como la pegajosa oscuridad le tragaba.

Tanteando hacia abajo, dejó resbalar los pies tropezando en escalones demasiado pequeños para pies humanos. Haciendo fuerza con una mano en la pared del pozo, recobró el equilibrio, temiendo una caída en abismos ignotos y oscuros. Los peldaños estaban tallados en la roca sólida, aunque se hallaban muy desgastados. A medida que avanzaba, menos parecidos a peldaños eran, y más semejantes a meros bultos de piedra gastada. Entonces la dirección del pozo cambió abruptamente. Seguía conduciendo hacia abajo, pero con una leve inclinación por la que podía andar, los codos apretados contra los estrechos costados, la cabeza inclinada bajo el techo curvado. Los peldaños habían desaparecido por completo, y la piedra era resbaladiza al tacto, como la morada de una serpiente. ¿Qué criaturas se habían deslizado por aquel abrupto pozo, se preguntó Bran, y durante cuántos siglos?

El túnel se estrechó hasta que Bran encontró bastante difícil recorrerlo. Se tendió de espaldas y se impulsó con las manos, los pies por delante. Sabía pese a todo que se hundía más y más en las mismas entrañas de la Tierra; no osaba imaginar a cuánta profundidad se hallaba. Entonces, más adelante, un tenue fuego fatuo tino la negrura abismal. Sonrió salvajemente, sin alegría alguna. Si Aquellos a los que buscaba caían de pronto sobre él, ¿cómo podría luchar en aquel estrecho pozo? Pero había abandonado todo miedo personal cuando inició su búsqueda infernal. Siguió arrastrándose, sin pensar en nada salvo en su objetivo.

Por fin llegó a un vasto espacio donde pudo ponerse en pie. No podía ver el techo, pero tuvo una impresión de enormidad mareante. La oscuridad reinaba en todas direcciones, y detrás de él pudo ver la entrada al pozo del que acababa de salir..., un pozo de negrura en la oscuridad. Y frente a él, una extraña y horrenda radiación brillaba alrededor de un austero altar hecho de cráneos humanos. No pudo

determinar la fuente de esa luz, pero en el altar reposaba un objeto lúgubre y negro como la noche..., ¡la Piedra Negra!

Bran no perdió tiempo dando gracias porque los guardianes de la horrenda reliquia no se hallaran en las proximidades. Cogió la Piedra y, aterrándola bajo su brazo izquierdo, se arrastró nuevamente hacia el pozo. Cuando un hombre le da la espalda al peligro, su pegajosa amenaza acecha con mayor horror que cuando avanza de frente hacia él. Así, Bran, arrastrándose de regreso por el ensombrecido pozo con su espantoso trofeo, sintió la oscuridad caer sobre él y deslizarse a sus espaldas, sonriendo con colmillos goteantes. Un sudor pegajoso perló su carne, y se apresuró hasta el límite de sus fuerzas, tendiendo el oído hacia cualquier sonido sigiloso que delatara a formas repugnantes pisándole los talones. Se estremeció convulsivamente a su pesar, y el vello de su nuca se erizó como si a su espalda soplara un viento frío.

Cuando llegó al primero de los diminutos peldaños sintió como si hubiera ganado las fronteras exteriores del mundo mortal. Ascendió por ellos, tropezando y resbalando, y con un profundo suspiro de alivio, llegó a la tumba, cuya espectral grisura parecía la luz del mediodía en comparación con las profundidades estigias que acababa de atravesar. Volvió a colocar la piedra central y salió a la luz del día y al exterior, y nunca agradeció tanto la fría luz amarilla del sol que expulsaba las sombras de las negras pesadillas aladas de miedo y locura que parecían haberle dominado al salir de las negras profundidades. Empujó la gran piedra que bloqueaba la entrada, poniéndola de nuevo en su sitio, y recogiendo la capa que había dejado a la boca de la tumba, envolvió en ella la Piedra Negra y se alejó presuroso, estremeciéndole el alma una profunda revulsión y repugnancia que daba alas a sus pasos.

Un silencio gris pesaba sobre la tierra. Estaba tan desolada como el lado ciego de la luna; pero con todo, Bran sentía las potencialidades de la vida..., bajo sus pies, en la tierra marrón..., durmiendo. Mas ¿cuan pronto se despertaría, y de qué horrendo modo?

Llegó a la inmóvil y profunda laguna llamada Laguna de Dagón tras cruzar los altos cañaverales que la ocultaban. Ni la más leve ondulación estremecía la fría agua azul para delatar al horrible monstruo que según la leyenda habitaba en las profundidades. Bran examinó atentamente el silencioso paisaje. No vio señal alguna de vida, humana o inhumana. Buscó los instintos de su alma salvaje para saber si algún ojo invisible clavaba su mirada letal sobre él, y no halló ninguna respuesta. Estaba tan solo como si fuera el último hombre de la Tierra.

Desenvolvió rápidamente la Piedra Negra y, mientras descansaba en sus manos como una masa sólida y taciturna de oscuridad, se abstuvo de intentar descifrar el secreto de su material o examinar los crípticos caracteres tallados en ella. Sopesándola en sus manos y calculando la distancia, la arrojó bien lejos, de modo que cayese casi exactamente en mitad del lago. Un chapoteo apagado, y las aguas se cerraron sobre ella.

Hubo un instante de reflejos centelleantes en el seno del lago; luego la superficie azul se extendió de nuevo plácida y lisa.

La mujer-bestia se volvió con celeridad cuando Bran se acercó a su puerta. Sus ojos oblicuos se agrandaron.

—¡Tú! ¡Y vivo! ¡Y cuerdo!

—He estado en el Infierno y he regresado —gruñó él—. Es más, tengo lo que buscaba.

—¿La Piedra Negra? —exclamó ella—. ¿Osaste realmente robarla? ¿Dónde está?

—No importa; pero la noche pasada mi caballo relinchó en su establo, y oí aplastarse algo bajo sus cascos que no era la pared del establo... Y había sangre en sus cascos cuando fui a ver, y sangre en el suelo del establo. Y he oído sonidos sigilosos en la noche, y ruidos bajo mi suelo, como de gusanos que se enterraran profundamente en la Tierra. Saben que he robado su Piedra. ¿Me has traicionado?

Ella meneó la cabeza.

—Guardo tu secreto; no precisan de mi palabra para conocerte. Cuanto más se han retirado del mundo de los hombres, mayores se han hecho sus poderes en otras formas increíbles. Algún día tu choza estará vacía, y si los hombres se atreven a investigar no encontrarán nada..., excepto fragmentos de tierra en el polvo del suelo.

Bran sonrió de un modo terrible.

—No he planeado tanto y me he afanado de tal modo para caer presa de las garras de esa carroña. Si Ellos me atacan por la noche, nunca sabrán qué ha sido de su ídolo..., o lo que sea para Ellos. Hablaría con Ellos.

—¿Te atreves a venir conmigo y encontrarte con Ellos en la noche? —preguntó ella.

—¡Por el trueno de los dioses! —gruñó él—. ¿Quién eres tú para preguntarme si me atrevo? Condúceme a Ellos y deja que esta noche intente conseguir una venganza. La hora de la retribución se aproxima. En el día de hoy veo yelmos plateados y escudos brillantes relucir en los pantanos... El nuevo comandante ha llegado a la Torre de Trajano, y Caius Camillus ha marchado hacia el Muro.

Esa noche el rey fue a la oscura desolación de los páramos con la silenciosa mujer-bestia. La noche era negra y quieta como si la Tierra yaciera bajo un sopor antiguo. Las estrellas parpadeaban borrosas, meros puntos rojos luchando a través de las calladas tinieblas. Su brillo era más débil que el resplandor en los ojos de la mujer que se deslizaba junto al rey. Extrañas ideas sacudían a Bran, vagas, titánicas, primigenias. Esa noche se agitaban en su alma lazos ancestrales con aquellos pantanos soñolientos, y le turbaban con las formas

fantasmales, veladas por los eones, de sueños monstruosos. La vasta edad de su raza le agobiaba; donde ahora caminaba él como forajido y extraño, habían reinado en viejos tiempos reyes de ojos oscuros del mismo linaje que él. Al lado de su gente, los invasores celtas y romanos eran como extraños para aquella vieja isla. Pero también su raza había sido invasora, y había una raza más vieja que la suya..., una raza cuyos inicios se perdían escondidos entre el oscuro olvido de la antigüedad.

Ante ellos se alzaba una hilera de pequeñas colinas, que 'orinaban la extremidad más oriental de las extensas cordilleras que en la lejanía se alzaban finalmente en las montañas de Gales. La mujer tomó un camino que podría haber sido un sendero de ovejas y se detuvo ante una gran caverna que parecía bostezar negramente.

—¡Una puerta hacia aquellos a los que buscas, oh rey! —Su carcajada resonó llena de odio en las tinieblas—. ¿Osas entrar?

Los dedos de Bran se cerraron en los revueltos rizos de ella y la sacudió ferozmente.

—Pregúntame una vez más si me atrevo —rechinó—, ¡y tu cabeza y tus hombros dejarán de estar juntos! Guíame.

La risa de la mujer era como un veneno dulce y mortífero. Entraron en la cueva y Bran hizo entrechocar el pedernal y el eslabón. El destello de la yesca le mostró una caverna amplia y polvorienta, de cuyo techo pendían racimos de murciélagos. Encendió una antorcha, la levantó, y examinó las sombrías extensiones; no vio nada salvo polvo y vacío.

—¿Dónde están? —gruñó.

Ella le indicó el fondo de la caverna y se apoyó contra el áspero muro, como por casualidad. Pero los agudos ojos del rey captaron el movimiento de su mano apretando fuertemente un saliente. Retrocedió de un salto al abrirse de pronto un pozo negro y redondo a sus pies. De nuevo la risa de la mujer le hirió como un afilado cuchillo plateado. Acercó la antorcha a la abertura y otra vez vio peldaños desgastados que conducían hacia abajo.

—No necesitan esos peldaños —dijo Atia—. En tiempos los necesitaron, antes de que tu gente les arrojara a la oscuridad. Pero tú los necesitarás.

Puso la antorcha en un hueco encima del pozo; arrojaba una tenue luz rojiza a la oscuridad inferior. Le señaló el pozo y Bran aflojó la espada y entró en él. Mientras bajaba, penetrando en el misterio de la oscuridad, la luz por encima de él se desvaneció, y pensó por un instante que Arla había vuelto a cubrir la abertura. Luego se dio cuenta de que ella descendía tras él.

El descenso no fue largo. De pronto Bran sintió que sus pies tocaban suelo sólido. Ada se descolgó a su lado y permaneció dentro del tenue círculo de luz. Bran no podía ver los límites del lugar al que había llegado.

—Muchas cuevas en estas colinas —dijo Ada, cuya voz sonaba baja y extrañamente frágil en aquella vastedad— no son sino puertas a cuevas más grandes que se hallan debajo, al igual que las palabras y los actos de un hombre son sólo pequeñas indicaciones de las oscuras cavernas de turbio pensamiento que se hallan detrás y debajo de ellos.

De pronto Bran fue consciente de un movimiento en las tinieblas. La oscuridad se llenó de ruidos cautelosos que no eran como los hechos por pie humano alguno. Empezaron a destellar de pronto pequeñas chispas que flotaron en la oscuridad, como luciérnagas que parpadeaban. Se acercaron más, hasta que les rodearon en una amplia media luna. Y más allá del anillo brillaban otras chispas, todo un mar de ellas, desvaneciéndose a lo lejos en las tinieblas hasta que las más distantes no eran sino meros alfileres de luz. Y Bran supo que eran los ojos oblicuos de los seres que se le habían aproximado en número tal que su mente se tambaleaba al imaginarlo... y ante la vastedad de la caverna.

Enfrentado ahora a sus viejos enemigos, Bran no tuvo miedo. Sentía las oleadas de terrible amenaza emanando de ellos, el odio horrible, la amenaza inhumana acechando al cuerpo, la mente y el alma. Entendió el horror de su situación mejor que un miembro de una raza menos antigua, pero no sintió miedo, aunque se enfrentaba al Horror definitivo de los sueños y leyendas de su raza. Su sangre fluía ferozmente, pero era con la cálida excitación del riesgo, no impulsada por el terror.

—Saben que tienes la Piedra, oh rey —dijo Atia, y aunque él sabía que la mujer tenía miedo, aunque sentía sus esfuerzos físicos para controlar sus miembros temblorosos, no había estremecimiento alguno de miedo en su voz—. Te hallas en peligro mortal; conocen tu estirpe de antiguo... Recuerdan los días en que sus antepasados eran hombres... No puedo salvarte; ambos moriremos como ningún humano ha muerto en diez siglos. Habíales, si quieres; pueden entender tu lenguaje, aunque puede que tú no entiendas el suyo. Pero no servirá de nada... Eres un ser humano... y un picto.

Bran rió, y el círculo de fuego que se estrechaba retrocedió ante el salvajismo de su carcajada. Sacando su espada con un rechinar de acero que helaba el alma, se puso con la espalda contra lo que esperaba fuera un sólido muro de piedra. Enfrentando los ojos destellantes con la espada aferrada en la diestra V la daga en la siniestra, rió como gruñe un lobo sediento de sangre.

—¡Cierto! —gruñó—. Soy un picto, el hijo de aquellos guerreros que empujaron ante ellos a vuestros bestiales antepasados como briznas ante la tormenta. Que inundaron la tierra con vuestra sangre y amontonaron vuestros cráneos como sacrificio a la Mujer-Luna. Vosotros, que en tiempos antiguos huísteis ante mi raza, ¿osáis ahora gruñir ante vuestro amo? ¡Caed sobre mí como una inundación, si os atrevéis! ¡Antes de que vuestros colmillos de víbora beban mi vida segaré a multitud de vosotros como a cebada madura! ¡Con vuestras

cabezas cercenadas haré una torre, y con vuestros cuerpos mutilados alzaré un muro! ¡Perros de la oscuridad, carroña del Infierno, gusanos de la Tierra, avanzad y probad mi acero! ¡Cuando la Muerte me halle en esta oscura caverna, quienes vivan de vosotros aullarán por las veintenas de vuestros muertos, y vuestra Piedra Negra estará perdida para siempre, pues sólo yo sé dónde está escondida, y ni todas las torturas de todos los Infiernos podrán arrancar el secreto de mis labios!

Siguió después un tenso silencio. Bran se enfrentó a la oscuridad constelada de fuegos, como un lobo acorralado, esperando la carga; a su lado la mujer se encogió, con los ojos llameantes. Entonces, del anillo silencioso que flotaba más allá de la tenue luz de la antorcha se alzó un vago y aborrecible murmullo. Dioses, ¿era eso el lenguaje de criaturas que una vez se habían llamado hombres?

Ada se enderezó, escuchando atentamente. De sus labios surgieron las mismas sibilaciones suaves y horribles, y Bran, aunque conocía ya el espantoso secreto de su ser, supo que nunca volvería a tocarla sin que se le estremeciera el alma de asco.

Atia se volvió hacia él; una extraña sonrisa curvaba sus rojos labios levemente bajo la luz fantasmal.

—¡Te tienen miedo, oh rey! Por los negros secretos de R'lyeh, ¿quién eres tú que hasta el propio Infierno tiembla ante ti? No tu acero, sino la desnuda ferocidad de tu alma ha creado un miedo desusado en sus extrañas mentes. Comprarán la Piedra Negra a cualquier precio.

—Bien. —Bran enfundó sus armas—. Han de prometerme no molestarte a causa de la ayuda que me has prestado. —Su voz era como el ronroneo de un tigre de caza—. Y entregaran en mis manos a Titus Sulla, gobernador de Eboracum, ahora al mando de la Torre de Trajano. Eso Ellos pueden hacerlo..;
Cómo, no lo sé. Pero sé que en los viejos días, cuando tu pueblo guerreaba con estos Hijos de la Noche, los infantes desaparecían de chozas vigiladas y nadie veía ir o venir a los ladrones. ¿Entienden?

De nuevo se alzaron los tenues y espantosos sonidos, y Bran, que no temía su ira, se estremeció ante sus voces.

—Entienden —dijo Ada—. Lleva la Piedra Negra al Anillo de Dagón mañana por la noche, cuando la Tierra se halle velada con la negrura que precede al amanecer. Deja la Piedra en el altar. Allí llevarán Ellos a Titus Sulla para ti. Confía en Ellos; no han interferido en los asuntos humanos durante muchos siglos, pero mantendrán su palabra.

Bran asintió y, dándose la vuelta, trepó la escalera con Atia siguiéndole de cerca. Una vez en la cima se volvió y miró abajo nuevamente. Hasta donde podía ver flotaba un destellante océano de ojos amarillos vueltos hacia arriba. Pero los poseedores de aquellos ojos se mantenían cuidadosamente más allá del tenue círculo de luz de la antorcha, y nada pudo ver de sus cuerpos. Su lenguaje apagado y siseante ascendió hasta él, y se estremeció mientras su imaginación

visualizaba, no una multitud de criaturas bípedas, sino un enjambre, una revuelta miríada de serpientes, contemplándole con sus ojos brillantes que no pestañeaban.

Se izó a la caverna superior y Ada puso de nuevo en su lugar la piedra que cerraba la entrada. Encajó en el pozo con increíble precisión; Bran fue incapaz de discernir grieta alguna en el suelo aparentemente sólido de la caverna. Ada hizo un gesto para apagar la antorcha, pero el rey la detuvo.

—Mantenía así hasta que estemos fuera de la cueva —gruñó—. Podríamos pisar una víbora en la oscuridad.

La risa dulzona y llena de odio de Ada se alzó enloquecedoramente en las tinieblas parpadeantes.

6

No mucho antes del ocaso Bran volvió de nuevo a la orilla cubierta de cañaverales de la Laguna de Dagón. Dejando en e1 suelo la capa y el cinto de la espada, se quitó las polainas as cuero. Luego, con la daga entre los dientes, entró en el agua con la fluida facilidad de una foca que se zambulle. Nadando con fuerza, llegó al centro del pequeño lago y se sumergió en él.

La laguna era más profunda de lo que había pensado. Parecía que nunca iba a llegar al fondo, y cuando lo hizo, sus manos no lograron encontrar lo que buscaba. Un rugido en sus oídos le advirtió, y nadó hasta la superficie.

Tragando profundas bocanadas de aire refrescante, volvió a sumergirse y de nuevo su búsqueda resultó infructuosa. Por tercera vez buscó en las profundidades, y esta vez sus manos, tanteando, encontraron un objeto familiar en el barro del fondo. Aterrándolo, nadó de vuelta a la superficie.

La Piedra no era particularmente grande, pero era pesada. Nadó sin apresurarse, y de pronto fue consciente de un curioso movimiento de las aguas que le rodeaban y que no era causado por su propio esfuerzo. Hundiendo el rostro bajo la superficie, intentó penetrar las profundidades azules con la mirada y creyó ver una sombra borrosa y gigantesca flotando en ellas.

Nadó más aprisa, sin atemorizarse pero lleno de cautela. Sus pies tocaron el fondo y salió caminando a la orilla. Mirando atrás vio las aguas remolinear y calmarse. Sacudió la cabeza, lanzando un juramento. Había descartado la vieja leyenda que hacía de la Laguna de Dagón la morada de un innombrable monstruo acuático, pero ahora tenía la sensación de que había escapado por los pelos. Los mitos desgastados por el tiempo de la vieja Tierra cobraban forma y vida ante sus ojos. Bran no podía imaginar qué forma primigenia acechaba bajo la superficie de aquella laguna traicionera, pero sintió que, después de todo, los hombres de los pantanos tenían razón al evitar el lugar.

Bran se vistió, montó el corcel negro y cabalgó a través de los pantanos, bajo el desolado resplandor escarlata que sigue al crepúsculo, con la Piedra Negra envuelta en su capa. No cabalgó hacia su choza, sino hacia el oeste, en dirección a la Torre de Trajano y el Anillo de Dagón. Mientras cubría los kilómetros que le separaban de ellos, las rojas estrellas se apagaron con un parpadeo. La medianoche pasó sobre él; llegó la noche sin luna y Bran siguió cabalgando. Su corazón ardía por encontrarse con Tifus Sulla. Ada se había deleitado imaginando al romano retorciéndose bajo la tortura, pero no había tal idea en la mente del picto. El gobernador tendría su oportunidad con las armas...; con la propia espada de Bran se enfrentaría a la daga del rey picto, y viviría o moriría según lo que hiciera. Y aunque Sulla era famoso como espadachín en codas las provincias, Bran no albergaba duda alguna sobre el desenlace.

El Anillo de Dagón estaba a cierta distancia de la Torre..., un taciturno círculo de piedras altas y delgadas puestas de pie, con un altar de piedra toscamente tallada en el centro. Los romanos contemplaban aquellos menhires con aversión; pensaban que los habían alzado los druidas. Pero los celtas suponían que el pueblo de Bran, los pictos, habían sido quienes los plantaron..., y Bran sabía muy bien qué manos habían erigido aquellos monolitos inexorables en eras perdidas, aunque la razón de ello sólo podía suponerla vagamente.

El rey no cabalgó directamente hacia el Anillo. Le consumía la curiosidad sobre cómo sus lúgubres aliados pretendían llevar a cabo su promesa. Que Ellos podían arrebatar a Titus Sulla de entre sus propios hombres lo tenía por seguro, y creía saber cómo lo harían. Sintió que le roía una extraña incomodidad, como si hubiera jugado con poderes de calibre y profundidad ignoradas, y hubiera liberado fuerzas que no podía controlar. Cada vez que recordaba aquel murmullo reptilesco, aquellos ojos oblicuos de la noche anterior, un soplo frío le recorría la espina dorsal. Ya eran lo bastante aborrecibles cuando su gente les arrojó a las cavernas bajo las colinas, eras atrás. ¿En qué les habían convenido largos siglos de regresión? En su vida nocturna y subterránea, ¿habían retenido alguno de los atributos de la humanidad?

Algún instinto le urgía a cabalgar hacia la Torre. Sabía que se hallaba cerca; salvo por la espesa oscuridad, habría podido ver claramente su severo perfil coronando como un colmillo el horizonte. Incluso ahora debería ser capaz de distinguirlo tenuemente. Una premonición oscura y estremecedora le sacudió, y espoleó el corcel hasta ponerlo al galope.

De pronto Bran se tambaleó en su silla como por un impacto físico, tan asombrosa era la sorpresa de lo que vio. ¡La inexpugnable Torre de Trajano ya no existía! La mirada asombrada de Bran descansó en un gigantesco montón de ruinas..., de piedra despedazada y granito desmoronado, del que surgían los extremos astillados de vigas rotas. En un rincón del amasijo una torre se alzaba del montón de cascotes, y se

inclinaba ebriamente como si sus cimientos hubieran sido medio cortados.

Bran desmontó y caminó hacia delante, aturdido por el asombro. La hondonada estaba llena en algunos lugares de Piedras caídas y pedazos marrones del muro de mortero. La cruzó y se adentró en las ruinas. Donde sólo unas pocas horas antes las losas habían resonado bajo el paso marcial de pies calzados de hierro, y los muros con el entrechocar de escudos y el aliento de las trompetas tocadas vigorosamente, reinaba ahora un silencio horripilante.

Casi bajo los pies de Bran, una forma rota se retorció y gimió. El rey se agachó sobre el legionario, que yacía en un pegajoso charco rojo creado por su propia sangre. Una sola mirada le mostró al picto que el hombre, espantosamente aplastado y roto, se estaba muriendo.

Alzándole la ensangrentada cabeza, Bran aplicó su cantimplora a los labios convertidos en pulpa, y el romano, de modo instintivo, bebió largamente, tragando a través de sus dientes rotos. A la tenue luz de las estrellas Bran vio girar los ojos vidriosos.

—Los muros cayeron —musitó el moribundo—. Se derrumbaron como los cielos el día del fin del mundo. ¡Ah, Júpiter, de los cielos llovieron pedazos de granito y sillares de mármol!

—No he notado ningún terremoto. Bran frunció el ceño, desorientado.

—No era un terremoto —murmuró el romano—. Empezó antes del último amanecer; un débil ruido de garras y arañazos en lo profundo de la tierra- Los de la guardia lo oímos... Como ratas haciendo sus madrigueras, o como gusanos agujereando la tierra. Titus se rió de nosotros, pero lo oímos durante todo el día. Luego, a medianoche, la Torre tembló y pareció asentarse..., como si los cimientos estuvieran siendo minados...

Un estremecimiento sacudió a Bran Mak Morn. ¡Los gusanos de la Tierra! Miles de alimañas excavando como topos muy por debajo del castillo, minando los cimientos... Dioses, la comarca debía de estar llena de túneles y cavernas interconectadas... Aquellas criaturas eran aún menos humanas de lo que había pensado... ¿Qué horrendas formas de oscuridad había invocado en su ayuda?

—¿Qué hay de Titus Sulla? —preguntó, sosteniendo de nuevo la cantimplora contra los labios del legionario; en aquel instante el romano agonizante le parecía casi un hermano.

—En el mismo momento en que la torre temblaba oímos un terrible grito en la habitación del gobernador —murmuro el soldado—. Corrimos allí... Mientras rompíamos la puerta oímos sus alaridos... Parecían hundirse... ¡en las entrañas de la Tierra! Entramos; la habitación estaba vacía. Su espada manchada de sangre yacía en el suelo; en las losas de piedra del suelo había un agujero negro. Luego... las torres... vacilaron..., el... techo... se rompió; me arrastré... a través de... una tempestad... de... muros que caían.

Una fuerte convulsión sacudió a la rota figura.

—Tiéndeme —susurró el romano—. Me muero.

Había dejado de respirar antes de que Bran pudiera cumplir lo pedido. El picto se levantó, limpiándose mecánicamente las manos. Se apresuró a alejarse, y mientras galopaba por los pantanos oscurecidos, el peso de la maldita Piedra Negra bajo su capa era como el de una sucia pesadilla sobre el pecho de un mortal.

Mientras se acercaba al Anillo, vio en su interior un brillo fantasmal, de tal modo que las severas piedras se delineaban como las costillas de un esqueleto en el que arde un fuego fatuo. El corcel resopló y se encabritó cuando Bran lo ató a uno de los menhires. Llevando la Piedra penetró en el horrible círculo, y vio a Atia de pie junto al altar, con una mano en la cadera, su cuerpo sinuoso ondulando a la manera de una serpiente. Todo el altar brillaba con una lu2 fantasmal, y Bran supo que alguien, probablemente Atia, lo había frotado con fósforo de alguna ciénaga o pantano.

Se adelantó y, apañando su capa de la Piedra, arrojó el objeto maldito sobre el altar.

—He cumplido mi parte del pacto —gruñó.

—Y Ellos la suya—replicó ella—. ¡Mira... ahí vienen! Se volvió de golpe, y su mano aferró instintivamente la espada. Fuera del Anillo el gran corcel relinchó salvajemente y se encabritó. El viento nocturno gimió a través de la hierba ondulante, y un aborrecible y suave siseo se mezcló con él. Entre los menhires se derramó una oscura marea de sombras, caótica e inestable. El Anillo se llenó de ojos centelleantes que flotaban sobre el tenue y engañoso círculo de luz arrojado por el altar fosforescente. En algún lugar de la oscuridad una voz humana gemía y tartamudeaba incoherentemente. Bran se ten*só'*, las sombras del horror arañaban su alma.

Forzó la vista, intentando distinguir las formas de los que le rodeaban. Pero sólo distinguió hinchadas masas de sombra que crecían, se convulsionaban y retorcían con una consistencia casi líquida.

—¡Que cumplan su trato! —exclamó lleno de irritación.

—¡Mira entonces, oh rey! —gritó Arla, con una voz llena de penetrante escarnio.

Hubo un agitarse, un movimiento en las sombras que se retorcían, y de la oscuridad se arrastró, como un animal a cuatro patas, una figura humana que cayó y se revolvió a los pies de Bran, convulsa y maullante, y alzando el rostro de un muerto, aulló como un perro moribundo. Bajo la luz fantasmal, Bran, con el alma estremecida, vio los ojos vacuos y vidriosos, los rasgos carentes de sangre, los labios convulsos y cubiertos de la espuma de la locura más absoluta... Dioses, ¿aquél era Titus Sulla, el orgulloso señor de la vida y la muerte en la altiva ciudad de Eboracum?

Bran desenvainó la espada.

—Había pensado dar este golpe como venganza —dijo sombríamente—. Lo doy por compasión... *Vale Caesar!*

El acero relampagueó bajo la extraña luz y la cabeza de Sulla rodó hasta los pies del altar resplandeciente, donde quedó mirando hacia el cielo ensombrecido.

—¡No le hicieron daño! —La odiosa carcajada de Acia azotó el profundo silencio—. ¡Fue lo que vio y llegó a saber lo que le rompió el cerebro! Como toda su raza de pies torpes, nunca supo nada de los secretos de esta vieja tierra. ¡Esta noche ha sido arrastrado a través de los mas profundos pozos del Infierno, donde incluso tú habrías palidecido!

—¡Bueno es para los romanos que no conozcan los secretos de esta tierra maldita! —rugió Bran, enloquecido—, ¡con sus lagunas infestadas de monstruos, sus repugnantes mujeres brujas, sus cavernas perdidas y sus reinos subterráneos donde la oscuridad engendra formas del Infierno!

—¿Acaso son más repugnantes que un mortal que busca su ayuda? —exclamó Arla, con un alarido de temible alegría—• ¡Dales su Piedra Negra!

Un aborrecimiento cataclísmico sacudió el alma de Bran con roja furia.

—¡Sí, tomad vuestra maldita Piedra! —rugió, cogiéndola del altar y lanzándola entre las sombras con tal salvajismo que los huesos se quebraron bajo su impacto.

Un frenético parloteo de lenguas espantosas se alzó y las sombras se agitaron como un torbellino. Por un instante se desprendió un segmento de la masa, y Bran gritó de repugnancia salvaje, aunque sólo obtuvo un breve atisbo de la cosa, la breve impresión de una cabeza ancha y curiosamente aplastada, labios colgantes y convulsos que dejaban al descubierto colmillos puntiagudos, y el horrendo cuerpo contrahecho de un enano que parecía... veteado..., todo ello coronado por aquellos ojos de reptil que no parpadeaban. ¡Dioses!... Los mitos le habían preparado para el horror en aspecto humano, el horror inducido por un rostro bestial y una achaparrada deformidad..., pero aquél era el horror de la pesadilla y de la noche.

—¡Regresad a vuestro Infierno y llevaros con vosotros a vuestro ídolo! —gritó, blandiendo sus puños apretados hacia los cielos, a medida que las espesas sombras retrocedían, alejándose fluidamente de él como las aguas pútridas de una negra inundación—. ¡Vuestros antepasados eran hombres, aunque extraños y monstruosos, pero, dioses, os habéis convertido en la horrible realidad con que mi gente os insultaba!

»¡ Gusanos de la Tierra, volved a vuestros agujeros y madrigueras! ¡Contamináis el aire y dejáis en la limpia tierra el rastro pegajoso de las serpientes en que os habéis convenido! Gonar tenía razón... ¡Hay formas demasiado aborrecibles incluso para usarlas contra Roma!

Se alejó de un salto del Anillo como un hombre rehuye el contacto de una serpiente enroscada, y liberó el corcel. Junto a él Atia aullaba

con temibles carcajadas; todos los atributos humanos se habían desprendido de ella como una capa en la noche.

—¡Rey de Pictdom! —gritó—. ¡Rey de los idiotas! ¿Palideces ante tal nadería? ¡Quédate y deja que te enseñe los auténticos frutos de los pozos! Ja, ja, ja! ¡Corre, estúpido, corre! Pero estás manchado... ¡Les has invocado y ellos lo recordarán! ¡Y en su día volverán de nuevo a ti!

Bran aulló una maldición inarticulada y golpeó salvajemente a la mujer en la boca con la mano abierta. Ella se tambaleó; la sangre brotaba de sus labios, pero su risa demoníaca no hizo sino sonar más fuerte.

Bran saltó a la silla, ansiando salvajemente el limpio brezal y las frías colinas azules del norte, donde podría sumergir su espada en la limpia matanza y su alma enferma en el rojo remolino de la batalla, y olvidar el horror que acechaba bajo los Pantanos del oeste. Dio rienda suelta al enloquecido corcel y cabalgó a través de la noche como un espectro acosado, hasta que la infernal carcajada de la aullante mujer-bestia murió detrás de él en la oscuridad.

FRAGMENTO

Un cielo gris se curvaba sobre el desolado yermo. La hierba, alta y seca, ondulaba al viento invernal; salvo por eso, ni un asomo de movimiento turbaba la quietud primigenia del llano, que corría hacia las pequeñas colinas que se alzaban lúgubres y desnudas. En el centro del yermo y la desolación se movía una figura solitaria..., un hombre alto y adusto que compartía el salvajismo de lo que le rodeaba. El aspecto lobuno de su apariencia era incrementado por su casco con cuernos y su oxidada cota de malla. Su larga cabellera era amarilla, su barbado rostro, lleno de cicatrices, siniestro. Se volvió de pronto, la flaca mano en la espada, cuando otro hombre surgió tras un macizo de árboles sin hojas. Los dos se enfrentaron, dispuestos a cualquier cosa. El recién llegado encajaba en la desolada escena aún más perfectamente que el otro. Cada línea de su cuerpo duro y delgado delataba el feroz salvajismo que lo había moldeado. Era de talla mediana, pero sus hombros eran anchos, y estaba construido con la salvaje economía de un lobo. Su rostro era oscuro e inescrutable, sus ojos brillaban como hielo negro. Llevaba, al igual que el primer hombre, casco y cota de malla. Y fue el primero en hablar.

—Te saludo, extranjero. Soy Partha Mac Othna. Me hallo en una misión para mi señor; llevo palabras de amistad de Bran Mac Morn, rey de Pictdom, a los jefes de los Barbas Rojas.

El hombre alto se relajó y una sonrisa separó sus labios.

—Te saludo, buen señor. Soy llamado Thorvaid el Azote, y basta hace un día era jefe de un serpiente-larga y una buena partida de vikingos. Pero las tormentas arrojaron mi nave contra un arrecife y toda mi tripulación excepto yo fue a saciar a Fafnir. Intento llegar a las aldeas de Caithness.

Los dos sonrieron y asintieron cortésmente, y ambos sabían que el otro mentía.

—Haríamos bien en viajar juntos —dijo el picto—, pero mi camino va hacia el oeste, y el vuestro hacia el este.

Thorvaid asintió y permaneció inmóvil, apoyándose en su espada, mientras el picto se alejaba. Justo antes de perderse de vista, el picto miró arras y alzó su mano como saludo, y el impasible hombre del norte devolvió el gesto. Después, mientras el otro se desvanecía tras una ligera elevación, Thorvaid sonrió salvajemente y se dirigió con rapidez en una dirección que se desviaba lentamente hacia el este, devorando el terreno con las incansables zancadas de sus largas piernas.

El hombre que se había llamado a sí mismo Partha Mac Othna no llegó muy lejos antes de torcer bruscamente hacia un lado y deslizarse con sigilo en un bosquecillo deshojado y marrón. Allí aguardó implacable, con la espada dispuesta. Pero las nubes grises rodaron y derivaron sobre su cabeza, el frío viento sopló a través de la hierba crujiente, y ninguna figura llegó deslizándose cautelosamente tras sus huellas. Se levantó por fin y barrió el desierto paisaje con sus penetrantes ojos negros. Lejos, hacia el este, vio delinearse

momentáneamente contra las nubes grises una pequeña figura en la cima de una colina. Y el nómada de negra cabellera se encogió de hombros y reemprendió su viaje.

El terreno se hizo más salvaje y quebrado. Su camino le llevaba entre suaves colinas, desnudas a excepción de la muerta hierba marrón. A la izquierda el mar gris retumbaba a lo largo de los acantilados y los grises promontorios de piedra. A su derecha se alzaban las montañas, oscuras y severas. Cuando el día se acercaba a su fin, un fuerte viento proveniente del mar enroscó las nubes en grises pergaminos volantes y las condujo, retorcidas y dispersas, más allá del borde del mundo. El sol poniente ardió en un frío resplandor escarlata sobre el enrojecido océano, y el nómada llegó a un alto promontorio que sobresalía junto al mar, y allí vio a una mujer sentada en un peñasco gris, con el rojo cabello flotando al viento.

Atrajo sus ojos como un imán atrae al acero. Indiferente al frío viento, permanecía sentada, llevando como único atuendo una parca túnica que dejaba sus bra2os desnudos y apenas le llegaba a las rodillas, y sandalias de cuero en los pies. De su cinto colgaba una espada cona.

Era casi tan alta como el hombre que la contemplaba, y era de constitución fuerte y senos generosos. Tenía el cabello rojo como la puesta de sol, y sus ojos eran fríos, extraños y magnéticos. Los romanos, que simbolizaban la civilización del mundo, no la habrían calificado de hermosa, pero había algo salvaje en ella que cautivó los ojos del picto. Sus propios ojos le devolvieron la mirada con firmeza.

—¿Qué viento maligno te trae a esta tierra, alimentador de cuervos? —preguntó en tono nada amistoso.

El picto frunció el ceño, herido por sus maneras.

—¿Qué te importa eso, muchacha? —replicó.

—Esta es mi tierra —respondió ella, barriendo la desierta magnificencia con un firme gesto de su fuerte y blanco brazo—. Mi pueblo reclama esta tierra y no reconoce amo alguno. Es mi derecho interrogar a cualquier intruso. ¿Qué haces aquí?

—No es costumbre mía rendirle cuentas a cada mujerzuela que me encuentro —gruñó el guerrero, irritado.

—¿Quién eres?

¡Cómo resplandecía su cabello bajo el moribundo brillo del sol!

—Partha Mac Othna.

—¡Mientes! —Se levantó ágilmente y se le acercó, enfrentando sus feroces ojos negros sin vacilación—. Vienes a esta tierra a espiar.

—Mi pueblo no tiene litigio alguno con los Barbas Rojas —gruñó él.

—¿Quién sabe contra quién andáis tramando planes o dónde caerá vuestra próxima incursión? —replicó ella.

Después su humor cambió, y un destello vagabundo surgió en sus ojos.

—Lucharás conmigo —dijo—, y no te irás de aquí a menos que me venzas.

El resopló disgustado y se dio la vuelta, pero ella le agarró del cinturón y le retuvo con una fuerza sorprendente.

—¿Me temes, mi negro asesino? —le desafió—. ¿Están los pictos tan acobardados por el emperador que temen luchar con una mujer del Pueblo Rojo?

—Suéltame, muchacha —rugió él—, antes de que pierda la paciencia y te haga daño.

—¡Hazlo si puedes! —replicó ella, arrojando de pronto todo su peso contra su pecho y poniéndole la zancadilla al mismo tiempo.

Cogido desprevenido por lo inesperado del movimiento, el guerrero se derrumbó sin ninguna gloria, medio ahogado por un torbellino de blancos brazos y piernas. Maldiciendo profusamente luchó por arrojarla a un lado, pero ella era como una enorme gata, y con potentes y hábiles trucos de lucha le mantuvo a raya durante largo rato. Sin embargo, la fuerza superior del guerrero era patente, y arrojándola irritado a un lado, se levantó. Pero ella, de un salto, le agarró por el cinto de su espada y casi le arrastró de nuevo al suelo. Irritado más allá de todo control, el picto la alzó salvajemente por los rojos rizos y le dio una terrible bofetada con la mano abierta que la dejó inconsciente a sus pies.

Maldiciendo a causa del disgusto y la ira, se dio la vuelta, sacudiéndose el polvo de la ropa. Contempló entonces la forma inmóvil de la chica y vaciló. Después se arrodilló junto a ella con una maldición y le alzó la cabeza, derramando el contenido de su cantimplora sobre su cara. Ella se sobresaltó, sacudió la cabeza y alzó la vista, con los ojos despejados y totalmente consciente. Al momento él la soltó, dejando que su cabeza golpeara sin ninguna suavidad contra el terreno helado, mientras se levantaba y guardaba su cantimplora.

Ella se sentó con las piernas cruzadas y alzó la vista hacia él.

—Bien, me has vencido—dijo tranquilamente—. ¿Qué harás conmigo ahora?

—Tendría que arrancarte la piel de los lomos con el cinto de mi espada —restalló él—. No es poca vergüenza para un guerrero verse obligado a pelear con una mujer, y no es poca para una mujer el meterse en un juego de hombres.

—No soy una mujer común —respondió—. Soy una con los vientos y las heladas y los mares grises de esta tierra salvaje.

EL HOMBRE OSCURO

Pues en esta noche se desenvainan las espadas, y la torre pintada
de las hordas paganas se inclina bajo nuestros martillos, fuegos y sogas,
se inclina un poco y cae.

CHESTERTON

Un viento mordiente hacía derivar la nieve que caía. El oleaje gruñía en la agreste costa y, más a lo lejos, largas olas plomizas gemían incesantemente. En el gris amanecer que se abría paso sobre la costa de Connacht, un pescador caminaba penosamente, un hombre tan salvaje como la tierra que le soportaba. Sus pies estaban envueltos en cuero mal curado; una única vestimenta de piel de ciervo delineaba su cuerpo. No llevaba otra ropa. Mientras marchaba impasible por la costa, tan indiferente a la mordedura del frío como si fuera el animal velludo que aparentaba al primer vistazo, se detuvo. Otro hombre surgió entre el velo de la nieve que caía y la flotante niebla marina. Turlogh Dubh se alzó ante él.

Era casi una cabeza más alto que el fornido pescador, y tenía el aspecto de un guerrero. Cualquier hombre o mujer cuyos ojos se posaran en Turlogh Dubh fijaría en él la mirada largo rato. Medía más de un metro ochenta de alto, y la primera impresión de delgadez se desvanecía tras un examen más atento. Era grande, pero de constitución perfecta; soberbia era la anchura de sus hombros y su torso. Tenía los miembros largos pero sólidos, combinando la fortaleza de un toro con la esbelta velocidad de una pantera. El más ligero de sus movimientos mostraba la férrea coordinación del gran luchador. Turlogh Dubh..., Turlogh el Negro, en tiempos pasados del clan na 0'Brien. Y negro era en cuanto a la cabellera, y oscuro de tez. Bajo unas cejas negras y espesas atisbaban ojos de un profundo azul volcánico. Y en su rostro bien afeitado había algo de las sombrías y oscuras montañas, del océano a medianoche. Como el pescador, era parte de aquella tierra feroz.

En su cabeza llevaba un sencillo casco sin visera y carente de todo símbolo o penacho. Del cuello a medio muslo estaba protegido por una ceñida cota de malla negra. El faldellín que llevaba bajo su armadura y que le llegaba a las rodillas era de simple tela. Llevaba las piernas envueltas en un duro cuero que podía desviar el filo de una espada, y su calzado se hallaba desgastado de mucho viajar.

Un ancho cinturón rodeaba su esbelta cintura, sosteniendo una larga daga en una funda de cuero. En su brazo izquierdo llevaba un pequeño escudo redondo de madera cubierta de piel, duro como el hierro, reforzado por bandas de acero, y con una punta pequeña pero fuerte en el centro. Un hacha colgaba de su muñeca derecha, y hacia ella se dirigieron los ojos del pescador. El arma, con su mango de un metro y

graciosas líneas, parecía pequeña y ligera cuando el pescador la comparó mentalmente con las grandes hachas que llevaban los normandos. Y con todo, apenas habían transcurrido tres años, como sabía el pescador, desde que hachas semejantes aniquilaran a las hordas normandas, infligiéndoles una sangrienta derrota y rompiendo para siempre el poder pagano.

Había algo de individual en el hacha y en su poseedor. No era como ninguna de las que el pescador había visto. Tenía un solo filo, con una corta punta de tres filos detrás y otra encima de la cabeza. Como su portador, era más pesada de lo que parecía. Con su mango ligeramente curvado y el arte lleno de gracia de la hoja, su aspecto era el del arma de un experto..., rápida, letal, mortífera, como una cobra. La cabeza era de la más fina artesanía irlandesa, lo que en aquellos días equivalía a la mejor del mundo. El mango, cortado de un roble centenario, especialmente endurecido al fuego y reforzado con acero, era tan difícil de romper como una barra de hierro.

—¿Quién eres? —preguntó el pescador, con la brusquedad del oeste.

—¿Quién eres tú para preguntarlo? —respondió el otro. Los ojos del pescador derivaron hacia el único adorno que llevaba el otro..., un pesado brazalete de oro en su brazo izquierdo.

—El rostro rasurado y el corte de pelo a la manera normanda... —murmuró—. Y tu tez oscura... Diría que eres Tur-logh el Negro, el desterrado del clan na 0'Brien. Mucho has andado; oí de ti por última vez en las colinas Wickiow, cuando hacías presa por igual en los 0'Reilly y los hombres de Oast.

—Desterrado o no, un hombre debe comer —gruñó el dalcasiano.

El pescador se encogió de hombros. Un hombre sin dueño... era un camino difícil. En aquellos días de clanes, cuando los propios parientes de un hombre le expulsaban se convertía entonces en un hijo de Ishmael, con una venganza que cumplir. Todos los hombres estaban contra él. El pescador había oído hablar de Turlogh Dubh..., un hombre extraño y amargado, un terrible guerrero y hábil estratega, pero a quien repentinos estallidos de extraña locura convertían en un hombre marcado, incluso en aquel país y tiempo de locos.

—Será un mal día —dijo el pescador, sin referirse a nada en concreto.

Turlogh contempló sombríamente la barba enredada y el salvaje desorden de la cabellera del pescador.

—¿Tienes una barca? —preguntó.

El otro señaló hacia una cala pequeña y refugiada, donde estaba anclada una hermosa embarcación construida con la habilidad de cien generaciones de hombres que habían arrancado su sustento del tozudo mar.

—No parece muy marinera —dijo Turlogh.

—¿Marinera? Tú que naciste y te criaste en la costa occidental deberías estar mejor enterado. Con ella he navegado en solitario hasta

la bahía de Drumcliff y he regresado, con todos los diablos del viento intentando hacerla pedazos.

—No se puede pescar en un mar así.

—¿Acaso crees que sólo los jefes os divertís arriesgando vuestros pellejos? Por todos los santos, he navegado con tormenta hasta Ballinskellings, y he regresado también, sólo para divertirme.

—Muy bien —dijo Turlogh—. Tomaré tu barca.

—¡Tomarás un diablo! ¿Qué conversación es ésta/ Si quieres salir de Erín, vete a Dublín y toma el barco con tus amigos daneses.

Un sombrío fruncimiento de cejas convirtió el rostro de Turlogh en una máscara amenazante.

—Algunos hombres murieron por menos de eso.

—¿Acaso no intrigaste con los daneses? ¿Y no fue por eso por lo que tu clan te exilió para que murieras de hambre entre los brezales?

—Los celos de un primo y el despecho de una mujer —gruñó Turlogh—. Mentiras..., todo mentiras. Pero basta ya. ¿Has visto un serpiente-larga surgir del sur los últimos días?

—Sí..., hace tres días avistamos una galera con el mascarón del dragón, antes de la tempestad. Pero no echó el ancla... A fe mía que los piratas no reciben de los pescadores occidentales sino golpes.

—Sería seguramente Thorfel el Hermoso —musitó Turlogh, balanceando su hacha por la correa de la muñeca—. Lo sabía.

—¿Alguna incursión de naves en el sur?

—Una partida de saqueadores cayó por la noche sobre el castillo de Kilbaha. Las espadas saciaron su sed..., y los piratas se llevaron a Moira, hija de Murtagh, un jefe de los dalcasianos.

—He oído hablar de ella —murmuró el pescador—. Las espadas se afilarán en el sur... ¿Un mar de sangre, eh, mi joya negra?

—Su hermano Dermod yace indefenso con una herida en el pie. Las tierras de su clan están amenazadas por los MacMurroughs en el este y los 0'Conner en el norte. No se puede apartar a muchos hombres de la defensa de la tribu, ni siquiera para buscar a Moira... El clan está luchando por su vida. Toda Erín se mueve bajo el trono dalcasiano desde que cayó el gran Brian. Aun así, Cormac 0'Brien ha salido a la niar para cazar a sus raptores..., pero sigue un rastro engañoso, pues se cree que los incursores eran daneses de Coninbeg. Bueno, los desterrados tenemos nuestros medios de información... Fue Thorfel el Hermoso, que domina la isla de Slyne, a la que los normandos llaman Helni, en las Hébridas. Allí la ha llevado... y allí le seguiré. Préstame tu barca.

—¡Estás loco! —exclamó vivamente el pescador—. ¿Qué estás diciendo? ¿De Connacht hasta las Hébridas en una barca sin abrigo? ¿Con este tiempo? Digo que estás loco.

—Lo intentaré —respondió Turlogh, como ausente—. ¿Me dejarás tu barca?

—No.

—Podría matarte y cogerla—dijo Turlogh.

—Podrías —replicó el pescador, impertérrito.

—¡Cerdo rastrero! —gruñó apasionadamente el fugitivo—, una princesa de Erín languidece bajo el abrazo de un salteador pelirrojo del norte y tú regateas como un sajón.

—¡He de vivir! —exclamó el pescador, con igual apasionamiento—. ¡Toma mi barca y moriré de hambre! ¿Cuándo podré conseguir otra igual? ¡Es la mejor de su clase!

Turlogh llevó la mano al brazalete de su brazo izquierdo.

—Te pagaré. Esto es un torque puesto por Brian Boru en mi brazo, con sus propias manos, ante Clontarf. Tómalo; con él podrías comprar cien barcas. Me he muerto de hambre llevándolo en el brazo, pero ahora la necesidad es desesperada.

Mas el pescador sacudió la cabeza; la extraña falta de lógica de los gaélicos ardía en sus ojos.

—¡No! Mi choza no es lugar para un torque tocado por las manos del rey Brian. Guárdalo.. y llévate la barca, en nombre de todos los santos, si tanto significa para ti.

—La tendrás de vuelta cuando regrese —prometió Turlogh—, y puede que una cadena de oro que adorne ahora el cuello de toro de algún salteador normando.

El día era triste y agobiante. El viento gemía, y la sempiterna monotonía del mar era como la pena que nace en el corazón del hombre. El pescador permaneció de pie en las rocas y contempló la frágil embarcación deslizarse y retorcerse como una serpiente entre las rocas hasta que la furia del mar abierto la atrapó y la sacudió como una pluma. El viento hinchó la vela y la esbelta barca saltó y se tambaleó, para enderezarse luego y correr ante el vendaval, empequeñeciéndose hasta no ser sino un punto que bailaba en los ojos del observador. Y después un torbellino de nieve la ocultó de la vista.

Turlogh comprendía algo de la locura de su peregrinación. Pero había crecido en la dureza y el peligro. El frío, el hielo y el granizo que habrían congelado a un hombre más débil no hacían sino espolearle a mayores esfuerzos. Era tan duro y flexible como un lobo. Entre una raza de hombres cuya dureza asombraba incluso a los normandos más resistentes, Turlogh Dubh era único. Cuando nació le arrojaron a la nieve para poner a prueba su derecho a sobrevivir. Su infancia y su juventud habían transcurrido en las montañas, costas y paramos del oeste. Hasta el estado adulto jamás había llevado sobre el cuerpo telas tejidas; una piel de lobo había sido el vestido de aquel hijo de un jefe dalcasiano. Antes de ser puesto fuera de la ley podía agotar a un caballo, corriendo todo el día delante de él. Nunca se había fatigado en la natación. Ahora, desde que las intrigas de los celosos hombres de su clan le habían arrojado a las tierras salvajes y la vida del lobo, su dureza era tal que el hombre civilizado no podría concebirla.

Cesó la nieve, aclaró el tiempo, se detuvo el viento. Turlogh tenía que ceñirse a la línea costera, evitando los arrecifes contra los que parecía iba a estrellarse, una y otra vez. Trabajó incansablemente con timón, vela y remo. Ni uno entre mil marineros podría haberlo logrado, pero Turlogh lo hizo. No necesitaba dormir; mientras timoneaba, comía las frugales provisiones que le había dado el pescador. Al divisar Malin Head el clima se había calmado prodigiosamente. El mar seguía picado, pero la tempestad se había convertido en una fuerte brisa que hacía volar la pequeña barca. Los días y las noches se confundieron. Turlogh se dirigía hacia el este. Sólo una vez tomó tierra para proveerse de agua fresca y dormir algunas horas.

Mientras mantenía el timón pensó en las últimas palabras del pescador:

—¿Por qué arriesgar tu vida por un clan que ha puesto precio a tu cabeza?

Turlogh se encogió de hombros. Fuerte era el lazo de la sangre. El simple hecho de que su gente le hubiera echado para morir como un lobo acosado de los páramos no alteraba el hecho de que era su gente. La pequeña Moira, la hija de Murtagh na Kilbaha, no tenía nada que ver en ello. La recordaba—había Jugado con ella cuando ambos eran niños—; recordaba el gris profundo de sus ojos, el sombrío brillo de su negra cabellera, la hermosura de su piel. Ya de niña su belleza era notable... ¡Maldición!, incluso ahora era una niña, pues él, Turlogh, era joven y le llevaba bastantes años... Ahora corría hacia el norte para convenirse en novia involuntaria de un salteador normando, Thorfel el Hermoso..., el Apuesto. Turlogh juró por los dioses que no conocían la cruz. Una niebla roja onduló ante sus ojos, de modo que las olas marinas enrojecieron a su alrededor. Una muchacha irlandesa cautiva de un pirata normando... Con gesto rabioso, Turlogh enderezó la proa y se dirigió hacia mar abierto, con un resplandor de locura en los ojos.

Larga es la navegación de Malin Head a Helni cruzando las olas espumeantes, tal como Turlogh la emprendió. Se dirigía a una pequeña isla que yacía, junto con muchas otras, entre Mull y las Hébridas. Turlogh no tuvo dificultad en hallarla. Navegó por instinto y por conocimiento. Conocía aquellos mares como un hombre conoce su casa. Había navegado por ellos como in-cursor y como vengador, y una vez como un cautivo azotado en el puente de un barco dragón danés. Y seguía un rastro rojo. Humo que derivaba de las costas, restos flotantes de naufragio, maderos calcinados mostrando que Thorfel devastaba su camino. Turlogh gruñó, salvajemente satisfecho; le pisaba los talones al vikingo, pese a su amplia ventaja. Pues Thorfel incendiaba y saqueaba las costas en su camino, mientras que el curso de Turlogh era recto como una flecha.

Se hallaba aún lejos de Helni cuando divisó una pequeña isla ligeramente fuera de su rumbo. Sabía que llevaba mucho tiempo

deshabitada, pero que allí podría conseguir agua fresca. Así pues, enfiló hacia ella. La llamaban la Isla de las Espadas, nadie sabía el porqué. Y cuando se acercaba a la playa vio un espectáculo que interpretó correctamente. Había dos embarcaciones varadas en la orilla. Una era rudimentaria, algo parecida a la de Turlogh, pero considerablemente mayor. La otra era larga y baja..., innegablemente vikinga. Ambas estaban desiertas. Turlogh estuvo atento al choque de las armas y el grito de la batalla, pero reinaba el silencio. Pescadores, pensó, de las islas escocesas; habían sido avistados por alguna banda de salteadores en alta mar o en alguna otra isla, y habían sido largamente perseguidos a remo. Pero la persecución había sido más larga de lo previsto, de eso estaba seguro; de lo contrario no la habrían empezado en una embarcación sin puente. Sin embargo, inflamados por el ansia de matar, los salteadores habrían perseguido a su presa a través de cien kilómetros de aguas turbulentas, si era necesario, en una embarcación sin puente.

Turlogh se aproximó a la costa, arrojó la piedra que servía de ancla y saltó a la playa, con el hacha dispuesta. Vio entonces, a corta distancia más al interior, un extraño amasijo de formas rojizas. Unas rápidas zancadas le enfrentaron con el misterio. Quince daneses de barbas rojas yacían en su propia sangre dispuestos más o menos en círculo. Ni uno respiraba. Dentro del círculo, mezclándose con los cuerpos de sus asesinos, yacían otros hombres, como Turlogh jamás había visto. Eran de corta estatura y muy morenos; sus ojos, helados por la muerte, eran los más negros que Turlogh hubiera visto nunca. Apenas llevaban armadura, y sus rígidas manos seguían aferrando espadas rotas y dagas. Aquí y allá yacían flechas que se habían roto en los petos de las armaduras danesas, y Turlogh observó con sorpresa que muchas de ellas tenían punta de pedernal.

—Una lucha feroz —musitó—. Sí, las espadas han saciado largamente su sed. ¿Qué gente será ésta? Nunca he visto a nadie igual en todas las islas. Siete..., ¿es eso todo? ¿Dónde están los camaradas que les ayudaron a matar a estos daneses?

Ninguna huella se alejaba del ensangrentado lugar. La frente de Turlogh se ensombreció.

—Éstos eran todos..., siete contra quince, y sin embargo los asesinos murieron con sus víctimas. ¿Qué clase de hombres son éstos que matan dos veces su número de vikingos? Son hombres pequeños, de armadura casi inexistente. Y con todo...

Otra idea le asaltó. ¿Por qué los extranjeros no se habían dispersado y huido, escondiéndose en los bosques? Creyó conocer la respuesta. Allí, en el mismo centro del círculo silencioso, yacía algo extraño. Era una estatua, de una sustancia oscura y con la forma de un hombre. Tenía un metro cincuenta de largo, o de alto, y estaba esculpida con tal apariencia de vida que Turlogh se sobresaltó. Medio tendido sobre ella yacía el cuerpo de un anciano, tan mutilado que apenas parecía hu-

mano. Un delgado brazo rodeaba la figura; el otro se hallaba extendido, y en la mano aferraba una daga de pedernal hundida hasta la empuñadura en el pecho de un danés. Turlogh notó las temibles heridas que desfiguraban a todos los hombres morenos. Había sido difícil matarles...; habían luchado hasta ser prácticamente despedazados y, agonizando, habían dado muerte a sus asesinos. Eso le indicó la escena a Turlogh. En los muertos rostros de los terribles extranjeros había una temible desesperación. Notó como sus manos muertas seguían aferrando las barbas de sus enemigos. Uno yacía bajo el cuerpo de un enorme danés, en el que Turlogh no pudo ver herida alguna. Hasta que miró más de cerca y vio que los dientes del hombre moreno se hundían, como los de una bestia, en el cuello de toro del otro.

Se inclinó y arrastró la estatua de entre los cadáveres. El brazo del anciano la aprisionaba, y se vio obligado a tirar con codas sus fuerzas. Era como si, incluso en la muerte, el viejo se agarrara a su tesoro; pues Turlogh sentía que por esa imagen habían muerto los hombrecillos morenos. Eligieron morir junto a ella. Turlogh meneó la cabeza; su odio hacia los normandos, una herencia de injusticias y ultrajes, era algo ardiente y vivo, casi una obsesión, que a veces le llevaba al borde de la locura. No había sitio para la piedad en su fiero corazón; la visión de aquellos daneses, yaciendo muertos a sus pies, le llenaba de una satisfacción salvaje. Pero en los otros muertos silenciosos sentía una pasión más fuerte que la suya. Allí había un impulso que les guiaba, más profundo que su odio. Sí..., y más antiguo. Aquellos hombrecillos le parecían muy viejos, no como lo son los individuos, sino como lo es una raza. Hasta sus cadáveres exudaban un aura intangible y primigenia. Y la estatua...

El gaélico se agachó y la tomó para levantarla. Esperaba hallar un peso mayor y quedó asombrado. No pesaba más que si hubiera sido de madera ligera. La golpeó y el sonido le sugirió que era de hierro; luego decidió que era de piedra, pero una piedra tal como nunca había visto; sintió que una piedra semejante no podía hallarse en las Islas Británicas o en ningún otro lugar del mundo que conocía.

Era la figura de un hombre que se parecía mucho a los hombrecillos morenos que yacían a su alrededor. Pero difería sutilmente. Turlogh sintió de algún modo que se trataba de la imagen de un hombre que había vivido tiempo ha, pues con seguridad el desconocido escultor había tenido un modelo vivo. Y había conseguido dar a su obra un toque de vida. Allí estaba la anchura de los hombros, los brazos poderosamente moldeados; la fuerza de los rasgos era evidente. La mandíbula firme, la nariz regular, la frente alta, todo indicaba una inteligencia poderosa, un elevado valor, una voluntad inflexible. Con seguridad, pensó Turlogh aquel hombre era un rey... o un dios. Pero no llevaba corona; su única vestimenta era una especie de taparrabos, trabajado tan hábilmente que cada pliegue y arruga estaba esculpido como si fuera real. Tenía el mismo aspecto que si hubiera sido tallada

el día anterior pero, pese a todo, era obviamente un símbolo de la antigüedad.

—Éste era su dios —meditó Turlogh, contemplando lo que le rodeaba—. Huyeron de los daneses..., pero murieron finalmente por su dios. ¿Quiénes son esta gente? ¿De dónde vinieron? ¿Adonde se dirigían?

Permaneció en pie, apoyándose en su hacha, y una marea extraña se alzó en su alma. Una sensación de poderosos abismos de tiempo y espacio se abrió ante él; de la extraña e interminable marea de la humanidad que anda siempre a la deriva; de las olas de hombres que se funden y desvanecen con el fundirse y desvanecerse de las mareas del mar. La vida era una puerta abriéndose sobre dos negros mundos desconocidos... ¿Cuántas razas de hombres con sus esperanzas y miedos, sus amores y odios, habían cruzado esa puerta... en su peregrinación de la oscuridad a la oscuridad? Turlogh suspiró. Muy hondo en su alma se alzó la tristeza mística del gaélico.

—Fuiste rey una vez. Hombre Oscuro —le dijo a la imagen silenciosa—. Quizá fuiste un dios y reinaste sobre todo el mundo. Tu pueblo pasó, como está pasando el mío. Con seguridad fuiste un rey del Pueblo del Pedernal, la raza que mis antecesores celtas destruyeron. Bien, hemos tenido nuestro día y también nosotros nos vamos. Estos daneses que yacen a tus pies... son ahora los conquistadores. Deben tener su día..., mas también ellos pasarán. Pero tú vendrás conmigo. Hombre Oscuro, rey, dios, diablo o lo que seas. Sí, pues tengo en mente que me traerás suene, y suerte es lo que voy a necesitar cuando vea a Helni, Hombre Oscuro.

Turlogh ató fuertemente la imagen en la proa. Una vez más rastreó el mar. Los cielos se volvían grises y la nieve caía en ráfagas que pinchaban y herían. Las olas se estriaban de gris con el hielo y los vientos se hinchaban y golpeaban el mar abierto. Pero Turlogh nada temía. Y su barca navegaba como jamás lo había hecho antes. A través del rugido de la galerna y de la nieve que azotaba guió la barca, y a la mente del dalcasiano le pareció que el Hombre Oscuro le ayudaba. Con toda seguridad se habría perdido un centenar de veces sin ayuda sobrenatural. Luchó con toda su habilidad marinera, y le pareció que había una mano invisible en el timón, y en el remo; que un arte más que humano le ayudaba cuando tendía la vela.

Y cuando todo el mundo se convirtió en un ondulante velo blanco en el que hasta el sentido de la orientación del gaélico se perdió, le pareció que guiaba el timón siguiendo una voz silenciosa que hablaba en las regiones oscuras de su conciencia. No se sorprendió tampoco cuando por fin, cuando cesó la nieve y las nubes se alejaron bajo una luna fría y plateada, vio alzarse tierra más allá y la reconoció como la isla de Helni. Aún más, supo que justo después de un saliente de la costa se hallaba la bahía donde el barco dragón de Thorfel estaba anclado cuando no surcaba los mares, y a cien metros de la bahía se hallaba la

morada de Thorfel. Sonrió salvajemente. Ni toda la habilidad del mundo podía haberle traído a este lugar exacto; era pura suerte... No, era más que suerte. Allí se hallaba el mejor lugar posible para aproximarse... a media milla del dominio de su enemigo, pero escondido a la visión de cualquier centinela por el saliente del promontorio. Contempló al Hombre Oscuro en la proa... meditabundo, inescrutable como la esfinge. Una sensación extraña inundó al gaélico..., la de que todo aquello era su obra; que él, Turlogh, era sólo un peón en el juego. ¿Qué era aquel fetiche? ¿Qué lúgubre secreto encerraban aquellos ojos tallados? ¿Por qué los hombrecillos morenos luchaban tan terriblemente por él?

Turlogh llevó su barca a un pequeño entrante en la costa. Ancló a unos cuantos metros dentro de él y saltó a la orilla. Dirigió una última mirada hacia el pensativo Hombre Oscuro en la proa, y se dio la vuelta y ascendió apresuradamente la cuesta del promontorio, manteniéndose tan a cubierto como le fue posible. A menos de un kilómetro de distanda estaba anclado el navío dragón de Thorfel. Y allí estaba el *skalli** de Thorfel, así como la larga y achaparrada construcción de troncos mal cortados cuyos resplandores delataban los ruegos que rugían en su interior. Gritos de ebriedad llegaban claramente a quien prestara oídos a través del aire límpido y tranquilo. Rechinó los dientes. ¡Borrachera! Sí, estaban celebrando la ruina y la destrucción que habían causado..., las casas convertidas en ascuas humeantes..., los hombres muertos..., las muchachas violadas. Los vikingos eran los señores del mundo..., todas las tierras del sur estaban indefensas bajo sus espadas. La gente del sur vivía sólo para divertirles... y para darles esclavos. Turlogh se estremeció violentamente y tembló como si estuviera helado. El ansia de sangre era como un dolor físico, pero luchó contra las nieblas de pasión que obnubilaban su cerebro.

No estaba allí para combatir, sino para huir con la muchacha que habían secuestrado.

Tomó cuidadosa nota del terreno, como un general revisando los planes de su campaña. Observó el lugar donde se espesaban los árboles; que las casas más pequeñas, los almacenes y las cabanas de los criados se hallaban entre el edificio principal y la bahía. Una enorme hoguera ardía junto a la costa y unos cuantos esbirros gritaban y bebían a su alrededor, pero el frío cruel había empujado a la mayoría de ellos hacia el salón del banquete del edificio principal.

Turlogh descendió, arrastrándose por el espeso boscaje de la ladera, entrando en el bosque que se extendía en una amplia curva, alejándose de la costa. Se mantuvo en el límite de sus sombras, aproximándose en un curso más bien indirecto, pero temiendo aventurarse en terreno abierto, donde podría ser visto por los centinelas que Thorfel habría destacado con toda seguridad. ¡Dioses, si sólo tuviera a sus espaldas a los guerreros de Clare, como en los viejos tiempos! ¡Entonces, nada de escurrirse como un lobo entre los árboles! Su mano se cerró

férreamente sobre el mango de su hacha mientras visualizaba la escena —la carga, el griterío, el derramamiento de sangre, el remolinear de las hachas dalcasianas—, y suspiró. Ahora no era sino un desterrado solitario, que jamás volvería a conducir a los espadachines de su clan a la batalla.

Se arrojó súbitamente a la nieve detrás de un arbusto y permaneció inmóvil. Se acercaban hombres procedentes de la misma dirección de la que él había venido..., hombres que gruñían ruidosamente y marchaban con pesadez. Aparecieron por fin. Eran dos enormes guerreros nórdicos, su armadura de escamas plateadas destellando a la luz de la luna. Entre los dos llevaban algo con dificultad y, para la sorpresa de Turlogh, vio que era el Hombre Oscuro. Su consternación, al darse cuenta de que habían descubierto su barca, fue sumergida por un asombro mayor. Aquellos hombres eran gigantes; sus brazos abultaban con férrea musculatura. Y con todo se tambaleaban bajo lo que parecía un peso portentoso. En sus manos el Hombre Oscuro parecía pesar centenares de kilos, ¡pero Turlogh lo había levantado con la ligereza de una pluma! Estuvo a punto de blasfemar en su asombro. Seguramente, los hombres estaban bebidos. Uno de ellos habló, y el ralo vello de Turlogh se erizó ante el sonido de los acentos guturales, como se encrespa un perro ante la visión del enemigo.

—Bájalo; por la muerte de Thor, esto pesa una tonelada. Descansemos.

El otro gruñó algo en respuesta, y empezaron a bajar la imagen al suelo. Entonces uno de ellos perdió su presa; su mano resbaló y el Hombre Oscuro chocó pesadamente contra la nieve. El que había hablado primero aulló.

—¡Torpe, imbécil, lo has dejado caer en mi pie! ¡Maldito seas, tengo el tobillo roto!

—¡Se retorció en mi mano! —gritó el otro—. ¡Te digo que esta cosa está viva!

—¡Entonces la mataré! —rugió el vikingo herido y, sacando su espada, golpeó salvajemente la figura postrada.

Un resplandor ígneo brotó al romperse la hoja en cien fragmentos, y el otro nórdico aulló al golpearle la mejilla un pedazo de acero.

—¡El diablo la habita! —gritó el otro, arrojando su empuñadura a lo lejos—. ¡Ni siquiera la he arañado! Toma, sostenía..., llevémosla a la taberna y que Thorfel se las arregle con ella.

—Déjala —gruñó el segundo hombre, limpiándose la sangre de la cara—. Sangro como un cerdo degollado. Regresemos y digámosle a Thorfel que ninguna embarcación se ha acercado a la isla. Eso es lo que nos mandó a ver al promontorio.

—¿Qué hay de la barca donde encontramos esto? —saltó el otro—. Algún pescador escocés desviado de su curso por la tormenta y que ahora se esconde en los bosques como una rata, supongo. Vamos, échame una mano; ídolo o diablo, le llevaremos esto a Thorfel.

Resoplando por el esfuerzo, alzaron la imagen una vez más y prosiguieron lentamente, uno gruñendo y maldiciendo mientras cojeaba, el otro sacudiendo la cabeza de vez en cuando al entrarle la sangre en los ojos.

Turlogh se incorporó cautelosamente y les vigiló. Un escalofrío subía y bajaba por su columna vertebral. Cada uno de aquellos hombres era tan fuerte como él, pero lo que él había llevado sin dificultad les exigía un esfuerzo sobrehumano. Sacudió la cabeza y reemprendió el camino.

Por fin llegó al lugar en los bosques más cercano a los edificios. Ahora se enfrentaba con la prueba crucial. De algún modo, debía llegar a aquel edificio y esconderse sin ser percibido. Las nubes se acumulaban. Aguardó hasta que una tapó la luna y en las tinieblas subsiguientes corrió velozmente y en silencio a través de la nieve, agazapándose. Parecía una sombra surgida de las sombras. Ahora se hallaba próximo a la casa, intentando fundirse con los troncos mal cortados. La vigilancia se hallaba ahora muy relajada, con toda seguridad..., pues ¿qué enemigo podía esperar Thorfel, cuando se hallaba en amistad con todos los saqueadores del norte, y nadie más podía esperarse que navegara en noche semejante?

Convertido en una sombra entre las sombras, Turlogh se acercó a la casa. Vio una puerta lateral y se deslizó precavidamente hacia ella. Después, se pegó de nuevo a la pared. En el interior, alguien tanteaba el cerrojo. Una puerta se abrió de golpe y un guerrero enorme salió tambaleándose, cerrando la puerta de golpe tras él. Entonces vio a Turlogh. Sus labios barbudos se abrieron, pero en ese momento las manos del gaélico saltaron a su garganta y se cerraron en ella como una trampa para lobos. El grito presentido murió en un jadeo. Una mano voló a la muñeca de Turlogh, la otra desenfundó una daga y golpeó hacia arriba. Pero el hombre estaba ya inconsciente; la daga chasqueó débilmente contra el corselete del proscrito y cayó en la nieve. El nórdico se aflojó bajo el abrazo de su asesino, su garganta literalmente aplastada por aquella presa de hierro. Turlogh le arrojó despectivamente a la nieve y escupió sobre su rostro muerto antes de volverse de nuevo hacia la puerta.

No habían asegurado el cerrojo por dentro. La puerta cedió un poco. Turlogh atisbo el interior y vio un cuarto vacío, lleno de barriles de cerveza. Pensó en ocultar el cuerpo de su víctima, pero no sabía cómo podía hacerlo. Debía confiar a la suerte el que nadie lo viera en la espesa nieve donde yacía. Cruzó el cuarto y descubrió que llevaba a otro paralelo con el muro exterior. Se trataba también de un almacén, y estaba vacío. Desde éste, un umbral, sin puerta pero provisto de una cortina de pieles, llevaba al salón principal, como Turlogh podía deducir por los sonidos procedentes del otro lado. Atisbo cautelosamente.

Estaba viendo el salón de banquetes..., el gran salón que servía como sala de festines, de consejo y residencia del amo. El salón, con sus vigas ennegrecidas por el humo, sus enormes fuegos rugientes y sus mesas cargadas de vituallas, era esa noche el escenario de una terrorífica orgía. Enormes guerreros de barbas doradas y ojos salvajes estaban sentados o reclinados en los toscos bancos, caminaban por el salón o yacían cuan largos eran en el suelo. Bebían abundantemente de cuernos espumeantes y odres de cuero, y se atiborraban con grandes pedazos de pan de centeno y enormes trozos de carne que cortaban con sus dagas de los cuartos enteros que se asaban al fuego. Era una escena de extraña incongruencia, pues en contraste con estos bárbaros y sus groseras canciones y gritos, de las paredes colgaba un rico botín que atestiguaba el arte de la civilización. Delicadas tapicerías trabajadas por mujeres de Normandía; armas ricamente cinceladas que habían sido esgrimidas por príncipes de Francia y España; armaduras y vestimentas de seda de Bizancio y del Oriente..., pues lejos se aventuraban las naves dragón. Junto a éstos se hallaban dispuestos los despojos de la caza, para mostrar el dominio que los vikingos tenían sobre las bestias al igual que sobre los hombres.

El hombre moderno a duras penas puede concebir los sentimientos de Turlogh 0'Brien hacia aquellos hombres. Para él eran diablos..., ogros que moraban en el norte sólo para caer sobre la pacífica gente del sur. Todo el mundo era su presa para tomar y escoger, usar y tirar según sus bárbaros caprichos. Su mente latía y ardía mientras miraba. Les odiaba como sólo puede hacerlo un gaélico..., su magnífica arrogancia, su orgullo y su poder, su desprecio por todas las demás razas, sus ojos austeros y amenazadores; odiaba por encima de todo lo demás aquellos ojos que miraban con desprecio y amenaza el mundo. Los gaélicos eran crueles pero tenían raros momentos de sentimiento y bondad. No había sentimiento en el alma del nórdico.

La visión de aquella orgía fue como una bofetada en el rostro de Turlogh el Negro, y sólo una cosa era necesaria para completar su locura. Le fue concedida. En la cabecera de la mesa estaba Thorfel el Hermoso, joven, apuesto, arrogante, inflamado por el vino y el orgullo. En su constitución se parecía mucho al propio Turlogh, excepto en que era mayor en todo, pero allí cesaba la semejanza. Así como Turlogh era excepcionalmente moreno entre un pueblo moreno, Thorfel era excepcionalmente rubio entre un pueblo esencialmente de tez clara. Su cabellera y bigote eran como oro finamente tejido y sus ojos gris claro lanzaban destellos como relámpagos. A su lado... Las uñas de Turlogh se clavaron en sus palmas... Moira de los 0'Brien parecía enormemente fuera de lugar entre aquellos hombretones rubios y robustas mujeres de pelo amarillo. Era pequeña, casi frágil, y su cabello era negro con reflejos de bronce reluciente. Pero su piel era tan clara como la de ellos, con un delicado matiz rosado del que no podían presumir ni sus más hermosas mujeres. Sus carnosos labios estaban ahora pálidos de miedo,

y se encogía ante los clamores y el tumulto. Turlogh la vio temblar cuando Thorfel la rodeó insolentemente con el brazo. El salón vaciló en una niebla rojiza ante los ojos de Turlogh, que luchó obstinadamente por controlarse.

—El hermano de Thorfel, Osric, a su derecha —murmuró Turlogh para sí mismo—; al otro lado Tostig, el danés, que puede partir en dos a un buey con esa gran espada suya..., eso dicen. Y allí está Hangar, y Sweyn, y Oswick, y Athelstane el sajón..., el único hombre en una manada de lobos marinos. Y en el nombre del diablo..., ¿qué es eso, un sacerdote?

De un sacerdote se trataba, sentado pálido e inmóvil entre la algarabía, contando silenciosamente su rosario, mientras sus ojos llenos de pena se aventuraban hacia la esbelta muchacha irlandesa en la cabecera de la mesa. Entonces Turlogh vio algo más. En una mesa más pequeña a un lado, una mesa de caoba cuyo rico trabajo de taracea la delataba como un botín de las tierras del sur, se alzaba el Hombre Oscuro. Los dos nórdicos heridos lo habían traído al salón, después de todo. Su visión impresionó extrañamente a Turlogh y calmó su cerebro. ¿Sólo metro y medio de alto? Ahora parecía mucho mayor, de algún modo. Dominaba la orgía, como un dios que medita asuntos hondos y oscuros más allá de la comprensión de los insectos humanos que aúllan a sus pies. Como siempre que miraba al Hombre Oscuro, Turlogh sintió que una puerta se había abierto de pronto al espacio exterior y al viento que sopla entre las estrellas. Parecía hallarse esperando..., ¿a quién? Quizá los ojos tallados del Hombre Oscuro miraban a través de los muros del *skalli*, a través de la llanura nevada y por encima del promontorio. Quizá esos ojos ciegos veían las cinco barcas que en ese mismo instante se deslizaban silenciosamente con callados golpes de remo, a través de las aguas tranquilas y oscuras. Pero de eso Turlogh Dubh nada sabía; nada de las barcas o de sus silenciosos remeros; hombres pequeños y morenos con ojos inescrutables.

La voz de Thorfel cortó el estruendo.

—¡Oíd, amigos!

Guardaron silencio y se volvieron cuando el joven rey del mar se levantó.

—¡Esta noche, tomo esposa! —tronó.

Un retumbar de aplausos sacudió ruidosamente las vigas. Turlogh blasfemó, enfermo de furia.

Thorfel cogió a la muchacha con ruda amabilidad y la depositó en la mesa.

—¿No es acaso la digna novia de un vikingo? —gritó—. Cierto, es algo vergonzosa, pero eso es muy natural.

—¡Todos los irlandeses son cobardes! —gritó Oswick.

—¡Como lo prueban Clontarfy la cicatriz de tu mandíbula! —gruñó Athelstane, cuya ligera broma hizo pestañear a Oswick y provocó un rugido de salvaje diversión en la multitud.

—Vigila tu temperamento, Thorfel —exclamó una joven de ojos atrevidos sentada entre los guerreros—. Las muchachas irlandesas tienen garras como los gatos.

Thorfel rió con la confianza del hombre acostumbrado a mandar.

—Le daré lecciones con una buena vara de abedul. Pero basta. Se hace tarde. Sacerdote, cásanos.

—Hija —dijo el sacerdote, tembloroso—, estos paganos me han traído aquí por la fuerza para celebrar nupcias cristianas en una casa sin dios. ¿Te casas voluntariamente con este hombre?

—¡No! ¡No! ¡Oh, Dios, no! —Moira gritó con tan salvaje desesperación que el sudor brotó en la frente de Turlogh—. ¡Oh, santo hombre, salvadme de este destino! ¡Me arrancaron de mi hogar..., abatieron a mi hermano, que me habría salvado! ¡Este hombre me arrastró como si fuera un objeto..., una bestia sin alma!

—¡Silencio! —tronó Thorfel, abofeteándola en la boca con ligereza pero con la fuerza suficiente para hacer brotar un hilo de sangre de sus delicados labios—. Por Thor que te vuelves independiente. Estoy decidido a tener una esposa, y los gritos de una niña llorosa no me detendrán. Vaya, mujerzuela desgraciada, ¿acaso no me caso contigo a la manera cristiana, simplemente por tus estúpidas supersticiones? ¡Ten cuidado de que no prescinda de las nupcias y te tome como esclava, no como esposa!

—Hija —dijo trémulamente el sacerdote, asustado no por él sino por ella—, ¡piénsalo! Este hombre re ofrece más de lo que harían muchos. Al menos, se trata de un honorable estado matrimonial.

—Cierto —gruñó Athelstane—, cásate con él como una buena mujer y toma las cosas lo mejor que puedas. Más de una mujer sureña vive en las aldeas del norte.

«¿Qué puedo hacer?» La pregunta desgarraba la mente de Turlogh. Sólo había una cosa que hacer..., aguardar hasta que la ceremonia terminara y Thorfel se retirara con su prometida. Y llevársela entonces, como mejor pudiera. Después de eso... Pero no osaba mirar más adelante. Había hecho y haría lo más que pudiera. La necesidad le había obligado a actuar en solitario; un hombre sin señor no tiene amigos, ni siquiera entre los hombres sin señor. No había modo de llegar a Moira para advertirle de su presencia. Tendría que soportar la boda sin siquiera la débil esperanza de liberación que el conocimiento de su presencia podría haber significado. Instintivamente sus ojos saltaron hacia el Hombre Oscuro, que se alzaba sombrío y alejado del tumulto. A sus pies lo viejo luchaba con lo nuevo —lo pagano con lo cristiano—, e incluso en ese momento Turlogh sintió que lo viejo y lo nuevo eran igualmente jóvenes para el Hombre Oscuro,

¿Oían las orejas tapadas del Hombre Oscuro proas extrañas rascando la playa, el golpe de un cauteloso cuchillo en la noche, el gorgotear que señala una garganta cortada? Los que se hallaban en el salón no oían sino su propio ruido, y los que se divertían fuera junto al fuego siguieron cantando, sin notar los silenciosos anillos de la muerte que se cerraban a su alrededor.

—¡Basta! —gritó Thorfel—. ¡Cuenta tus abalorios y musita tu farsa, sacerdote! ¡Ven aquí, muchacha, y cásate!

Arrancó a la doncella de la mesa y la arrojó delante de él. Ella se liberó con los ojos llameando. Toda la caliente sangre gaélica ardía en su interior.

—¡Cerdo de pelo amarillo! —gritó—. ¿Piensas que una princesa de Clare, con la sangre de Brian Boru en sus venas, tomaría asiento en el banco de un bárbaro y llevaría en su seno los cachorros con cabeza de estopa de un ladrón norteño? No... ¡Nunca me casaré contigo!

—¡Entonces te tomaré como esclava! —rugió él, aferrando su muñeca.

—¡Tampoco de ese modo, cerdo! —exclamó, olvidado su miedo por un triunfo feroz.

Con la velocidad de la luz le arrebató una daga del cinturón y antes de que él pudiera agarrarla hundió la afilada hoja bajo su corazón. El sacerdote gritó como si hubiera recibido él la herida y, saltando hacia delante, la cogió en sus brazos mientras caía.

—¡La maldición del Todopoderoso caiga sobre ti, Thorfel! —gritó, con una voz que sonó como una trompeta mientras la llevaba a una litera cercana.

Thorfel permaneció inmóvil. Por un instante reinó el silencio, y en ese instante Thorfel 0'Brien enloqueció.

—Lamb LaidirAbu!

El grito de guerra desgarró la calma como el rugido de una pantera herida, y mientras los hombres se volvían en dirección del alarido, el enloquecido gaélico surgió del umbral como una tromba de viento del infierno. Estaba poseído por la negra furia celta al lado de la cual palidece la rabia berserk de los vikingos. Con los ojos llameantes y un poco de espuma en sus labios retorcidos, saltó entre los hombres, que, cogidos por sorpresa, se apartaron de su camino. Aquellos ojos terribles estaban clavados en Thorfel, al otro extremo del salón, pero mientras cargaba Turlogh golpeó a diestra y siniestra. Su carga fue como el asalto de un torbellino y dejó en su estela una confusión de muertos y agonizantes.

Los bancos chocaron con el suelo, los hombres gritaron, la cerveza se derramó de los toneles volcados. Aunque el ataque del celta fue veloz, dos hombres bloquearon su camino con las espadas desenvainadas antes de que pudiera llegar a Thorfel. Halfgar y Oswick. El vikingo con el rostro lleno de cicatrices cayó con el cráneo partido antes de que pudiera alzar su arma, y Turlogh, recibiendo la hoja de

Halfgar en su escudo, volvió a golpear como el relámpago y el hacha acerada penetró peto, costillas y espina dorsal.

El tumulto en el salón era terrorífico. Los hombres cogían sus armas y se empujaban por todos lados y, en el centro, la rabia del gaélico solitario era terrible y silenciosa. Como un tigre herido era Turlogh Dubh en su locura. Cada uno de sus movimientos parecía borroso por la velocidad con que lo realizaba, una explosión de fuerza dinámica. Apenas había caído Halfgar cuando el gaélico saltó sobre su cuerpo encogido hacia Thorfel, que había sacado su espada y, desconcertado, seguía inmóvil. Pero una oleada de esbirros se interpuso entre ellos. Las espadas se alzaron y cayeron y el hacha del dalcasiano relampagueó entre ellas como los rayos de una tormenta veraniega. A cada lado, delante y detrás de él, le amenazaba un guerrero. Osric cargó desde un costado, blandiendo una espada con las dos manos; del otro, un siervo de la casa cargó con una lanza. Turlogh se agachó evitando la espada y golpeó por dos veces, hacia delante y hacia atrás. El hermano de Thorfel cayó, con un tajo en la rodilla, y el siervo murió de pie cuando el impulso de vuelta le hundió la punta trasera del hacha en el cráneo. Turlogh se enderezó, lanzando su escudo al rostro del guerrero que le atacaba de frente. La punta en el centro del escudo convirtió sus rasgos en una ruina sanguinolenta; entonces, en el mismo instante en que el gaélico giraba como un gato para protegerse la espalda, sintió sobre él la sombra de la Muerte.

Por el rabillo del ojo vio al danés Tostig blandiendo con las dos manos su gran espada y, apretado contra la mesa, perdiendo el equilibrio, supo que ni siquiera su rapidez sobrehumana podría salvarle. Entonces la silbante espada golpeó al Hombre Oscuro sobre la mesa y con el ruido de un trueno se quebró en mil chispas azuladas. Tostig se tambaleó, aturdido, sosteniendo aún la inútil empuñadura y Turlogh golpeó como con una espada; la punta superior de su hacha hirió al danés encima del ojo y se hundió hasta su cerebro.

Y hasta en ese momento el aire estaba lleno de un extraño canto y los hombres aullaban. Un esbirro enorme, el hacha aún levantada, se lanzó torpemente sobre el gaélico, que le cortó el cuello antes de ver que una flecha con punta de pedernal se lo atravesaba ya. El salón parecía lleno de resplandecientes líneas luminosas que zumbaban como abejas y llevaban una muerte veloz en su zumbido. Turlogh arriesgó su vida lanzando una mirada hacia el gran umbral al otro extremo del salón. Una extraña horda irrumpía a través de él. Eran hombres pequeños y morenos, con ojos negros como cuentas y rostros inmutables. Apenas llevaban armadura, pero sí espadas, lanzas y arcos. Arrojaban sus largas flechas negras a quemarropa y los esbirros caían como espigas segadas.

Una roja ola de combate barrió el salón del *skalli,* una tempestad de muerte que rompió las mesas, aplastó los bancos, desgarró las colgaduras y trofeos de las paredes y manchó los suelos con un lago

rojo. Había menos extranjeros oscuros que vikingos, pero en la sorpresa del ataque la primera oleada de flechas había igualado las oportunidades y ahora, en el combate cuerpo a cuerpo, los extraños guerreros no se mostraron inferiores en ningún modo a sus enormes enemigos. A pesar de hallarse aturdidos por la sorpresa y la cerveza que habían bebido, y sin tiempo para armarse completamente, los nórdicos lucharon con toda la indómita ferocidad de su raza. Pero la furia primitiva de los atacantes igualaba su propio valor y, al fondo del salón, donde un sacerdote de pálido rostro protegía a una muchacha agonizante, Turlogh el Negro hería y desgarraba con un frenesí que convenía en inútiles por igual el valor y la furia.

Y por encima de todo se alzaba el Hombre Oscuro. A las ocasionales miradas de Turlogh, entre los relámpagos de la espada y el hacha, la imagen había parecido crecer..., expandirse..., hacerse más alta; dominar como un gigante la batalla; su cabeza pareció alzarse hasta las vigas llenas de humo del gran salón; meditar como una oscura nube de muerte sobre los insectos que se cortaban las gargantas entre sí a sus pies. Turlogh sentía que el relampagueante juego de las espadas y la masacre eran el elemento adecuado al Hombre Oscuro. Exudaba violencia y furor. El crudo aroma de la sangre recién vertida era bueno para su olfato, y los cuerpos de cabellos amarillos que gemían a sus pies eran como sacrificios para él.

La tormenta del combate sacudía el espacioso salón. Se convirtió en un amasijo donde los hombres resbalaban en charcos de sangre y, resbalando, morían. Cabezas heladas en una mueca saltaban de hombros que se encogían. Lanzas aserradas arrancaban el corazón, latiendo aún, del pecho ensangrentado. Los sesos eran aplastados y se coagulaban en las hachas que giraban enloquecidas. Las dagas saltaban hacia arriba, abriendo vientres y derramando las entrañas en el suelo. El choque y el *fragor* del acero se alzaban ensordecedores. Ni se pedía ni se daba cuartel. Un nórdico herido había arrastrado en su caída a uno de los hombres morenos, y le estrangulaba tenazmente sin importarle la daga que su víctima hundía una y otra vez en su cuerpo.

Uno de los hombres morenos agarró a un niño que corría chillando desde un cuarto interior, y le reventó los sesos contra la pared. Otro aferró a una mujer nórdica por su dorada cabellera y, arrojándola de rodillas, le cortó la garganta mientras ella le escupía en el rostro. Quien prestara oído a los gritos de miedo o súplicas de clemencia no habría escuchado ninguno; hombres, mujeres y niños morían acuchillando y arañando, su último aliento un sollozo de furia, o un gruñido de odio imposible de saciar.

Y en la mesa se alzaba el Hombre Oscuro, inamovible como una montaña, lavado por las rojas olas de la carnicería. Nórdicos e indígenas morían a sus pies. ¿Cuantos rojos infiernos de carnicería y locura habían contemplado los ojos extrañamente esculpidos del Hombre Oscuro?

Hombro con hombro lucharon Sweyn y Thorfel. Athelsta-ne el sajón, su dorada barba encrespada por la alegría del combate, se había puesto de espaldas al muro y a cada movimiento de su hacha, manejada a dos manos, caía un hombre. Turlogh llegó como una ola, evitando con un ágil quiebro de cintura el primer y temible golpe. Ahora se demostraba la superioridad de la ligera hacha irlandesa, pues antes de que el sajón pudiera desviar su pesada arma, el hacha dalcasiana golpeó como una cobra y Athelstane se tambaleó cuando el filo mordió el peto y las costillas que se hallaban bajo él. Otro golpe y se derrumbó, con la sangre brotando de su sien.

Ahora nadie bloqueaba el camino de Turlogh hasta Thorfel excepto Sweyn, y en el mismo instante en que el gaélico saltaba como una pantera hacia la pareja de feroces combatientes, alguien se le adelantaba. El jefe de los Hombres Oscuros se deslizó como una sombra bajo el tajo de la espada de Sweyn y su propia espada corta golpeó hacia arriba bajo la cota. Thorfel se enfrentaba a Turlogh en solitario. Thorfel no era ningún cobarde; hasta llegó a reír por la pura alegría del combate mientras golpeaba, pero no había ninguna sonrisa en el rostro de Turlogh el Negro, sólo una rabia frenética que le contorsionaba los labios y convertía sus ojos en carbones de fuego azul.

En el primer remolino de aceros la espada de Thorfel se rompió. El joven rey del mar saltó como un tigre sobre su presa, golpeando con los restos de la hoja. Turlogh rió ferozmente mientras la hoja quebrada le desgarraba la mejilla, y en ese mismo instante cortó el pie izquierdo de Thorfel. El nórdico cayó con un gran estruendo, luchando luego por arrodillarse, buscando a tientas su daga. Tenía los ojos nublados. —¡Acaba ya, maldito seas! —gruñó. Turlogh rió.

—¿Dónde están ahora tu poder y tu gloria? —se burló—. Tú, que habrías tomado por esposa involuntaria a una princesa irlandesa..., tú...

De pronto su odio le ahogó y con el aullido de una pantera enloquecida blandió su hacha en un arco silbante que partió al nórdico del hombro al esternón. Otro golpe separó la cabeza, y con el espantoso trofeo en su mano se acercó a la litera donde yacía Moira 0'Brien. El sacerdote le había levantado la cabeza y sostenía una copa de vino ante sus pálidos labios. Sus velados ojos grises se posaron con un leve reconocimiento en Turlogh..., y por fín pareció conocerle y trató de sonreír.

—Moira, sangre de mi corazón —dijo cansadamente el proscrito—, mueres en un país extraño. Pero los pájaros de las colinas de Culland llorarán por ti, y los brezos en vano suspirarán por la huella de tus piececitos. Mas no serás olvidada; por ti gotearán las hachas y chocarán las galeras y ciudades amuralladas serán pasto de las llamas. ¡Y para que tu fantasma no marche sin saciarse a los reinos de Tirna-n-Oge, contempla esta prueba de venganza!

Y sostuvo en alto lagoteante cabeza de Thorfel.

—En el nombre de Dios, hijo mío —dijo el sacerdote, su voz enronquecida por el horror—, basta ya, basta ya. Proclamarás tus horribles hazañas en presencia de..., mira, ha muerto. Que Dios, en su infinita justicia, tenga piedad de su alma, pues aunque se quitó la vida, murió con todo como había vivido, en la inocencia y la pureza.

Turlogh reposó su hacha en el suelo e inclinó la cabeza. Todo el fuego de su locura le había abandonado y sólo permanecía una oscura tristeza, un profundo sentimiento de futilidad y cansancio. En todo el salón no se oía ni un ruido. Ningún gemido se alzaba de los heridos, pues los cuchillos de los hombrecillos morenos habían estado muy ocupados y, excepto los suyos, no quedaba ningún herido. Turlogh vio que los supervivientes se habían apiñado alrededor de la mesa sobre la que se hallaba la estatua y permanecían contemplándola con ojos inescrutables. El sacerdote murmuró algo sobre el cuerpo de la muchacha, pasando su rosario. Las llamas devoraban la pared más alejada del edificio, pero nadie les prestaba atención. Entonces, de entre los muertos en el suelo, se levantó tambaleándose una forma enorme. Athelstane, el sajón, ignorado por los asesinos, se apoyó contra el muro y contempló aturdido lo que le rodeaba. La sangre fluía de una herida en sus costillas y de otra en su cuero cabelludo, allí donde el hacha de Turlogh había golpeado ligeramente. El gaélico se acercó a él.

—No siento odio hacia ti, sajón —dijo cansadamente—, pero la sangre pide sangre y debes morir.

Athelstane le contempló sin responder. Sus grandes ojos grises estaban llenos de seriedad, pero no de miedo. También él era un bárbaro; más pagano que cristiano. También él comprendía los derechos de la deuda de sangre. Pero cuando Turlogh levantaba su hacha, el sacerdote se interpuso de un salto, sus delgadas manos extendidas, sus ojos extraviados.

—¡Basta ya! ¡Te lo ordeno, en nombre de Dios! Por el Todopoderoso, ¿no se ha derramado ya sangre bastante en esta noche temible? En el nombre del Altísimo, reclamo a este hombre.

Turlogh dejó caer su hacha.

—Tuyo es; no por tu juramento o tu maldición, no porque le reclames sino porque también tú eres un hombre e hiciste todo lo posible por Moira.

Turlogh giró al sentir que le tocaban el brazo. El jefe de los extranjeros permanecía mirándole con ojos inescrutables.

—¿Quién eres? —preguntó el gaélico sin excesivo interés. No le importaba; sólo sentía cansancio.

—Soy Brogar, jefe de los pictos, amigo del Hombre Oscuro.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó Turlogh.

—Viajó en la proa de tu barca y te guió hasta Helni a través del viento y la nieve. Te salvó la vida al romper la gran espada del danés.

Turlogh contempló al meditabundo Hombre Oscuro. Parecía que una inteligencia humana o sobrehumana atisbaba tras aquellos extraños

ojos de piedra. ¿Fue sólo la suerte la que hizo chocar la espada de Tosrig con la imagen cuando la blandía en un golpe mortal?

—¿Qué es esta cosa? —preguntó el gaélico.

—Es el único Dios que nos queda —respondió el otro sombríamente—. Es la imagen del más grande de nuestros reyes, Bran Mak Morn, que unió las filas dispersas de todas las tribus pictas en una nación única y poderosa, que expulsó al nórdico y al britano y quebró las legiones de Roma, siglos ha. Un brujo hizo esta imagen cuando el gran Morn vivía y reinaba aún, y cuando murió en la última gran batalla, su espíritu entró en ella. Es nuestro Dios.

«Dominamos hace eras. Antes del danés, antes del gaélico, antes del britano, antes del romano, reinamos en las islas occidentales. Nuestros círculos de piedra se alzaron hacia el sol. Trabajamos el pedernal y las pieles y fuimos felices. Entonces llegaron los celtas y nos arrojaron a las tierras salvajes. Dominaron el sur. Pero nos mantuvimos en el norte y fuimos fuertes. Roma venció a los britanos y se dirigió contra nosotros. Pero de entre los nuestros se *alzó* Bran Mak Morn, de la sangre de Brule, Lanza Mortífera, que hizo pedazos las filas aceradas de Roma y envió a *las* legiones a refugiarse al sur detrás de su Muro.

»Bran Mak Morn cayó en combate; la nación se dispersó. Como lobos vivimos ahora los pictos entre las islas dispersas, entre los barrancos de las tierras altas y las oscuras colinas de Galloway. Somos un pueblo que desaparece. Pasamos. Pero el Hombre Oscuro permanece..., el Oscuro, el gran rey, Bran Mak Morn, cuyo fantasma mora para siempre en la pétrea apariencia de como era en vida.

Turlogh vio como en sueños a un viejo picto, que se parecía mucho a aquel en cuyos brazos muertos había encontrado al Hombre Oscuro, levantando la imagen de la mesa. Los brazos del anciano eran como ramas resecas y su piel colgaba de su cráneo como la de una momia, pero transportó con facilidad la estatua que dos fuertes vikingos habían tenido problemas en llevar.

Como si leyera sus pensamientos, Brogar habló quedamente.

—Sólo un amigo puede tocar con seguridad al Hombre Oscuro. Sabíamos que eras amigo, pues viajó en tu barca y no te hizo daño.

—¿Cómo lo sabíais?

—El Anciano —señalando al viejo de blanca barba—, Go-nar, gran sacerdote del Oscuro...El fantasma de Bran acude a él en sus sueños. Fue Grok, un sacerdote menor, y su gente quienes robaron la imagen y se hicieron con ella a la mar en una barca larga. Gonar le siguió en sueños; sí, mientras dormía envió su espíritu con el fantasma de Morn, y vio la persecución de los daneses, la batalla y la matanza en la Isla de las Espadas. Te vio llegar y encontrar al Oscuro, y vio que el fantasma del gran rey se complacía en ti. ¡Malhayan los enemigos de Mak Morn! Pero que la buena suerte acompañe a sus amigos.

Turlogh volvió a sí mismo como de un trance. El calor del salón ardiendo alcanzaba su rostro y las llamas vacilantes iluminaban y ensombrecían el rostro tallado del Hombre Oscuro mientras sus adoradores le sacaban del edificio, otorgándole una extraña vida. ¿Acaso en verdad el espíritu de un rey largamente muerto vivía en esa fría piedra? Bran Mak Morn amó a su pueblo con un amor salvaje; odió a sus enemigos con un odio terrible. ¿Era posible que en esa piedra ciega e inanimada alentara el latido de un amor y un odio que vencieran a los siglos?

Turlogh levantó la forma inmóvil y ligera de la muchacha muerta y la sacó del salón en llamas. Cinco grandes piraguas descansaban ancladas, y entre los rescoldos del fuego yacían los cadáveres enrojecidos de los bebedores que habían muerto en silencio.

—¿Cómo llegasteis hasta ellos sin ser descubiertos? —preguntó Turlogh—. ¿Y de dónde vinisteis en vuestras piraguas?

—Quienes viven escondidos adquieren el sigilo de la pantera —respondió el picto—. Y ésos estaban borrachos. Seguimos la ruta del Oscuro y vinimos desde la Isla del Altar, junto a la tierra de los escoceses, de donde Grok robó al Hombre Oscuro.

Turlogh no conocía ninguna isla de ese nombre pero se daba cuenta del valor de aquellos hombres al desafiar los mares en embarcaciones semejantes. Pensó en su propia barca y pidió a Brogar que enviase a sus hombres a buscarla. Así lo hizo el picto. Mientras esperaba que la trajeran rodeando el promontorio, contempló al sacerdote vendar las heridas de los supervivientes. Silenciosos, inmóviles, no profirieron ni una palabra de queja o agradecimiento.

La barca del pescador apareció dando la vuelta al promontorio justo cuando el primer atisbo del amanecer enrojecía las aguas. Los pictos subían a sus embarcaciones, llevando a ellas los muertos y los heridos. Turlogh saltó a su barca y depositó suavemente en ella su penosa carga.

—Dormirá en su propia tierra —dijo sombríamente—. No yacerá en esta fría isla extranjera. Brogar, ¿adonde iréis?

—Devolvemos al Oscuro a su isla y su altar —dijo el picto—. Por boca de su pueblo te da las gracias. Existe un lazo de sangre entre nosotros, gaélico, y quizá volvamos a ti en tus horas de necesidad, como Bran Mak Morn, gran rey de Pict dom, volverá a su pueblo en alguno de los días venideros.

—¿Y tú, buen sacerdote? ¿Vendrás conmigo? El sacerdote sacudió la cabeza y señaló hacia Athelstane. El herido sajón descansaba en un tosco lecho de pieles amontonadas en la nieve.

—Me quedo aquí para cuidar de este hombre. Está gravemente herido.

Turlogh contempló lo que le rodeaba. Los muros de los edificios se habían derrumbado en una masa de ascuas incandescentes. Los hombres de Brogar habían incendiado los almacenes y la gran galera, y el humo y las llamas luchaban en su lividez con la creciente luz del amanecer.

—Te helarás o morirás de hambre. Ven conmigo.

—Encontraré sustento para los dos. No intentes persuadirme, hijo mío.

—Es un pagano y un saqueador.

—No importa. Es un ser humano..., una criatura viviente. No le dejaré morir.

—Así sea.

Turlogh se preparó para zarpar. Las embarcaciones de los pictos rodeaban ya el promontorio. Hasta él llegaban con claridad los rítmicos chasquidos de los remos. No miraron atrás, inclinados sobre su labor.

Contempló los cuerpos inmóviles en la playa, los restos calcinados y las vigas incandescentes. Bajo el resplandor el sacerdote parecía irreal por su blanca delgadez, como un santo en un viejo manuscrito iluminado. En su rostro pálido y cansado había una tristeza más que humana, un cansancio mayor que el de cualquier hombre.

—¡Mira! —exclamó de pronto, señalando hacia el mar—. ¡El océano se ha vuelto de sangre! ¡Mira sus olas rojas al sol naciente! ¡Oh, pueblo mío, pueblo mío, la sangre que has derramado por la ira conviene al propio mar en escarlata! ¿Cómo podrás cruzarlo?

—Vine bajo la nieve y el vendaval —dijo Turlogh, sin entender al principio—. Me voy como vine. El sacerdote sacudió la cabeza.

—Es más que un mar morral. Tus manos están rojas de sangre y sigues una senda enrojecida, aunque la culpa no es totalmente tuya. Dios Todopoderoso, ¿cuándo terminará el reinado de la sangre?

Turlogh sacudió la cabeza.

—No terminará mientras la raza exista. Y el viento de la mañana hinchó su vela.

FIN